E. M. CIORAN

DEL INCONVENIENTE DE HABER NACIDO

(De l'inconvénient d'être né, 1973)

I

Tres de la mañana. Percibo este segundo, después este otro; hago el balance de cada minuto.
¿A qué viene todo esto? *A que he nacido*.
De cierto tipo de vigilias viene la inculpación del nacimiento.

*

«Desde que estoy en el mundo», ese *desde* me parece cargado de un significado tan espantoso, que se torna insoportable.

*

Hay un conocimiento que quita peso y alcance a lo que uno hace; hasta el extremo él todo carece de fundamento, salvo él mismo. Puro, hasta el extremo, de abominar incluso de la idea de objeto, expresa esa suma sabiduría según la cual es la misma cosa cometer o no cometer un acto, implicando, al mismo tiempo, una satisfacción también extrema: la de poder repetirse en cada momento que nada de cuanto se haga merece la pena, que nada está realzado por ningún signo sustancial, que la «realidad» se inscribe en el dominio de la insensatez. Un conocimiento de esa clase merecería ser llamado póstumo, ya que se presenta como si el conocedor estuviera viva y no vivo, y no como si fuera ser y reminiscencia de ser. «Es cosa pasada», dice de todo lo que ejecuta en el instante mismo de la acción que, de esa manera, queda para siempre desprovista de *presente*.

*

No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento.
Nos repugna, es verdad, considerar al nacimiento una calamidad: ¿acaso no nos han inculcado que se trata del supremo bien y que lo peor se sitúa al final, y no al principio, de nuestra carrera? Sin embargo, el mal, el verdadero mal, está *detrás*, y no delante de nosotros. Lo que a Cristo se le escapó, Buda lo ha comprendido: «Si tres cosas no existieran en el mundo, oh discípulos, lo Perfecto no aparecería en el mundo...» Y antes que la vejez y que la muerte, sitúa el nacimiento, fuente de todas las desgracias y de todos los desastres.

*

Se puede soportar cualquier verdad, por muy destructiva que sea, a condición de que sea total, que lleve en sí tanta vitalidad como la esperanza a la que ha sustituido.

*

No hago nada, es cierto. Pero *veo* pasar las horas -lo cual vale más que tratar de llenarlas.

*

No reducirse a una obra; sólo hay que decir algo que pueda susurrarse al oído de un borracho o de un moribundo.

*

La imposibilidad de encontrar un solo pueblo, una sola tribu donde el nacimiento provoque duelo y lamentación, prueba hasta qué punto la Humanidad se encuentra en estado de regresión.

*

Rebelarse contra la herencia, es rebelarse contra millones de años, contra la *primera* célula.

*

Hay un dios al principio, cuando no al cabo de toda alegría.

*

Nunca estoy a gusto en lo inmediato, sólo me seduce lo que me precede, lo que me aleja de aquí, los innúmeros instantes en que yo no fui: lo no-nato, en suma.

*

Necesidad física del deshonor. Me hubiera gustado ser hijo de verdugo.

*

¿Con qué derecho os ponéis a rezar por mí? No tengo necesidad de intercesores, me las arreglaré *solo*. De un miserable, tal vez lo aceptaría: de nadie más, aunque se tratara de un santo. No tolero que se preocupen por mi salvación. Si le temo y le huyo, qué indiscretas resultan entonces vuestras plegarias. Dirigidlas a otra parte, de todas formas no estamos al servicio de los mismos dioses. Si los míos son impotentes, no hay razón para creer que los vuestros lo sean menos. Y aun suponiendo que sean tal y como los imagináis, todavía les faltaría el poder de curarme de un horror más viejo que mi memoria.

*

¡Qué miserable es la sensación! Incluso el éxtasis no es, *quizá* sino una más.

*

Des-hacer, des-crear, es la única tarea que el hombre puede asignarse si aspira, como todo lo indica, a distinguirse del Creador.

*

Se que mi nacimiento es una casualidad, un accidente risible, y, no obstante, apenas me descuido me comporta como si se tratara de un acontecimiento capital, indispensable para la marcha y el equilibrio del mundo.

*

Haber cometido todos los crímenes: salvo el de ser padre.

*

Por regla general, los hombres *esperan* la decepción: saben que no deben impacientarse, que llegará tarde o temprano, que les concederá los plazos necesarios para que puedan entregarse a sus actividades momentáneas. Con el desengañado sucede de otra manera: para él la decepción sobrevino en el momento mismo de la acción; no necesita acecharla porque está presente. Al liberarse de la sucesión, ha devorado lo posible y convertido el futuro en superfluo. «Yo no puedo encontraros en vuestra futuro, dice a los otros. No tenemos un solo instante que nos sea común.» Y es que para él, el porvenir en su totalidad está ya ahí.

Cuando se percibe el fin en los comienzos, se va más aprisa que el tiempo. La iluminación, decepción fulgurante, otorga una certeza que transforma al desengañado en liberado.

*

Me desligo de las apariencias y, no obstante, me enredo en ellas; mejor dicho: estoy a medio camino entre esas apariencias y *eso* que las invalida, eso que no tiene ni nombre ni contenido, eso que no es nada y que es todo. Nunca daré el paso decisivo fuera de ellas. Mi naturaleza me obliga a flotar, a eternizarme en el equívoco, y si tratara de decidirme, sea en un sentido o en otro, perecería por salvarme.

*

Mi facultad de decepción sobrepasa el entendimiento. Ella es quien me hace comprender a Buda, pero también es ella quien me impide seguirlo.

*

Si algo no logra ya apiadarnos, deja de existir, de ser tomado en cuenta. Por eso nuestro pasado deja de pertenecernos tan pronto se convierte en historia, en algo que no interesa ya a nadie.

*

Aspirar, en lo más profundo de uno mismo, a estar tan desposeído, a ser tan lamentable como Dios.

*

El verdadero contacto entre los seres sólo se establece en la presencia muda, en la aparente no-comunicación, en el intercambio misterioso y sin palabras que se asemeja a la plegaria interior.

*

Lo que sé a los sesenta años, ya lo sabía a los veinte. Cuarenta años de un largo, superfluo trabajo de comprobación.

*

Estoy, por lo general, tan seguro de que todo está desprovisto de consistencia, de fundamento, de justificación, que aquel que osara contradecirme, aunque fuera el hombre que más estimo, me parecería un charlatán o un imbécil.

*

Desde la infancia percibía ya el deslizarse de las horas, libres de toda referencia, de todo acto y de todo acontecimiento, el desglose del tiempo de lo que no era tiempo, su existencia autónoma, su estatuto particular, su imperio; su tiranía. Recuerdo con perfecta claridad aquella tarde en que, por vez primera, frente al universo vacante, yo era sólo una fuga de instantes rebeldes que se negaban a cumplir su función propia. El tiempo se desprendía del ser a mis expensas.

*

A diferencia de Job, no maldije el día de mi nacimiento; a todos los otros días, en cambio, los he cubierto de anatemas.

*

Si la muerte sólo tuviera facetas negativas, morir sería un acto impracticable.

*

Todo es; *nada es*. Una y otra fórmula aportan igual serenidad. El ansioso, para su desgracia, se queda entre las dos, tembloroso y perplejo, siempre a merced de un matiz, incapaz de establecerse en la seguridad del ser o de la ausencia de ser.

*

En la costa normanda, a hora tan temprana, no necesitaba a nadie. La presencia de las gaviotas me molestaba y las hice huir a pedradas. En sus chillidos de estridencias

sobrenaturales comprendí que era eso precisamente lo que necesitaba, que sólo lo siniestro podía apaciguarme, y que para hallarlo me había levantado tan de mañana.

*

Estar vivo; de pronto me sorprende lo extraño de esta expresión, si no estuviera referida a nadie.

*

Cada vez que estoy mal y me apiado de mi cerebro, me siento llevado por un irresistible deseo de *proclamar*. Entonces adivino de qué pedestres abismos surgen reformadores, profetas y salvadores.

*

Me gustaría ser libre, inimaginablemente libre. Libre como un ser abortado.

*

Si entran en la lucidez tanta ambigüedad y confusión, es porque esa lucidez es el resultado del mal uso que hemos hecho de nuestras vigilias.

*

La obsesión del nacimiento, al transportarnos más acá de nuestro pasado, nos hace perder el gusto por el futuro, por el presente y hasta por el pasado.

*

Raros son los días en que, proyectado hacia la post-historia, no asisto a la hilaridad de los dioses frente al episodio humano.
Hace falta una visión de repuesto, pues la del Juicio Final ya no convence a nadie.

*

Una idea, un ser, cualquier cosa que se encarna pierde su figura, se convierte en algo grotesco. Frustración de lo que quiere realizarse. Nunca evadirse de lo posible, regodearse en eternidad veleidosa, *olvidarse* de nacer.

*

La única, la verdadera mala suerte: nacer. Se remonta a la agresividad, al principio de expansión y de rabia aposentado en los orígenes, en el impulso hacia lo peor. No es de extrañar que todo ser venido al mundo sea un maldito.

*

Cuando se vuelve a ver a alguien después de muchos años, habría que sentarse, uno frente al otro, y no decir nada durante horas para que, al amparo del silencio, la consternación pudiese saborearse a sí misma.

*

Días milagrosamente cuajados de esterilidad. Y yo, en vez de alegrarme, de cantar victoria, de convertir esa sequedad en fiesta, de ver un ejemplo de mi realización y madurez, de mi desapego, me dejo invadir por el despecho y el mal humor: así de tenaz es en nosotros el hombre viejo, la chusma turbulenta incapaz de hacerse a un lado.

*

Me atrae la filosofía hindú cuyo propósito esencial es el de superar el yo: todo lo que hago y todo lo que pienso es únicamente yo y desgracias del yo.

*

Mientras actuamos tenemos una finalidad; una vez terminada, la acción no tiene más realidad para nosotros que el fin que hemos perseguido. Nada consistente había, pues, en todo eso, salvo el juego. Pero hay quienes tienen conciencia de ese juego *durante* la acción misma: viven la conclusión en las premisas, lo realizado en lo virtual, minan lo serio por el hecho de existir.

La visión de la no-realidad, de la carencia universal, es el resultado combinado de una sensación cotidiana y de un brusco temblor. *Todo es juego*: sin esta revelación fulminante, la sensación que uno arrastra a lo largo de los días no tendría ese sello de evidencia que necesitan las experiencias metafísicas para distinguirse de sus imitaciones: *los malestares*. Pues todo malestar no es sino una experiencia metafísica abortada.

*

Cuando uno ha agotado el interés que tenía por la muerte, y da por concluido el asunto, retrocede hasta el nacimiento, y se dispone a afrontar un abismo, también inagotable...

*

En este momento, me siento *mal*. Este acontecimiento, crucial para mí, es inexistente, inconcebible para el resto de los seres, de todos los seres. Salvo para Dios, si es que esa palabra tiene algún sentido.

*

Por todas partes se dice que, si todo es fútil, hacer bien lo que se hace no lo es. No obstante, hasta eso es frívolo. Para llegar a esta conclusión, y afrontarla, no hay que practicar ningún oficio, salvo el de rey, como Salomón.

*

Reacciono como todo el mundo, incluso como aquellos a quienes más desprecio; pero me recobro arrepintiéndome de todo lo que hago, sea bueno o malo.

*

¿*Dónde* están mis sensaciones? Se han desvanecido en... mí, ¿y qué es ese yo sino la suma de esas sensaciones evaporadas?

*

Extraordinario y sin ningún valor: estos adjetivos se aplican a un cierto acto, y, en consecuencia, a todo lo que de él resulta: a la vida en primer lugar.

*

La lucidez es el único vicio que hace al hombre libre: libre *en un desierto.*

*

A medida que los años pasan, decrece el número de seres con quienes puede uno entenderse. Cuando no haya ya nadie a quien dirigirse, seremos al fin tal y como se era antes de sucumbir en un nombre.

*

Cuando se rechaza el lirismo, emborronar una página se convierte en un infortunio: ¿qué sentido tiene escribir para decir *exactamente* lo que se tenía que decir?

*

Es imposible aceptar ser juzgado por alguien que ha sufrido menos que nosotros. Y como cada cual se cree un Job desconocido...

*

Sueño con un confesor ideal a quien decirle todo, confesarle todo: sueño con un santo hastiado.

*

Después de siglos y siglos de morir, lo viviente se ha acostumbrado a estar vivo: de otra forma no se explicaría uno cómo un insecto o un roedor, el hombre inclusive, llegan, con algunos remilgos, a reventar tan dignamente.

*

El paraíso no era un lugar soportable, de lo contrario el primer hombre se hubiera adaptado a él; este mundo tampoco lo es, ya que en él se añora el paraíso o se da otro por seguro. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? No hagamos nada, no vayamos a ningún sitio, así, sin más.

*

La salud es un bien, cierto; pero a los que la poseen les ha sido negada la suerte de saberlo, pues una salud consciente de sí misma es una salud en peligro. Y como nadie goza con su carencia de enfermedades, se puede decir sin exageración que los sanos tienen un *justo* castigo.

*

Algunos tienen desgracias; otros, obsesiones. ¿Quiénes son más dignos de lástima?

*

No me gustaría que fuesen justos conmigo: podría prescindir de todo, salvo del tónico de la injusticia.

*

«Todo es dolor», esta fórmula budista modernizada daría: «Todo es pesadilla.»
De la misma manera el nirvana, llamado a poner término a un tormento más generalizado, dejaría de ser un recurso reservado sólo a algunos, para tornarse universal como la pesadilla misma.

*

Qué es una crucifixión única comparada con la cotidiana que sobrelleva quien padece de insomnio?

*

Cuando me paseaba, tarde, por el camino bordeado de árboles, una castaña cayó a mis pies. El ruido que hizo al estallar, el eco que se suscitó en mi, y un temblor desproporcionado con respecto a ese ínfimo incidente, me sumergieron en el milagro, en la embriaguez de lo definitivo, como si no hubiera ya más preguntas, sólo respuestas. Me sentía ebrio de mil evidencias inesperadas con las que no sabía qué hacer...
Así fue como estuve a punto de alcanzar mi momento supremo. Pero creí preferible continuar el paseo.

*

Confesamos nuestras penas a otra persona sólo para hacerla sufrir, para que cargue con ellas. Si quisiéramos que se apegara a nosotros, le hablaríamos de nuestros tormentos abstractos, únicos que acogen con presteza todos los que nos aman.

*

No me perdono el haber nacido. Es como si, al insinuarme en este mundo, hubiese profanado un misterio, traicionado algún compromiso de magnitud, cometido una falta de gravedad sin nombre. Pero a veces soy menos tajante: nacer me parece una calamidad que, de no haberla conocido, me tendría inconsolable.

*

El pensamiento no es nunca *inocente*. Porque es implacable, porque es agresión, nos ayuda a romper nuestras trabas. Si se suprimiera lo que entraña de maldad, e incluso de demoníaco, habría que renunciar también al concepto de liberación.

*

El medio más seguro para no equivocarse, es socavar certidumbre tras certidumbre.
De lo cual resulta también que todo lo que cuenta fue hecho *fuera* de la duda.

*

Desde hace tiempo, desde siempre, tengo conciencia de que este mundo no es el que necesitaba y que no podría habituarme a él; por eso, y sólo por eso, he adquirido algo de orgullo espiritual, y mi existencia se me presenta como la degradación y el desgaste de un salmo.

*

Nuestros pensamientos, a sueldo de nuestro pánico, se orientan hacia el futuro, siguen el camino del temor, desembocan en la muerte. Dirigirlos hacia su nacimiento y obligarlos a permanecer allí, es invertir su curso y hacerlos retroceder. De ese modo pierden el vigor, la desapacible tensión que yace en el fondo del horror a la muerte, y que les sirve a nuestros pensamientos para dilatarse, enriquecerse, fortalecerse. Y así se comprende que, al recorrer el camino a la inversa, llegan tan empobrecidos, tan cansados a su frontera primitiva, que ya no les queda ninguna energía para mirar más allá, hacia lo nunca-nato.

*

No son mis comienzos lo que me interesa, sino el comienzo. Si tropiezo con mi nacimiento, obsesión mínima, es a falta de poder saltar sobre el primer momento del tiempo. Todo malestar individual nos devuelve, a fin de cuentas, a un malestar cosmogónico, pues cada una de nuestras sensaciones -expía ese delito de la sensación primordial por el cual el ser se deslizó fuera de no se sabe dónde...

*

De nada vale anteponernos al universo, de todas formas nos odiamos más de lo que imaginamos. Si el sabio resulta una aparición tan insólita, es porque no parece contaminado por la aversión que, igual que todos los seres, debería abrigar hacia sí mismo.

*

Ninguna diferencia entre el ser y el no-ser, si uno los aprehende con igual intensidad.

*

El no-saber es el fundamento de todo, crea todo mediante un acto que repite a cada instante, engendra este mundo y cualquier otro pues no cesa de tomar por real aquello que no lo es. El no-saber es la gran equivocación que sirve de base a todas nuestras verdades; el no-saber es más antiguo y más poderoso que todos los dioses reunidos.

*

En esto se reconoce a aquél que tiene disposiciones para la búsqueda interior: pondrá el fracaso por encima de cualquier éxito, buscará incluso ese fracaso; inconscientemente, claro está. Y es que el fracaso, siempre *esencial*, nos desenmascara, nos permite vernos como Dios nos ve, mientras que el éxito nos aleja de lo que hay de más íntimo en nosotros y en todo.

*

Hubo un tiempo en que el tiempo no existía... El rechazo del nacimiento no es otra cosa que la nostalgia de ese tiempo anterior al tiempo.

*

Cuando pienso en tantos amigos que ya no existen, siento lástima por ellos. Sin embargo, no resultan tan dignos de compasión, pues han resuelto todos sus problemas, empezando por el de la muerte.

*

Hay en el hecho de nacer una ausencia tal de necesidad, que cuando se piensa en ello con un poco más de detenimiento, a falta de saber cómo reaccionar, uno se queda con la boca abierta.

*

Dos tipos de espíritu: diurnos y nocturnos. No tienen el mismo método ni la misma ética. En pleno día uno se vigila; en la oscuridad se dice todo. Las consecuencias saludables o enojosas de lo que piensa le importan poco al que se interroga durante las horas en que los demás se entregan al sueño. Rumia la mala suerte de haber nacido sin preocuparse del daño que puede hacerle a otro, o a sí mismo. Después de medianoche empieza la embriaguez de las verdades perniciosas.

*

A medida que uno acumula años, se va formando una imagen cada vez más sombría del porvenir. ¿Es sólo para consolarse de estar excluido? Sí, en apariencia; no de hecho, pues el porvenir siempre ha sido atroz, ya que el hombre sólo sabe remediar sus males agravándolos, de modo que en cada época la existencia es más tolerable antes de encontrar la solución a las dificultades del momento.

*

En las grandes perplejidades, redúcete a vivir como si la historia estuviese clausurada, y a reaccionar como un monstruo devorado por la serenidad.

*

Si, antaño, frente a un muerto me preguntaba: «¿De qué le sirvió nacer?», hoy me pregunto lo mismo ante cualquiera que esté vivo.

*

El apesadumbrarse sobre el nacimiento es sólo el gusto por lo insoluble llevado hasta la insanía.

*

Con respecto a la muerte oscilo sin cesar entre el «misterio» y la «nada», entre las Pirámides y la Morgue.

*

Es imposible *sentir* que hubo un tiempo en que uno no existía. De ahí ese apego al personaje que se era antes de nacer.

*

«Meditad solamente una hora en la inexistencia del "yo", y os sentiréis otro hombre», decía a un visitante occidental un bonzo japonés de la secta Kousha.

Sin haber frecuentado los conventos budistas, ¿cuántas veces no me he detenido en la irrealidad del mundo y, por lo tanto, en la del yo? No me he convertido en otro hombre, pero me quedó, es cierto, el sentimiento de que mi yo no es real de ninguna forma y de que, perdiéndolo, no pierdo nada, salvo algo, salvo *todo*.

*

En lugar de detenerme al hecho de nacer como me aconseja el sentido común, me arriesgo, me arrastro hacia atrás, retrocedo cada vez más hacia no sé qué comienzos, voy de origen en origen. Un día, quizá, logre alcanzar el origen mismo, para descansar en él, o hundirme.

*

Fulano me insulta. Estoy a punto de abofetearlo. Reflexiono y me abstengo.

¿Quién soy, cuál es mi verdadero yo: el que replica o el que se echa, para atrás? Mi primera reacción es siempre enérgica; la segunda, débil. Eso que llaman «sensatez» es, en el fondo, «reflexión», es decir, la no-acción como primer movimiento.

*

Si el apego es un mal, hay que buscar su causa en el escándalo del nacimiento, pues nacer es apegarse. El desapego debería, pues, aplicarse a hacer desaparecer las huellas de ese escándalo, el más grave y el más intolerable de todos.

*

Frente a la ansiedad y al enloquecimiento: la calma súbita al pensar en el feto que se ha sido.

*

En ese instante preciso, ningún reproche que venga de los hombres o de los dioses podría afectarme: tengo la conciencia tan tranquila como si nunca hubiese existido.

*

Es un error creer que hay una relación directa entre sufrir reveses y encarnizarse contra el nacimiento. Esta animosidad tiene raíces más profundas y más lejanas, y sucedería aunque no hubiera ni la sombra de su reproche contra la existencia. Incluso es mucho más virulenta cuanto más pródiga es la suerte.

*

Tracios y Bogomiles: no puedo olvidar que he frecuentado los mismos parajes que ellos, ni que unos lloraban por los recién nacidos, y que los otros, para absolver a Dios, hacían responsable a Satanás de la infamia de la Creación.

*

Durante las largas noches de las cavernas, cantidad de Hamlets deberán de monologar continuamente, ya que cabe suponer que el apogeo del tormento metafísico se sitúa mucho antes de esa insipidez universal que sigue al advenimiento de la Filosofía.

*

La obsesión del nacimiento procede de una exacerbación de la memoria, de una omnipresencia del pasado, así como también de una avidez por el callejón sin salida, del *primer* callejón sin salida. Ninguna apertura, y en consecuencia ningún gozo, que venga de lo pasado, sino únicamente del presente y de un porvenir *emancipado del tiempo.*

*

Durante años, durante una vida, pensar sólo en los últimos momentos para comprobar, cuando por fin se acerca uno a ellos, que ha sido inútil, que la idea de la muerte ayuda a todo, salvo a morir.

*

Son nuestras desazones las que suscitan, las que crean la conciencia; una vez cumplida su misión, se debilitan y desaparecen una tras otra: La conciencia permanece y les sobrevive sin acordarse de lo que les debe, sin siquiera haberlo sabido. Y, aun cuando se deteste y quisiera aniquilarse, no se cansa de proclamar su autonomía, su soberanía.

*

Según la regla de San Benito, si un monje se tornaba orgulloso, o solamente contento de su trabajo, debía apartarse de él y abandonarlo.

He aquí un peligro que no teme el que haya vivido en el apetito de la insatisfacción, en la orgía del remordimiento y del asco.

*

Si es verdad que Dios detesta tomar partido, yo no me sentiría nada incómodo en su presencia, tal sería mi placer de imitarlo en todo, de ser, como El, un sin-opinión.

*

Levantarse, acicalarse y después esperar alguna variante imprevista de tedio o de horror.

Daría el mundo entero y todo Shakespeare por una brizna de ataraxia.

*

¡Qué suerte la de Nietzsche, haber terminado como terminó: en plena euforia!

*

Referirse sin cesar a un mundo donde todavía nada se humillaba al surgimiento, donde se presentía la conciencia sin desearla, donde, encenegado en lo virtual, se gozaba de la plenitud nula de un yo anterior al yo...
No haber nacido, de solo pensarlo, ¡qué felicidad, qué libertad, qué espacio!

II

Si el hastío del mundo confiriera por sí solo la santidad, no veo cómo yo podría evitar la canonización.

*

Nadie ha vivido tan apegado a su esqueleto como yo al mío: de ello ha resultado un diálogo sin fin y algunas verdades que no acabo de aceptar ni de rechazar.

*

Es mucho más fácil avanzar con vicios que con virtudes. Los vicios, acomodaticios por naturaleza, se ayudan, son indulgentes unos con otros; en cambio las virtudes, celosas, se combaten y se anulan, y muestran en todo su incompatibilidad y su intolerancia.

*

El creer en lo que uno hace o en lo que hacen los otros es entusiasmarse con tonterías. Se debería abandonar sin más a los simulacros; e incluso a las «realidades», situarse fuera de todo y de todos, apartar o aplastar los apetitos, vivir, como dice un proverbio hindú, can tan pocos deseos como un «elefante solitario».

*

Todo se lo perdono a Fulano a causa de su sonrisa pasada de moda.

*

No es humilde aquel que se odia.

*

El algunos, todo, absolutamente todo, tiene que ver con la fisiología: su cuerpo es su pensamiento, su pensamiento es su cuerpo.

*

El Tiempo, fecundo en recursos, mucho más imaginativo y caritativo de lo que se piensa, posee una extraordinaria capacidad de ayuda al procurarnos, en cualquier momento, alguna nueva humillación.

*

Siempre he buscado paisajes anteriores a Dios. De ahí mi debilidad por el Caos.

*

He decidido no detestar más a nadie desde que he observado que termino siempre por parecerme a mi último enemigo.

*

Durante bastante tiempo viví con la idea de ser el hombre más normal del mundo. Esta idea me proporcionaba la afición, o mejor, la pasión por la improductividad: ¿qué sentido tiene sobresalir en un mundo de locos, hundido en la estupidez o el delirio? ¿Para quién prodigarse y con qué fin? Queda por saber si me he liberado enteramente de esta certeza, salvadora en el absoluto, ruinosa en lo inmediato.

*

Los violentos son por lo general unos enclenques, unos «reventados». Viven en perpetua combustión, a expensas de su cuerpo, exactamente como los ascetas, quienes, al ejercitarse en la quietud, en la paz, se desgastan y se agotan lo mismo que los furiosos.

*

Sólo se deberían escribir libros para decir cosas que uno no se atrevería a confiar a nadie.

*

Cuando Mara, el Tentador, intenta suplantar a Buda, éste le dice: «¿Con qué derecho pretendes reinar sobre los hombres y sobre el universo? *¿Acaso has sufrido por el conocimiento?*»

He ahí la pregunta capital, quizá la única que debería uno hacerse al indagar sobre alguien, principalmente sobre un pensador. Habría que establecer la diferencia entre aquellos que han pagado por el menor paso hacia el conocimiento y aquellos, mucho más numerosos, a quienes les fue otorgado un saber cómodo, indiferente, un saber *sin adversidades*.

*

Se dice: fulano no tiene talento, sólo tiene un estilo. Pero justamente es ese estilo particular lo que no se puede inventar, es con lo que se nace. Es una gracia heredada, el privilegio que tienen algunos de hacer sentir su pulsación orgánica: es algo más que el talento, es su esencia.

*

El mismo sentimiento de no pertenencia, de juego inútil, donde quiera que vaya: simulo interesarme por lo que no me importa, me afano por automatismo o por caridad, sin involucrarme jamás, sin estar nunca en ninguna parte. Lo que me atrae está en otro lado, y ese otro lado no sé qué es.

*

Mientras más se alejan los hombres de Dios, más avanzan en el conocimiento de las religiones.

*

«...Pero Elhoin sabe que el día en que comiereis de ello vuestros ojos se abrirán.»
Apenas abiertos, el drama dio comienzo. Mirar sin *comprender*: eso es el paraíso. El infierno será, pues, el lugar donde se comprende, donde se comprende demasiado...

*

Sólo me entiendo bien con alguien que se encuentra en lo más bajo de sí mismo, sin el deseo ni la fuerza de recuperar sus ilusiones habituales.

*

Juzgando sin piedad a nuestros contemporáneos, se tiene la oportunidad de presentarse a los ojos de la posteridad como un espíritu clarividente. Al mismo tiempo se renuncia al aspecto azaroso de la admiración y los riesgos maravillosos que supone. Porque la admiración es una aventura, la más imprevisible: puede ocurrir que acabe con bien.

*

Las ideas vienen caminando, decía Nietzsche. El andar disipa el pensamiento, enseñaba Sankara.
Las dos tesis están igualmente fundamentadas, y son igualmente verdaderas, y cualquiera puede probarlo en el lapso de una hora, y a veces de un minuto.

*

Ninguna originalidad literaria es posible si no se tortura, si no se machaca el lenguaje. Otra cosa sucede si uno se atiene a la expresión de la idea como tal. Es este un sector donde las exigencias no han variado desde los presocráticos.

*

¡Que no sea posible remontarse sobre el concepto, escribir a ras del sentir, registrar las variaciones ínfimas de lo que se toca, hacer lo que haría un reptil si se pusiera a escribir!

*

Todo lo bueno que podamos tener viene de nuestra indolencia, de nuestra incapacidad de pasar a la acción, de llevar a cabo nuestros proyectos y designios. es la imposibilidad o el rechazo a realizarnos lo que mantiene nuestras «virtudes», y es la voluntad de dar nuestro máximo lo que nos lleva a los excesos y a los desajustes.

*

Ese «glorioso delirio» del que habla Teresa de Avila para marcar una de las fases de unión con Dios, es lo que un espíritu endurecido, y por fuerza envidioso, no le perdonará jamás a un místico.

*

No existe un sólo instante en el que no haya estado consciente de encontrarme fuera del Paraíso.

*

Sólo lo que se, esconde es profundo y es verdadero. De ahí la fuerza de los sentimientos viles.

*

Ama nesciri, dice la Imitación. Ama ser ignorado. Sólo se está contento del mundo y de uno mismo conformándose a este precepto.

*

El valor intrínseco de un libro no depende de la importancia del tema (si no, los teológicos serían los más importantes), sino de la forma de abordar lo accidental y lo insignificante, de dominar lo ínfimo. Lo *esencial* no ha necesitado nunca del menor talento.

*

El sentimiento de tener diez mil años de retraso, o de adelanto, sobre los demás, de pertenecer a los inicios o al fin de la Humanidad...

*

La negación no parte nunca de un razonamiento, sino de un no se sabe qué de oscuro y antiguo. Los argumentos vienen después, para justificarla y apuntalarla. Todo *no* surge de la sangre.

*

En favor de la erosión de la memoria: *recordar* las primeras iniciativas de la materia y el peligro de vivir que de ello ha resultado...

*

Siempre que no pienso en la muerte tengo la impresión de trampear, de engañar a alguien dentro de mí.

*

Hay noches que ni el más ingenioso torturador podría haber inventado. Sale uno deshecho, estupidizado, perdido. Sin recuerdos ni presentimientos, y sin saber siquiera quién se es. Y entonces es cuando el día parece inútil, y la luz perniciosa y más opresora aún que las tinieblas.

*

Un pulgón *consciente* tendría que desafiar exactamente las mismas dificultades, el mismo género de insolubles que el hombre.

*

Vale más ser animal que hombre, insecto que animal, planta que insecto, y así sucesivamente.

¿La salvación? Es todo lo que disminuye el reino de la conciencia y compromete su supremacía.

*

Tengo todos los defectos de los demás, y, sin embargo, todo lo que hacen me parece inconcebible.

*

Mirando las cosas desde el punto de vista de la naturaleza, el hombre fue hecho para vivir hacia el exterior. Si quiere ver dentro de sí mismo, debe cerrar los ojos, renunciar a la acción, salir de la corriente. Lo que se llama «vida interior» es un fenómeno tardío sólo posible por una disminución en nuestras actividades vitales: el «alma» surgió y se desarrolló a expensas del buen funcionamiento de los órganos.

*

La mínima variación atmosférica pone en entredicho mis proyectos, por no decir mis convicciones. Esta forma de dependencia, la más humillante que existe, no deja de deprimirse disipando al mismo tiempo las pocas ilusiones que me quedaban sobre mis posibilidades de ser libre, o, sencillamente, sobre la libertad. ¿De qué sirve pavonearse si se está a merced de lo Húmedo y de lo Seco? Se desearía una esclavitud menos lamentable y dioses de otra ralea.

*

No merece la pena matarse: siempre lo hace uno demasiado tarde.

*

Cuando se sabe de manera absoluta que todo es irreal, no tiene ningún sentido fatigarse para demostrarlo.

*

La luz se prostituye a medida que se aleja del alba y avanza en el día, y sólo se redime -ética del crepúsculo- en el momento de desaparecer.

*

En los escritos budistas se habla a veces del «abismo del nacimiento». Es, en efecto, un abismo, una sima donde no se cae sino, por el contrario, de donde se emerge para mayor desgracia de cada cual.

*

A intervalos cada vez más aislados, accesos de gratitud hacia Job y Chamfort, hacia la vociferación y el vitriolo...

*

Toda opinión, todo punto de vista es necesariamente parcial, trunco, insuficiente. En filosofía, como en cualquier cosa, la originalidad se reduce a definiciones incompletas.

*

Considerando detenidamente nuestros actos llamados generosos, no hay ninguno que, en cierta forma, no sea condenable e incluso dañino, capaz de inspirarnos el arrepentimiento por haberlo ejecutado, de tal forma que no nos queda más que optar por la abstención o por el remordimiento.

*

La fuerza explosiva de la menor mortificación. Todo deseo vencido da fuerza. Mientras más se aleja uno de este mundo sin adherirse a él, mejor se le domina. La renuncia confiere un poder infinito.

*

En lugar de que mis decepciones converjan hacia un centro y se constituyan, si no en sistema, al menos en un conjunto, se han desperdigado, creyéndose cada cual única y perdiéndose por falta de organización.

*

Sólo tienen éxito las filosofías y las religiones que nos halagan, ya sea en nombre del progreso o en el del infierno. Condenado o no, el hombre experimenta una necesidad absoluta de estar en el centro de todo. Incluso por esta razón es hombre, se *hizo* hombre. Y si un día no sintiera ya esa necesidad, tendría que eclipsarse en favor de otro animal más orgulloso y más loco.

*

Le repugnaban las verdades objetivas, el trabajo de la argumentación, los razonamientos sostenidos. No le gustaba demostrar, no le importaba convencer a nadie *El Otro* es una invención de dialecto.

*

Mientras más le perjudica a uno el tiempo, más se quiere huir de él. Escribir una página sin defecto, una frase solamente, le eleva a uno por encima del devenir y de sus corrupciones. Se trasciende la muerte por la búsqueda de lo indestructible a través del verbo, a través del símbolo mismo de la caducidad.

*

En el punto crucial de un fracaso, en el momento en que la vergüenza amenaza con aniquilarnos, de pronto nos invade un frenesí de orgullo que sólo dura lo suficiente para vaciarnos, para dejarnos sin energía, para hacer descender, con nuestras fuerzas, la intensidad de la vergüenza.

*

Si la muerte es tan horrible como se pretende, ¿cómo es posible que al cabo de cierto tiempo estimemos *feliz* a quienquiera que, amigo o enemigo, haya dejado de vivir?

*

Más de una vez me ha ocurrido salir de casa porque, de haberme quedado, no estaba seguro de poder resistir a alguna resolución súbita. La calle es más tranquilizadora porque se piensa menos en uno mismo, y porque en ella todo se debilita y se deteriora, empezando por las angustias.

*

Lo propio de la enfermedad es velar cuando todo duerme, cuando todo descansa, incluso el enfermo.

*

Siendo joven se tiene cierto gusto por los padecimientos. ¡Parecen tan nuevos, tan magníficos. Con la edad ya no sorprenden, pues se les conoce demasiado. Ahora bien, si no fuera por su punto de imprevisibilidad, no valdría la pena soportarlos.

*

En cuanto uno apela a lo más íntimo de sí mismo y empieza a actuar y a manifestarse, se atribuye dones y se insensibiliza hacia las propias lagunas. Nadie está en condiciones de admitir que lo que surge de su interior podría no valer nada. ¿El «conocimiento de sí»? Una contradicción en los términos.

*

Todos esos poemas donde sólo es cuestión del Poema, toda esa poesía que no tiene otra materia que sí misma. ¿Qué se diría de una plegaria cuyo objeto fuera la religión?

*

El espíritu que duda de todo llega, al cabo de mil interrogaciones, a una apatía casi total, a una situación que justamente el apático conoce a primera vista, por instinto. Pues ¿qué es la abulia, sino una perplejidad congénita?

*

¿Qué decepción que Epicuro, el sabio que más necesito, haya escrito más de trescientos tratados! Y qué alivio que se hayan perdido.

*

-¿Qué hace usted todo el día?
-Me soporto.

*

Frases de mi hermano a propósito de los trastornos y las enfermedades que padeció nuestra madre: «La vejez es la autocrítica de la naturaleza.»

«Hay que estar ebrio o loco, decía Sieyès, para hablar bien las lenguas conocidas.»

Hay que estar ebrio o loco, agregaría yo, para atreverse a utilizar las palabras, cualquier palabra.

*

El fanático del hastío elíptico está llamado a sobresalir en cualquier carrera, salvo en la de escritor.

*

Habiendo vivido siempre con el temor de ser sorprendido por lo peor, he tratado, en todas las circunstancias, de adelantarme lanzándome a la desgracia mucho antes de que sucediera.

*

No se envidia a aquellos que tienen la facultad de rezar, pero sí a los poseedores de bienes, a los que tienen riquezas y fama. Es extraño que uno acepte la salvación de otro y no el que pueda gozar de unas cuantas ventajas fugaces.

*

No he encontrado ningún espíritu *interesante* que no esté ampliamente dotado de deficiencias inconfesables.

*

No hay arte verdadero que no contenga una fuerte dosis de banalidad. Aquel que emplea lo insólito de una manera constante cansa pronto, pues nada es tan insoportable como la uniformidad de lo excepcional...

*

El inconveniente de escribir en una lengua ajena es no tener derecho a cometer demasiados errores. Ahora bien, buscando la incorrección sin abusar de ella, rozando a cada momento el solecismo, es como se le da una apariencia de vida a la escritura.

*

Cada cual cree, de manera inconsciente, que es el único que persigue la verdad, que los demás son incapaces de buscarla e indignos de alcanzarla. Esta locura está tan arraigada y es tan útil, que es imposible imaginar lo que ocurriría con cada uno de nosotros si un día desapareciera.

*

El primer pensador fue sin duda alguna el primer maniático del *por qué*. Manía poco habitual y de ninguna manera contagiosa. Raros, en efecto, son los que la padecen, los que están roídos por la pregunta y sin poder aceptar ninguna certeza, pues nacieron en la consternación.

*

Ser objetivo es tratar al prójimo como se trata a un objeto, a un muerto, es comportarse con él como un sepulturero.

*

Este instante ha desaparecido para siempre, se ha perdido en la masa anónima de lo irrevocable. No volverá nunca. Sufro por ello, y no sufro. Todo es único -e insignificante.

*

Emily Brontë. Todo lo que emana de Ella tiene la particularidad de conmoverme. Haworth es mi lugar de peregrinación.

*

Caminar a orillas de un río, pasar, correr por el agua, sin esfuerzo, sin precipitación, mientras que la muerte continúa en nosotros su rumiar, su soliloquio ininterrumpido.

*

Solo Dios tiene el privilegio de abandonarnos. Los hombres únicamente pueden dejarnos.

*

Sin la facultad de olvidar, nuestro pasado tendría un peso tal sobre nuestro presente, que no soportaríamos abordar un solo instante más, y muco menos entrar en él. La vida sola le resulta soportable a los caracteres triviales, a aquellos que, precisamente, no recuerdan.

*

Cuenta Porfiro que Plotino tenía el don de leer en las almas. Un día, sin más preámbulo, le dijo a su discípulo, muy sorprendido, que no intentara matarse y que emprendiera mejor un viaje. Porfirio partió para Sicilia: allí se curó de su melancolía, pero, agrega lleno de pesar, no asistió a la muerte de su maestro ocurrida durante su ausencia.

Hace tiempo que los filósofos no leen en las almas. No es su oficio, se dirá. Es posible. Pero entonces no debe sorprendernos que ya no nos interesen.

*

Una obra existe cuando se ha preparado en la sombra con la atención, con el cuidado con que el asesino medita su golpe. En ambos casos lo principal es la voluntad de acertar.

*

El conocimiento de sí mismo, el más amargo de todos, es el que menos se cultiva: ¿qué sentido tiene entonces sorprenderse a cada instante en flagrante delito de ilusión, remontar sin piedad hasta la raíz de cada acto y perder causa tras causa ante el propio tribunal?

*

Cada vez que olvido algo, pienso en la angustia que deben experimentar los que *saben* que ya no se acuerdan de nada. Pero algo me dice que al cabo de cierto tiempo se ven

poseídos por una secreta alegría que no aceptarían cambiar por ninguno de sus recuerdos, incluso por los más excitantes.

*

Pretenderse más desapegado, más ajeno a todo que cualquiera, y no ser más que un loco de la indiferencia.

*

Mientras más nos encontramos a merced de impulsos contradictorios, menos sabemos ante cuál ceder. *No tener carácter* es eso y nada más.

*

El tiempo puro, el tiempo decantado, liberado de acontecimientos, de seres y de cosas, no se manifiesta sino en ciertos momentos de la noche, cuando se le siente avanzar con el único propósito de llevarlo a uno hacia una catástrofe ejemplar.

III

Sentir bruscamente que uno sabe tanto como Dios de todas las cosas, y ver desaparecer, con igual brusquedad, esa sensación.

*

Los pensadores de primera mano meditan sobre cosas; los otros, sobre problemas. Hay que vivir de cara al ser, no al espíritu.

*

«¿Qué esperas para entregarte?» Cada enfermedad nos envía una intimación disfrazada de pregunta. Nos hacemos los sordos sin dejar de pensar que la farsa está demasiado vista y que la próxima vez habrá que tener por fin el valor de capitular.

*

Mientras más avanzo, menos reacciono frente al delirio. Ya sólo me gustan, entre los pensadores, los volcanes apagados.

*

De joven me aburría desesperadamente, pero creía en mí. Si no tenía el presentimiento del personaje insustancial en que iba a convertirme, sabía, en cambio, que pasara lo que pasara, la Perplejidad no me abandonaría, que vigilaría mi vida con la exactitud y el celo de la Providencia.

*

Si uno pudiera contemplarse con los ojos de los demás,
desaparecería al instante.

*

Le comentaba a un amigo italiano que los latinos no esconden ningún misterio, por ser demasiado abiertos, demasiado habladores; que prefiero a los pueblos asolados por la timidez; y que un escritor que no llega a conocerla no vale nada en sus escritos. «Es cierto, me respondió. Cuando, en nuestros libros, relatamos nuestras experiencias, éstas carecen de intensidad y de prolongación porque ya antes las hemos relatado cien veces.» Y después hablamos de la literatura femenina, de su falta de misterio en los países donde han hecho estragos los salones y el confesionario.

*

Alguien, no sé quién, dijo que no debería uno privarse del «placer de la piedad».
¿Se ha justificado alguna vez a la religión de manera más delicada?

*

Este afán de revisar los arrebatos, de cambiar de ídolos, de rezar *en otra parte*...

*

Tumbarse en un campo, olfatear la tierra y decirse que ella constituye el término y la esperanza de nuestros abatimientos, que sería vano buscar algo mejor para descansar y disolverse.

*

Cuando ocurre que estoy ocupado, ni por un instante pienso en el «sentido» de nada, y, mucho menos, en el de lo que estoy haciendo. Prueba de que el secreto de todo reside en el acto y no en la abstención, causa funesta de la conciencia.

*

¿La fisonomía de la pintura, de la poesía, de la música dentro de un siglo? Nadie puede imaginarla. Como después de la caída de Atenas o de Roma, habrá una larga pausa debida al agotamiento de los medios expresivos, así como al de la conciencia misma. La Humanidad, para enlazarse al pasado, tendrá que inventar una segunda inocencia sin la cual nunca podrá reanudar las artes.

*

En una de las capillas de esta horrible iglesia se ve a la Virgen con su Hijo elevarse por encima del globo terrestre. Una secta agresiva que minó y conquistó un imperio y heredó sus taras, empezando por el gigantismo.

*

Dice el *Zobar* que «en cuanto apareció el hombre aparecieron las flores».
Más bien creo que estaban ahí desde mucho antes, y que su llegada las sumió en un estupor del cual todavía no se han recuperado.

*

Es imposible leer una línea de Kleist sin pensar en que se mató. Es como si su suicidio hubiera precedido a su obra.

*

En Oriente, los pensadores occidentales más curiosos, más extraños, nunca hubiesen sido tomados en serio a causa de sus contradicciones. Para nosotros es justamente en ellas donde reside la razón del interés que nos despiertan. Más que el pensamiento, nos gustan las peripecias, la *biografía* de un pensamiento, las incompatibilidades y aberraciones que en él se encuentran, nos gustan, en suma, los espíritus que, no sabiendo cómo ponerse en regla con los demás y mucho menos consigo mismos, trampean tanto por capricho como por fatalidad. ¿Su marca distintiva? Un poco de engaño en lo trágico, una pizca de juego hasta en lo incurable...

*

Si en sus *Fundaciones*, Teresa de Avila, se detiene ampliamente en la melancolía, es porque la encuentra incurable. Los médicos, dice, nada pueden hacer, y la superiora de un convento, en presencia de enfermos de ese género, sólo tiene un recurso: inspirarles el temor a la autoridad, amenazarlos, asustarles. El método que la santa preconiza sigue siendo el mejor: frente a un «depresivo», se siente que únicamente serían eficaces las patadas, las bofetadas, una buena tunda. Y eso es, por otra parte, lo que ese «depresivo» hace cuando decide acabar: emplea los grandes recursos.

*

En relación a cualquier acto de la vida, el espíritu tiene el papel de aguafiestas.

*

Se podría imaginar a los elementos cansados de repetir un tema trasnochado, asqueados de las mismas combinaciones de siempre, sin variación ni sorpresa, buscando alguna diversión: la vida sólo sería una disgresión, una anécdota...

*

Todo lo que se emprende me parece pernicioso y, en el mejor de los casos, inútil. En última instancia, puedo moverme, pero no puedo actuar. Entiendo muy bien, demasiado bien, las palabras de Wordsworth sobre Coleridge: *Eternal activity without action*.

*

Cada vez que algo me parece todavía posible, tengo la impresión de haber sido embrujado.

*

La única confesión sincera es aquella que hacemos, indirectamente, al hablar de los otros.

*

No adoptamos una creencia porque sea verdadera (todas lo son), sino porque una fuerza oscura nos empuja a ello. Si esa fuerza llega a abandonarnos, sobreviene la postración y la quiebra, el enfrentamiento con lo que queda de nosotros mismos.

*

«Es propio de toda forma perfecta que el espíritu emane de ella de manera inmediata y directa, mientras que la forma enviciada le retiene prisionero, como un mal espejo que sólo se refleja a sí mismo.»
Al hacer este elogio -tan poco alemán- de la limpidez, Kleist no pensó especialmente en la filosofía, al menos no se dirigía a ella; eso no impide que sea la mejor crítica que se haya hecho de la jerga filosófica, pseudo lenguaje que, al querer ser reflejo de ideas sólo logra adquirir relieve y resaltar a sus expensas desnaturalizándolas y oscureciéndolas. Por una de las usurpaciones más desafortunadas, la palabra se convierte en diva en un terreno en que debería pasar desapercibida.

*

«Oh Satán, mi Maestro, me entrego a ti para siempre». Cómo me pesa haber olvidado el nombre de la religiosa que, habiendo escrito esto con un clavo untado en su sangre, merecería figurar en una antología de la plegaria y el laconismo.

*

La conciencia es algo más que la espina, es el puñal en la carne.

*

Hay ferocidad en todos los estados de ánimo, salvo en el de la alegría. La palabra Schadenfreude, alegría maligna, es un contrasentido. Hacer el mal constituye un placer, no una alegría. La alegría, única victoria sobre el mundo, es pura en su esencia; es, por tanto, irreductible al placer, sospechoso siempre en sí mismo y en sus manifestaciones.

*

Una existencia constantemente transfigurada por el fracaso.

*

El sabio es aquel que consiente en todo porque no se identifica con nada. Un oportunista sin *deseo*.

*

Sólo conozco una visión de la poesía que sea enteramente satisfactoria: es la de Emily Dickinson cuando dice que en presencia de un verdadero poema se siente sobrecogida por un frío tal que tiene la impresión de que no habrá fuego alguno que pueda reanimarla.

*

El gran error de la naturaleza es el de no haber sabido limitarse a un sola reino. Al lado del vegetal, todo parece inoportuno. El sol tuvo que sentirse molesto cuando apareció el primer insecto, cambiar de domicilio cuando irrumpió el primer chimpancé.

*

Si a medida que uno envejece hurga cada vez más en su propio pasado, a expensas de los «problemas», es sin duda porque es más fácil remover recuerdos que ideas.

*

A los últimos a quienes perdonamos su infidelidad es a aquellos a quienes hemos decepcionado.

*

Siempre tenemos la impresión de que podríamos hacer mejor lo que los otros hacen. Desgraciadamente no tenemos el mismo sentimiento hacia lo que nosotros mismos hacemos.

*

«Yo era Profeta, advierte Mahoma, cuando Adán estaba aún entre el agua y la arcilla.»

Cuando no se ha tenido el orgullo de fundar una religión -o al menos de arruinar alguna-, ¿cómo osar mostrarse a la luz del día?

*

El desapego no se aprende: está inscrito en una civilización. No se tiende hacia él, se le descubre en uno mismo. Eso pensaba al leer que un misionero en el Japón, después de dieciocho años, sólo contaba con un total de sesenta convertidos, ancianos además. Y todavía se le escaparon en el último momento, pues murieron a la manera nipona, sin remordimientos, sin tormentos, como dignos descendientes de sus antepasados, los cuales, para entrenarse en los tiempos de lucha contra los mongoles, se dejaban impregnar por el vacío de todas las cosas y del suyo propio.

*

Sólo acostados se puede pensar en la eternidad. Durante un período considerable ésta fue la preocupación principal de los orientales: ¿y acaso no preferían la posición horizontal?

En cuanto uno se recuesta, el tiempo deja de fluir y de tener importancia. La historia es el producto de una raza *en pie*.

En tanto que animal vertical, el hombre debería acostumbrarse a mirar de frente, no sólo en el espacio sino también en el tiempo. ¡A qué lamentable origen se remonta el Porvenir!

*

Cualquier misántropo, por muy sincero que sea, recuerda en ocasiones a ese viejo poeta clavado en su lecho y completamente olvidado que, furioso contra sus contemporáneos, había decretado que no deseaba ya recibir a ninguno. Su mujer, por caridad, iba de vez en cuando a llamar a la puerta...

*

Una obra está terminada cuando ya no podemos mejorarla, aunque se la sepa insuficiente e incompleta. Cuando se está tan harto que no se tiene ya la fuerza de agregar una sola coma, aunque sea indispensable. Lo que decide el grado de perfección de una obra no es de ninguna manera una exigencia de arte o de verdad, es el cansancio, y, más aún, el hartazgo.

*

En tanto que la mínima frase que escribe exige un simulacro de inventiva, basta, en cambio, un poco de atención para comprender en un texto, aunque sea difícil. Garrapatear una tarjeta postal se acerca más a una actividad creadora que leer la *Fenomenología del espíritu*.

*

El budismo llama «mácula del espíritu», a la cólera; el maniqueísmo, «raíz del árbol de muerte».

Lo sé. ¿Y de qué me sirve?

*

Ella me era totalmente indiferente. Pensando, de pronto, después de tantos años, que pasara lo que pasara no volvería a verla nunca más, estuve a punto de ponerme enfermo. No comprendemos lo que la muerte es sino cuando recordamos de repente en el rostro de alguien que nunca nos importó.

*

A medida que el arte se hunde en un callejón sin salida, los artistas se multiplican. Esto deja de ser una anomalía si se piensa que el arte en vías de agotamiento se ha tornado, a la vez, imposible y fácil.

*

Nadie es responsable de lo que es, ni siquiera de lo que hace. Esto es evidente y todo el mundo está más o menos de acuerdo en ello. ¿Por qué entonces exaltar o denigrar? Porque existir equivale a evaluar, a emitir juicios, y la abstención, cuando no es producto de la apatía o de la cobardía, exige un esfuerzo que nadie quiere hacer.

*

Cualquier forma de apresuramiento, incluso en dirección al bien, traiciona algún desajuste mental.

*

Los pensamientos menos impuros son aquellos que surgen en medio de nuestras confusiones, en los intervalos entre nuestros problemas, en esos momentos de lujo que nuestra miseria se ofrece.

-

*

Los dolores imaginarios son, con mucho, los más, reales ya que se les necesita constantemente y se inventan porque no es posible prescindir de ellos.

*

Si lo propio del sabio es no hacer nada inútil, nadie me ganará en sabiduría: ni siquiera me rebajo a hacer cosas útiles.

*

Imposible imaginar un animal degradado, un sub-animal.

*

¡Si hubiera sido posible nacer antes que el hombre!

*

Por más que lo intento, no consigo despreciar todos esos siglos durante los cuales no se hizo otra cosa que intentar una definición de Dios.

*

La manera más eficaz de sustraerse a una depresión, motivada o gratuita, es la de tomar un diccionario, de preferencia en una lengua que apenas se conoce, y buscar palabras y palabras, poniendo cuidado en que sean aquellas que nunca se utilizarán.

*

Mientras se vive fuera de lo terrible, se hallan palabras para expresarlo; en cuanto se le conoce por dentro, ya no se encuentra ninguna.

*

No hay aflicción límite.

*

Los desconsuelos de cualquier género pasan, pero el fondo del que proceden subsiste y nada lo mitiga. Es inatacable e inalterable. Es nuestro *fatum*.

«Ese poco de materia»: a fuerza de pensar en ello, se llega a la calma, una calma que ciertamente, más valdría no haber conocido.

*

La paradoja no tiene sentido en los entierros, ni tampoco en los matrimonios o en los nacimientos. Los acontecimientos siniestros -o grotescos- exigen el lugar común, pues lo terrible, al igual que lo desagradable, cae dentro del estereotipo.

*

Recordar, tanto en el furor como en la desolación, que la Naturaleza, como dice Bossuet, no consentirá en dejarnos por mucho tiempo «ese poco de materia que nos presta».

*

Por muy desengañados que estemos, es imposible vivir sin alguna esperanza. Siempre conservamos una, a pesar nuestro, y esa esperanza inconsciente compensa todas las demás, explicitas, que hemos rechazado o agotado.

*

Cuanto más entrado en años está uno, más habla de su propia desaparición como de un acontecimiento lejano altamente improbable. Se ha adquirido de tal forma el hábito de la vida, que se torna uno incapacitado para la muerte.

*

Un ciego, por una vez verdadero, tendía la mano: en su actitud, en su rigidez, había algo conmovedor que cortaba la respiración. Transmitía su ceguera.

*

Sólo les perdonamos a los niños y a los locos su franqueza: los demás, si tienen la audacia de imitarlos, se arrepentirán tarde o temprano.

*

Para ser «feliz» se tendría que tener siempre presente la imagen de las desgracias que no han ocurrido. Sería para la memoria una manera de redimirse, ya que, al no retener por lo general sino las desgracias ocurridas, se empeña en sabotear, la felicidad con un éxito maravilloso.

*

Después de una noche de insomnio, los transeúntes parecen autómatas; se diría que ninguno respira, ni camina. Todos parecen movidos por un resorte: ninguna espontaneidad; sonrisas mecánicas, gesticulaciones de espectro. Si tú mismo eres un espectro, ¿cómo ibas a ver en los demás a seres vivos?

*

Ser estéril, ¡y con tantas sensaciones! Perpetua poesía sin palabras.

*

La fatiga pura, sin causa, la fatiga que sobreviene como un don o un castigo: gracias a ella reintegro mi yo, me sé «yo». En cuanto desaparece ya no soy más que un objeto inanimado.

*

Todo lo que aún permanece vivo dentro del folklore es anterior al cristianismo. Lo mismo ocurre con todo lo que está vivo todavía en nosotros.

*

Aquel que teme al ridículo no irá nunca muy lejos ni para bien ni para mal; permanecerá más acá de sus talentos, y, aunque tenga genio, estará condenado a la mediocridad.

*

«En medio de vuestras más intensas actividades, deteneos un momento para 'contemplar' vuestro espíritu». Esta recomendación no se dirige, por supuesto, a aquellos que «contemplan» su espíritu día y noche y que, por ello, no tienen que suspender ni un instante sus actividades, dado que no desarrollan ninguna.

*

No permanece sino lo que ha sido concebido en la soledad, *de cara a Dios*, se sea o no creyente.

*

La pasión por la música es en sí misma una *confesión*. Sabemos más de un desconocido que la tiene que de alguien insensible a ella y que frecuentamos a diario.

*

No hay meditación sin una inclinación hacia la machaconería.

*

Mientras el hombre iba a remolque de Dios, avanzaba lentamente, tan lentamente que ni siquiera se daba cuenta. Desde que no vive a la sombra de nadie, se apresura, se desconsuela, y daría cualquier cosa por encontrar su antigua cadencia.

*

Perdimos al nacer lo mismo que perderemos al morir. Todo.

*

Saciedad: no bien acabo de pronunciar esa palabra y ya no sé a propósito de qué, de tal manera puede aplicarse a todo lo que siento y pienso, a todo lo que amo y detesto, a la misma saciedad.

*

No he asesinado a nadie, he hecho algo mejor: he matado a lo Posible, y, al igual que Macbeth, lo que más necesito es rezar, pero, como él, no puedo decir *Amen*.

IV

Distribuir golpes que no alcanzan a nadie, atacar a todo el mundo sin que nadie se dé cuenta, lanzar flechas cuyo veneno sólo es recibido por uno mismo.

*

Fulano, a quien siempre he tratado muy mal, no me guarda rencor porque no se lo guarda a nadie. Perdona todas las injurias, no recuerda ninguna. ¡Cómo lo envidio! Para igualarlo tendría que recorrer varias existencias y agotar todas mis posibilidades de trasmigración.

*

En los tiempos en que durante meses viajaba en bicicleta a través de Francia, mi mayor placer era detenerme en los cementerios rurales, tenderme entre dos tumbas y fumar durante horas. La considero la época más activa de mi vida.

*

¿Cómo dominarse, cómo ser dueño de uno mismo cuando se viene de un país donde se ruge en los entierros?

*

Algunas mañanas, cuando apenas he puesto el pie fuera, escucho voces que me llaman por mi nombre. ¿Soy verdaderamente yo? ¿Es ése mi nombre? Lo es, en efecto, llena el espacio, está en labios de los transeúntes. Todos lo articulan, incluso aquella mujer tras la ventana en ésa oficina de correos.

Las vigilias devoran nuestros últimos restos de sentido común y de modestia, y nos harían perder la razón si el temor al ridículo no viniese a salvarnos.

*

Mi curiosidad y mi repulsión, y también mi terror, ante su mirada de aceite y metal, ante su obsequiosidad, su astucia sin disfraz, su hipocresía curiosamente no velada, sus continuos y evidentes disimulos; ante esa mezcla de canalla y de loco. Impostura e infamia a plena luz. Su falta de sinceridad es perceptible en todos sus gestos, en todas sus palabras. El término no es exacto, pues falta de sinceridad es ocultar la verdad, es conocerla y en él no existe la menor huella, la menor idea, el mínimo asomo de verdad, ni tampoco de mentira, nada sino una aspereza inmunda, una demencia *interesada*...

*

Hacia la media noche una mujer bañada en llanto me aborda en plena calle: «Se han cargado a mi marido, Francia es un asco, afortunadamente soy bretona, me han quitado a mis hijos, me han drogado durante seis meses...»

De inmediato no me di cuenta de que estaba loca, pues su dolor parecía real (y, en cierto sentido, lo era), y así la dejé monologar durante una media hora: hablar le sentaba bien. Luego la dejé diciéndome que la diferencia entre ella y yo sería bien poca si, a mi vez, me pusiera a soltar mis sermones al primero que se me pusiera delante.

*

Un profesor de un país del este de Europa me cuenta que su madre, una campesina, se sorprendió mucho cuando supo que él padecía de insomnio. Ella, cuando no podía dormir, sólo tenía que imaginarse un vasto campo de trigo ondulado por el viento y de inmediato se dormía.

No es la imagen de una ciudad la que produciría este resultado. Es inexplicable, milagroso, que un hombre de ciudad llegue a pegar el ojo.

*

El cafetín es frecuentado por los ancianos del asilo de las afueras del pueblo. Están ahí, con un vaso entre las manos y se miran sin hablar. Uno de ellos se pone a relatar algo que quiere ser gracioso. Nadie le escucha, en todo caso nadie se ríe. Todos se han afanado durante años para llegar a esto. Antaño, en el campo, se les hubiera ahogado con una almohada. Sabia fórmula perfeccionada por cada familia e incomparablemente más humana que la de juntarlos, recluirlos, para librarlos del aburrimiento por medio de la atonía.

*

Si hemos de creer a la Biblia, fue Caín quien fundó la primera ciudad para, según el comentario de Bossuet, tener donde *aturdir sus remordimientos.*

¡Vaya idea! Y cuántas veces no habré sentido yo mismo su exactitud durante mis vagabundeos nocturnos.

*

Una noche, al subir las escaleras, en plena oscuridad, fui detenido por una fuerza invencible surgida de dentro y de fuera. Incapaz de dar un paso más, me quedé parado, petrificado. *Imposibilitado*, esta palabra tan común vino, más a punto que nunca, a darme luz sobre mí mismo y sobre ella; muchas veces me había ayudado, pero nunca como en ese momento. Comprendí de una vez por todas lo que quería decir...

*

Una vieja camarera, sin detenerse cuando le lanzo un: «¿Cómo va?», me responde: «Vamos marchando.» Esta respuesta banal me conmueve hasta las lágrimas.

Las frases que se refieren al devenir, al pasaje, a la *marcha*, cuanto más gastadas están, suelen adquirir el cariz de una revelación. Sin embargo, la verdad es que no crean un estado excepcional, sino que uno ya se encontraba en él sin saberlo y era necesario una señal o un pretexto para que lo extraordinario ocurriera..

*

Vivíamos en el campo, yo iba a la escuela, y, detalle importante, dormía en la misma habitación que mis padres. Por la noche, mi padre acostumbraba a leerle en voz alta a mi madre. Aunque era presbítero leía de todo, pensando, sin duda, que, dada mi edad, no estaba en situación de comprender. Por lo general yo no escuchaba y me dormía, salvo si se trataba de un relato apasionante. Una noche agucé el oído. Se trataba, en una biografía de Rasputín, de la escena en que el padre, en su lecho de muerte, llama a su hijo para decirle: «Ve a San Petersburgo, adueñate de la ciudad, no te detengas ante nada y no le temas a nadie, *pues Dios es un viejo cerdo*.»

Tamaña enormidad en boca de mi padre, para quien el sacerdocio no era una broma, me impresionó tanto como un incendio o un terremoto. Pero también recuerdo con claridad -y de ello hace ya cincuenta años-, que a mi emoción siguió un extraño placer que no me atrevo a llamar perverso.

*

Habiendo profundizado suficientemente, en el curso de los años, en dos o tres religiones, he retrocedido siempre, en el umbral de la «conversión», por miedo a mentirme a mí mismo. A mi juicio ninguna de ellas era lo bastante libre como para admitir que la venganza es una necesidad, la más intensa y la más profunda que existe, y que todos tienen que satisfacerla, aunque sea por medio de la palabra. Si uno la ahoga, se expone a graves trastornos. Más de un desequilibrio -si no todo desequilibrio- procede de una venganza que se ha diferido demasiado tiempo. ¡Sepamos estallar! Cualquier malestar es mucho más *sano* que aquel que suscita un furor acumulado.

*

Filosofía en la Morgue. «Mi sobrino, claro, no tuvo éxito; si lo hubiera tenido, su fin habría sido otro.» Usted sabe, señora, respondí a la gruesa matrona, que se tenga o no éxito da lo mismo. «Tiene usted razón», me respondió después de pensarlo algunos minutos. Esa conformidad tan inesperada por parte de tal mujer me conmovió casi tanto como la muerte de mi amigo.

*

Los tarados... Me parece que su aventura, mejor que cualquiera otra, arroja luz sobre el futuro, que sólo ellos permiten entreverlo y descifrarlo, y que, hacer abstracción de sus logros es incapacitarse definitivamente para *describir* los días venideros.

*

-Lástima, me decía usted, que N. no haya hecho nada.
-¿Qué importa! Existe. Si hubiera escrito libros, si hubiera tenido la desgracia de «realizarse», no estaríamos hablando de él desde hace una hora. La ventaja de ser alguien es más rara que la de producir. Producir es fácil; lo difícil es no querer hacer uso de las propias dotes.

*

Están filmando: la misma escena se vuelve a empezar varias veces. Un transeúnte, seguramente provinciano, no sale de su asombro: «Después de esto, nunca más iré al cine.»
Se podría reaccionar de la misma manera frente a cualquier cosa cuyo secreto se haya penetrado. Sin embargo, *por una obnubilación prodigiosa, los ginecólogos se encaprichan con sus clientes, los sepultureros engendran niños, los incurables hacen abundantes proyectos, los escépticos escriben...*

*

T., hijo de rabino, se queja de que esta época de persecuciones sin precedente no haya visto nacer ninguna plegaria original susceptible de ser adoptada por la comunidad y dicha en las sinagogas. Yo le aseguro que hace mal en afligirse o alarmarse: los grandes desastres no dan nada, ni en el terreno literario ni en el religioso. Sólo las desgracias a medias son fecundas, porque pueden ser, porque son un punto de partida, mientras que un infierno demasiado perfecto es casi tan estéril como el paraíso.

*

Tenía yo veinte años. Todo me abrumaba. Un día caí sobre un sillón diciendo: «no puedo más».

Mi madre, enloquecida ya por mis noches en blanco, me anunció que acababa de hacer decir una misa por mi «descanso». No una, sino *treinta mil*, me hubiera gustado gritar, pensando en la cifra, inscrita por Carlos V en su testamento, aunque, ciertamente, por un descanso mucho más largo.

*

Lo vi par casualidad después de un cuarto de siglo. Estaba igual, intacto, más fresco que nunca, parecía incluso que hubiese vuelto a la adolescencia.

¿Dónde se agazapó y qué maquinó para sustraerse a la acción le los años, para esquivar las muecas y las arrugas? ¿Y cómo ha vivido, si es que ha vivido? Como un fantasma. Seguramente ha hecho trampas, no ha cumplido con su papel de ser viviente, no ha jugado el juego. Sí, un fantasma, y un estafador. No discierno ningún signo de destrucción en su rostro, ninguna de esas marcas que prueban que se trata de un ser real, de un individuo y no de una aparición. No sé qué decirle, me siento incómodo. Incluso tengo miedo. Así nos desconcierta quien escapa al tiempo, o simplemente lo escamotea.

*

D. C., que en su pueblo, en Rumania, escribía sus recuerdos de infancia, le dijo a su vecino, un campesino llamado Coman, que no le olvidaría. Al día siguiente, muy temprano, vino a verle el campesino: «Yo sé que no valgo nada, pero, ¡caray!, no creí haber caído tan bajo como para que se hablara de mí en un libro.»

¡Cuán superior era el mundo oral! Los seres (y debería decir los pueblos) se mantienen en la verdad mientras les dura el horror por lo escrito. En cuanto se contagian de su prejuicio, entran en lo falso, pierden sus antiguas supersticiones para adquirir una nueva, peor que todas las otras juntas.

*

Incapaz de levantarme, atado al lecho, me dejo llevar por los caprichos de la memoria, y me veo vagabundeando, niño, en los Cárpatos. Un día me encontré con un perro cuyo dueño, sin duda para deshacerse de él, lo había amarrado a un árbol. Estaba transparente de delgadez y tan vacío de vida que apenas si tuvo fuerzas para mirarme sin moverse. Sin embargo, estaba *de pie*, él...

*

Un desconocido me cuenta que ha matado a no sé quién. No lo busca la policía porque nadie sospecha de él. Sólo yo sé que es el asesino. ¿Qué hacer? No tengo ni la audacia ni la deslealtad (pues me ha confiado un secreto, ¡y vaya secreto!) de ir a denunciarlo. Me siento su cómplice y me resigno a ser detenido y castigado como tal. Al mismo tiempo me digo que esa es una tontería. Quizá de todas formas lo denuncie. Y así hasta que despierto.

*

Lo interminable es la especialidad de los indecisos. No pueden resolver nada en la vida, y mucho menos en sus sueños, donde perpetúan sus vacilaciones, sus cobardías, sus escrúpulos. Son idealmente aptos para la pesadilla.

*

Una película sobre los animales salvajes: crueldad sin descanso en todas las latitudes. La «Naturaleza», torturadora genial, penetrada de si misma y de su obra, se regocija no sin razón: todo lo que vive tiembla y provoca temblor. La piedad es un lujo extraño que sólo el más pérfido y feroz de los seres podía inventar, por necesidad de castigarse y torturarse, por ferocidad.

*

Encima de un cartel que, a la entrada de una iglesia, anuncia: *El arte de la fuga*, alguien ha trazado con grandes letras: *Dios está muerto*. Y esto a propósito del músico que atestigua que Dios, en el supuesto que esté difunto, puede resucitar justamente durante el tiempo en que se escucha tal cantata o tal fuga.

*

Habíamos pasado poco más de una hora juntos. Aprovechó para pavonearse, y, a fuerza de querer decir cosas interesantes sobre sí mismo, lo consiguió. Si solamente se hubiera dirigido elogios razonables, lo hubiera encontrado aburrido y dejado al cabo de algunos minutos. Al exagerar, al representar bien su papel de fanfarrón, casi se volvió ingenioso. El deseo de parecer sutil no menoscaba la sutilidad. Un débil mental, si pudiera sentir deseos de impresionar, lograría engañar y hasta se acercaría a la inteligencia.

*

Fulano, que ya sobrepasó la edad de los patriarcas, después de haberse encarnizado contra todo el mundo durante una larga charla, me dijo: «La enorme debilidad de mi vida ha sido el no haber odiado jamás a nadie.»

El odio no disminuye con los años: más bien aumenta. El de un hombre que chochea, alcanza proporciones apenas imaginables: insensible ya a sus antiguos afectos, pone todas sus facultades al servicio de sus rencores que, milagrosamente revigorizados, sobrevivirán al agotamiento de su memoria y hasta de su razón.

...El peligro de frecuentar ancianos es que, al verlos tan alejados del desapego y tan incapaces de alcanzarlo, uno se arroga todas las ventajas que deberían tener y que no tienen. Y es inevitable que la superioridad que uno cree tener, real o ficticia, sobre ellos en materia de lasitud o de hastío, incite a la presunción.

*

Cada familia tiene su filosofía. Uno de mis primos, que murió joven, me escribía: «Todo es como siempre ha sido y como será sin duda hasta que no quede ya nada.»

Por su parte, mi madre terminaba la última carta que me envió con esta frase testamento: «Hasta lo que haga el hombre, le pesará tarde o temprano.»

Y pensar que ni siquiera puedo envanecerme de haber adquirido a mis expensas ese vicio del lamento. Me precede, forma parte del patrimonio de mi tribu. ¡Vaya herencia, esta incapacidad para la ilusión!

*

A algunos kilómetros de mi pueblo natal había, en las alturas, un poblado habitado únicamente por gitanos. En 1910 lo visitó un etnólogo aficionado acompañado por un fotógrafo. Consiguió reunir a los habitantes, que se dejaron fotografiar sin saber lo que

significaba. En el momento en que se les pidió que no se movieran, una vieja gritó: «¡Cuidado! Nos están robando el alma.» Todos se precipitaron sobre los visitantes, que a duras penas escaparon.

¿Acaso no era la India, país de origen de esos gitanos semisalvajes, la que, en esta circunstancia, hablaba a través de ellos?

*

En continua rebeldía contra mi ascendencia, toda la vida he deseado ser otro: español, ruso, caníbal, todo excepto lo que soy.

Es una aberración pretenderse diferente de lo que se es, adoptar en teoría todas las condiciones salvo la propia.

*

El día en que leí la lista de casi todas las palabras de que dispone el sánscrito para designar al absoluto, comprendí que me había equivocado de camino, de país, de idioma.

*

Una amiga, después de no sé cuántos años de silencio, me escribe que ya no le queda mucho y que se apresta a «entrar en lo Desconocido»... Este tópico me hace poner mala cara. Después de la muerte discierno mal *dónde* puede uno entrar. En este caso cualquier afirmación me parece abusiva. La muerte no es un estado, a lo mejor ni siquiera es un tránsito. ¿Qué es pues? ¿Y con qué tópico voy a mi vez a responderle a esta amiga?

*

Sobre el mismo tema, sobre el mismo acontecimiento, puedo cambiar de opinión diez, veinte, treinta veces en un día. ¡Y pensar que cada vez, como el último de los impostores, me atrevo a pronunciar la palabra «verdad»!

*

La mujer, fuerte aún, arrastraba tras de sí a su marido, alto, encorvado, de ojos aterrados; lo arrastraba como si fuese un sobreviviente de otra época, un diplodocus apoplético y suplicante.

Una hora después, un segundo encuentro: una vieja muy bien vestida, encorvada al máximo, «avanzaba». Describiendo un perfecto semicírculo miraba, por la fuerza de las circunstancias, al suelo; y sin duda contaba sus pasos inimaginablemente lentos. Se hubiera dicho que aprendía a caminar, que tenía miedo de no saber dónde y cómo poner los pies para moverse.

...Todo lo que me aproxima a Buda es bueno.

*

A pesar de su cabello blanco continuaba en la prostitución. La encontraba a menudo en el Barrio Latino hacia las tres de la mañana, y no me gustaba regresar a casa sin antes haberle oído relatar algunas hazañas o anécdotas. Tanto las hazañas como las anécdotas se me han olvidado. Pero no puedo olvidar la rapidez con que, una noche en que me puse a despotricar contra todos esos «piojosos» que dormían, ella comentó, levantando el índice hacia el cielo: «¿Y qué dice usted del *piojoso de allá arriba*?»

*

«Todo carece de sustento y de sustancia», nunca me lo repito sin sentir algo parecido a la felicidad. Lo malo es que hay infinidad de momentos en los que no consigo repetírmelo...

V

Lo leo por la sensación de naufragio que me produce todo lo que escribe. Al principio se comprende, después se empieza a girar, luego es un torbellino insulso, sin pavor, y uno piensa que va a hundirse y, efectivamente, se hunde. No es, sin embargo, un verdadero hundimiento, ¡sería demasiado hermoso! Volvemos a la superficie, respiramos, comprendemos de nuevo, nos sorprende ver que parece decir algo y entender lo que está diciendo; después empieza otra vez el vértigo y sobreviene el hundimiento total... Pretende ser profundo y lo parece. Pero en cuanto uno se recupera, se da cuenta de que sólo es oscuro, y que el intervalo entre la verdadera profundidad y la profundidad buscada es tan importante como la que existe entre una revelación y una manía.

*

Todo aquel que se aboca a una obra cree -sin ser consciente de ello-- que sobrevivirá a los años, a los siglos, al tiempo mismo... Si mientras está dedicado a ella sintiera que es perecedera, la abandonaría en el transcurso, no podría terminarla. Actividad y engaño son términos correlativos.

*

«Desapareció la risa, después desapareció la sonrisa.»
Esta acotación aparentemente ingenua de un biógrafo de Alexander Blok define bien el esquema de toda decadencia.

*

No es fácil hablar de Dios cuando no se es ni creyente ni ateo; ese es sin duda el drama de todos nosotros, incluyendo a los teólogos: el de no poder ser ni lo uno ni lo otro.

*

El progreso hacia el desasimiento y la liberación, constituye para un escritor un desastre sin precedente. Más que nadie, él tiene necesidad de sus defectos: si los domina, está perdido. Que se libre de querer ser mejor, pues si lo logra, lo lamentará amargamente.

*

Debemos desconfiar de la lucidez que poseamos sobre nosotros mismos. Ese conocimiento indispone y paraliza a nuestro demonio. Ahí es donde hay que buscar la razón por la cual Sócrates no escribió nada.

*

Lo que hace a los malos poetas más malos aún es que sólo leen a poetas (así como los malos filósofos sólo leen a filósofos), cuando sacarían gran provecho de un libro de botánica o de geología. Sólo hay enriquecimiento cuando se frecuentan disciplinas

alejadas de la propia. Es claro que esto únicamente es válida en los dominios donde el yo hace estragos.

*

Tertuliano nos enseña que, para curarse, los epilépticos iban a «chupar con avidez la sangre de los criminales degollados en la arena.» Si yo escuchara la voz de mi instinto, esa sería la única forma de terapia que adoptaría para cualquier enfermedad.

*

¿Tenemos derecho de enfadarnos contra quien nos considera un monstruo? El monstruo por definición está solo, y la soledad, incluso la de la infamia, supone algo de positivo, una elección un tanto especial, pero elección indudablemente.

*

Dos enemigos es un mismo hombre *dividido*.

*

«No juzgues a nadie sin antes haberte puesto en su lugar.»
Este viejo proverbio invalida cualquier juicio, pues sólo juzgamos a alguien porque, justamente, no podemos ponernos en su lugar.

*

Quien ama su independencia debe estar dispuesto, para salvaguardarla, a cualquier infamia, a la ignominia inclusive.

*

Nada tan abominable como el crítico y, con mayor razón, el filósofo que todos llevamos dentro: si yo fuera poeta reaccionaría como Dylan Thomas quien, cuando comentaban en su presencia sus poemas, se dejaba caer al suelo en medio de convulsiones.

*

Todos los que se agitan cometen injusticia tras injusticia, sin sentir el menor remordimiento. Sólo mal humor. El remordimiento está reservado a quienes no actúan ni pueden actuar. Es su subtítulo de la acción, les consuela de su ineficacia.

*

La mayor parte de nuestros sinsabores viene de nuestros primeros movimientos. El menor impulso se paga más caro que un crimen.

*

Como sólo recordamos con precisión los malos ratos, los enfermos, los perseguidos, las víctimas de todo género han vivido en fin de cuentas, con el máximo provecho. Los otros, los afortunados, tienen una vida, es cierto, pero no el *recuerdo* de una vida.

*

Es fastidioso quien no está dispuesto a impresionar. El vanidoso es casi siempre irritante, pero se gasta, hace un esfuerzo: es un pesado que no querría serlo, y se le agradece: termina por ser soportable y hasta por ser solicitado. En cambio, uno palidece de rabia ante aquel que no intenta causar ningún efecto. ¿Qué decirle y qué esperar de él? Hay que conservar alguno de los rasgos del mono o quedarse en casa.

*

No es el temor de emprender algo, sino el temor de conseguirlo lo que explica más de un fracaso.

*

Me gustaría una plegaria con palabras-puñal. Por desgracia, en cuanto se pone uno a rezar hay que hacerlo como todo el mundo. Ahí reside una de las mayores dificultades de la fe.

*

El futuro sólo se vuelve temible en cuanto uno no está seguro de poder matarse en el momento deseado.

*

Ni Bossuet, ni Malebranche, ni Fénelon se dignaron hablar de las *Pensées*. Por lo visto, Pascal no les parecía lo suficientemente serio.

*

El antídoto del aburrimiento es el miedo. Es menester que el remedio sea más fuerte que el mal.

*

¡Si pudiera elevarme al nivel de lo que hubiera querido ser! Pero no sé qué fuerza que crece con los años me empuja hacia abajo. Incluso para remontarme a *mi* superficie tengo que utilizar estratagemas en las que no puedo pensar sin ruborizarme.

*

Hubo un tiempo en que cada vez que sufría una afrenta, para alejar de mí cualquier asomo de venganza, me imaginaba bien tranquilo en mi tumba. Y en seguida me ablandaba. No desdeñemos tanto nuestro cadáver: puede sernos útil a veces.

*

Todo pensamiento deriva de una sensación contrariada.

*

La única manera de alcanzar al Otro en profundidad, es ir hacia lo que hay de más profundo en nosotros mismos. En otros términos, es seguir el camino contrario al que toman los espíritus llamados «generosos».

*

Y no poder decir como ese rabino hasideo: «La bendición de mi vida es que nunca he tenido necesidad de nada hasta haberlo poseído.»

*

La Naturaleza cometió algo más que un error de cálculo permitiendo al hombre: cometió un atentado contra sí misma.

*

El temor le vuelve a uno *consciente*: el temor mórbido, no el natural. De otra forma, los animales habrían alcanzado un grado de conciencia superior al nuestro.

*

Como orangután propiamente dicho, el hombre es viejo; como orangután histórico; es relativamente reciente: un advenedizo que no tuvo tiempo de aprender cómo *comportarse* en la vida.

*

Después de ciertas experiencias deberíamos cambiar de nombre, puesto que ya no somos el mismo. Todo adquiere un aspecto distinto, empezando por la muerte. Parece próxima y deseable, nos reconciliamos con ella y llegamos a considerarla «la mejor amiga del hombre», como la llama Mozart en una carta a su padre moribundo.

*

Hay que sufrir hasta el final, hasta el momento en que se deja de creer en el sufrimiento.

*

«La verdad permanece oculta para aquel que está lleno de deseo y de odio.» (Buda.)
... Es decir para todo ser *viviente*.

*

Atraído por la soledad permanece, no obstante, en el mundo: un estilita sin columna.

*

«Comete usted un error al creer en mí.» ¿Quién podría hablar así? Dios y el Fracasado.

*

Todo lo que llevamos a cabo, todo lo que sale de nosotros, aspira a olvidar sus orígenes, y sólo lo consigue poniéndose en contra nuestra. De ahí el signo negativo que marca todos nuestros éxitos.

*

No es posible decir nada de nada. Por ello es ilimitada la cantidad de libros.

*

El fracaso, incluso reiterado, parece siempre nuevo; mientras que el éxito, al multiplicarse, pierde todo interés, todo atractivo. No es la desgracia, sino la felicidad insolente, la que conduce al tono agrio y al sarcasmo.

*

«Un enemigo es tan útil como un Buda.» Es cierto. Porque nuestro enemigo nos vigila, impide que nos abandonemos. Al señalar, al divulgar el menor de nuestros desfallecimientos, nos conduce en línea recta hacia nuestra salvación, pone en juego todo para que no seamos indignos de la idea que se ha hecho de nosotros. Así, nuestra gratitud hacia él no debería tener límites.

*

Nos recuperamos y nos apegamos más al ser cuanto más hemos reaccionado contra los libros negativos y disolventes, contra su fuerza nociva. Libros reconfortantes en suma, puesto que suscitan la energía que los niega. Cuanto más veneno contienen, más saludable es el efecto que produce, a condición de que se les lea a contracorriente, tal como debería leerse cualquier libro, empezando por el catecismo.

*

El mayor servicio que se le puede brindar a un escritor es prohibirle trabajar durante un cierto tiempo. Serían necesarias tiranías de corta duración que le impidieran cualquier actividad intelectual. La libertad de expresión *sin ninguna interrupción* expone al talento a un peligro mortal, le obliga a gastarse más allá de sus recursos y le impide acumular sensaciones y experiencias. La libertad sin límites es un atentado contra el espíritu.

*

La autocompasión es menos estéril de lo que se piensa. En cuanto alguien tiene el más leve acceso a ella, adopta una actitud de pensador, y, maravilla de maravillas, llega a pensar.

*

La máxima estoica según la cual debemos plegarnos sin chistar a las cosas que no dependen de nosotros, sólo toma en cuenta las desgracias exteriores que escapan a nuestra voluntad. ¿Pero cómo conformarnos con aquellas que vienen de nosotros mismos? Si somos la fuente de nuestros males, ¿a quién culpar?, ¿a nosotros mismos? Felizmente nos las arreglamos para olvidar que somos los verdaderos culpables, y, por otra parte, la existencia sólo es tolerable si renovamos cada día esa mentira y ese olvido.

*

Toda mi vida he vivido con el sentimiento de haber sido alejado de mi verdadero sitio. Si la expresión «exilio metafísico» no tuviera ningún sentido, mi propia existencia se lo daría.

*

Mientras más colmado de dones está alguien, menos avanza en el plano espiritual. El talento es un obstáculo para la vida interior.

*

Para salvar de la vulgaridad y la grandilocuencia a la palabra «grandeza», sólo habría que utilizarla a propósito del insomnio o de la herejía.

*

En la India clásica, el sabio y el santo se reunían en una misma persona. Para darse una idea de tal logro, hay que pensar, si se puede, en una fusión entre la resignación y el éxtasis, entre un estoico frío y un místico descabellado.

*

El ser es sospechoso. ¿Qué decir de la «vida» que constituye su desviación y su deshonra?

*

Cuando nos comunican un juicio desfavorable sobre nuestra persona, en lugar de enfadarnos deberíamos pensar en todo lo malo que hemos dicho de los demás, y decirnos que es justo que también se hable así de nosotros. La ironía quiere que no exista persona más vulnerable, más susceptible, menos dispuesta a reconocer sus defectos, que el maldiciente. Bastaría citarle la mínima parte de lo que se dice sobre él para que pierda el control, se desate y se ahogue en su bilis.

*

Desde fuera, en cualquier clan, secta o partido, reina la armonía; dentro, la discordia. Los conflictos en un monasterio son tan frecuentes y están tan envenenados como en cualquier sociedad. Incluso cuando huyen del infierno, no lo abandonan sino para reconstruirlo en otra parte.

*

La mejor conversión es vivida como un avance. Afortunadamente existen excepciones.

Me gusta esa secta judía del siglo XVIII en la que se adherían al cristianismo por voluntad de decaer, y también me gusta aquel indio de Sudamérica que, habiéndose convertido también, se lamentaba de tener que ser la presa de los gusanos, en vez de ser devorado por sus hijos, honor que le hubiera sido rendido si no hubiese abjurado de las creencias de su tribu.

*

Es normal que el hombre ya no se interese por la religión sino por las religiones, pues sólo a través de ellas podrá comprender las versiones múltiples de su postración espiritual.

*

Al recapitular las etapas de nuestra carrera, es humillante comprobar que no tuvimos los reveses que merecíamos y que teníamos derecho a esperar.

*

La perspectiva de un fin más o menos próximo excita en algunos su energía, buena o mala, y les sumerge en una furia de actividad. Suficientemente cándidos como para querer perpetuarse por su empeño o su obra, se afanan por terminarla, por rematarla: no pierden ni un momento...

La misma perspectiva invita a otros a hundirse en el qué-más-da, es una clarividencia estancada, en las irrecusables verdades del marasmo.

*

«¡Maldito sea quien en las futuras reimpresiones de mis obras cambie a sabiendas cualquier cosa, ya sea una frase o una sola palabra, una sílaba, una letra, un signo de puntuación!».

¿Fue el filósofo, o fue el escritor quien hizo hablar así a Schopenhauer? Los dos al mismo tiempo, y esta conjunción (si se piensa en el pésimo estilo de cualquier obra filosófica) es muy rara. No es Hegel quien hubiera proferido semejante maldición. Ni ningún otro filósofo de primera magnitud, excepto Platón.

*

Nada más exasperante que la ironía sin falla, sin descanso, que no le deja a uno tiempo para respirar, y menos para reflexionar, la ironía que, en vez de pasar desapercibida, de ser ocasional, es masiva, es automática, y está en las antípodas de su naturaleza esencialmente delicada. Tal es, en todo caso, el uso que de ella hace el alemán, el ser que, por haber meditado tanto sobre ella, es el menos capaz de practicarla.

*

La ansiedad no es provocada por nada; busca darse una justificación, y, para conseguirlo, emplea cualquier cosa, los pretextos más miserables, a los que se aferra después de haberlos inventado. Realidad que precede a sus expresiones particulares, a sus variedades, la ansiedad se suscita, se engendra a sí misma, es «creación infinita», mucho más apta, como tal, para recordar las maniobras de la divinidad que las de la psique.

*

Tristeza automática: un robot elegiaco.

*

Ante una tumba se imponen las palabras juego, impostura, broma, sueño. Imposible pensar que la existencia sea un fenómeno serio. Certeza de un engaño desde el principio,

en la base. se debería escribir en el dintel de los cementerios: «Nada es trágico. Todo es irreal.»

*

No olvidaré fácilmente la expresión de horror sobre ese que fue su rostro, el rictus, el espanto, el extremo desconsuelo y la agresividad. No estaba contento no. Jamás he visto a alguien tan a disgusto en su ataúd.

*

No mires hacia atrás ni hacia adelante, mira en ti sin temor ni nostalgia. Nadie desciende en sí mismo mientras permanezca esclavo del pasado o del futuro.

*

Es poco elegante reprocharle a alguien su esterilidad cuando está postulada, cuando es su forma de realización, su sueño...

*

Las noches en que hemos dormido son como si no existieran. Sólo permanecen en nuestra memoria aquellas en que no hemos pegado un ojo: *noche* quiere decir noche en blanco.

*

Para no tener que resolverlas, he transformado todas las dificultades prácticas en dificultades teóricas. Frente a lo Insoluble, por fin respiro.

*

A un estudiante que quería saber qué pensaba del autor de Zaratustra, le dije que había dejado de leerlo desde hacía tiempo. ¿Por qué?, me preguntó. Porque lo encuentro demasiado *ingenuo*...

Le reprocho sus arrebatos y hasta sus fervores. Demolió ídolos para reemplazarlos por otros. Un falso iconoclasta con visos de adolescente, y no sé qué virginidad, qué inocencia inherentes a su carrera de solitario. Sólo observó a los hombres desde lejos. Si los hubiese visto de cerca, nunca hubiese podido concebir ni ponderar al superhombre, visión extravagante, si no grotesca, quimera o antojo que sólo podía surgir en la mente de quien no tuvo tiempo de envejecer, de conocer el desasimiento, el largo hastío sereno.

Mucho más cercano encuentro a un Marco Aurelio. No vacilo entre el lirismo del frenesí y la prosa de la aceptación: encuentro mucho más consuelo, e incluso más esperanza, en un emperador fatigado que en un profeta fulgurante.

VI

Me gusta esa idea hindú según la cual podemos confiar nuestra salvación a otra persona, a un «santo» preferiblemente, y permitirle rezar en lugar nuestro, hacer cualquier cosa por salvarnos. Es venderle el alma a Dios...

*

«¿Acaso tiene el talento necesidad de pasiones? Sí, de muchas pasiones reprimidas.» (Jaubert.)
No hay un sólo moralista francés al que no se pueda convertir en precursor de Freud.

*

Siempre sorprende ver que los grandes místicos hayan producido tanto, que hayan dejado un número tan importante de tratados. Sin duda pretendían celebrar a Dios y nada más. Esto, en parte, es verdad, pero sólo en parte.
No se crea una obra sin apegarse a ella, sin convertirse en su esclavo. Escribir es el acto menos ascético que existe.

*

Cuando velo hasta muy entrada la noche, me visita mi genio malo, igual que le ocurrió a Bruto antes de la batalla de Filipos.

*

«¿Acaso tengo el aspecto de alguien que tiene algo que hacer aquí abajo?» Eso es lo que quisiera responder a aquellos que me preguntan sobre mis actividades.

*

Se ha dicho que una metáfora «debe poder ser dibujada». Todo lo original y vivo que se ha hecho en literatura desde hace un siglo desmiente esta observación. Pues si algo ha persistido es la metáfora de contornos definidos, la metáfora «coherente». Y la poesía no ha dejado de rebelarse contra ella, hasta el punto de que una poesía muerta es una poesía *atacada* de coherencia.

*

Oyendo el boletín meteorológico, gran emoción a causa de las «lluvias *dispersas*». Lo cual demuestra que la poesía está en nosotros no en la expresión, por más que *disperso* sea un adjetivo capaz de suscitar cierta vibración.

*

En cuanto formulo una duda, o mejor, dicho: en cuanto siento la necesidad de formular una, experimento un bienestar curioso, inquietante. Me sería mucho más cómodo vivir sin el rastro de una creencia que sin el de la duda. ¡Duda devastadora, duda nutritiva!

*

No hay sensación falsa.

*

Volverse hacia uno mismo y descubrir un silencio tan antiguo como el ser, más antiguo inclusive.

*

Sólo se desea la muerte durante los malestares imprecisos: ante el menor malestar concreto, se huye de ella.

*

Si bien detesto al hombre, no puedo, en cambio, decir con la misma facilidad: detesto al *ser* humano, por la razón de que hay, a pesar de todo, en esa palabra *ser*, un algo pleno, enigmático, cautivante: cualidades ajenas a la idea de hombre.

*

En el *Dhammapada* se recomienda, para obtener la liberación, sacudir el doble yugo del Bien y del Mal. Pero estamos demasiado atrasados espiritualmente para admitir que el Bien sea un obstáculo. Así, no nos liberaremos.

*

Todo gira alrededor del dolor; lo demás es accesorio, inexistente, puesto que sólo recordamos lo que hace daño. Las sensaciones dolorosas son las únicas reales; es casi inútil experimentar otras.

*

Creo, como ese loco de Calvino, que estamos predestinados a la salvación o a la condenación desde el vientre materno. Ya hemos vivido nuestra vida antes de nacer.

*

Es libre aquel que ha discernido la inanidad de todos los puntos de vista, y liberado quien ha sacado las consecuencias.

*

No hay santidad sin una inclinación hacia el escándalo. Y esto no sólo es válido para los santos. Quien se manifieste, de cualquier forma, demuestra tener, más o menos desarrollado, el gusto por la provocación.

*

Siento que soy libre, pero sé que no lo soy.

*

Suprimía de mi vocabulario palabra tras palabra. Terminada la destrucción, una sola sobrevivía: *Soledad*.
Me desperté colmado.

*

Si hasta ahora he podido resistir es porque, a cada abatimiento que me parecía intolerable, seguía otro mas atroz, luego otro, y así sucesivamente. si estuviera en el infierno, desearía ver multiplicarse los círculos para poder esperar una nueva prueba, más rica que la anterior. Política saludable, al menos en materia de tormentos.

*

Es difícil saber qué fibra nuestra hiere la música; lo cierto es que toca una zona tan profunda que ni la misma locura sabría llegar a ella.

*

Deberíamos haber sido dispensados de arrastrar un cuerpo. Bastaba el peso del *yo*.

*

Para volver a tomar gusto a ciertas cosas, para rehacerme un «alma», me vendría muy bien un sueño de varios períodos cósmicos.

*

Nunca he podido comprender a ese amigo que, de regreso de Laponia, me hablaba de la opresión que se siente cuando, durante días y días, no se encuentra la menor huella de hombre.

*

Un desollado erigido en teórico del desasimiento, un convulsionario que juega al escéptico.

*

Entierro en un pueblo normando. Pido detalles a un campesino que miraba de lejos el cortejo. «Todavía era joven, apenas sesenta años. Lo encontraron muerto en el campo. ¿Qué se le va a hacer. Así es... Así es... Así es... ».

Ese estribillo, que de momento me pareció divertido, me obsesionó después. El buen hombre no sabía que estaba diciendo de la muerte todo lo que se puede decir y todo lo que se sabe de ella.

*

Me gusta leer como lee una portera: identificarme con el autor y con el libro. Cualquier otra actitud me hace pensar en un descuartizador de cadáveres.

*

En cuanto alguien se convierte a lo que sea, primero provoca envidia, después lástima, y, finalmente, desprecio.

*

No teníamos nada que decirnos, y, mientras yo profería palabras ociosas, sentía que la tierra se hundía en el espacio, y yo con ella, a una velocidad que me producía vértigo.

*

Años y años para despertar de ese sueño en el que se complacen los demás; y, después, años y años para huir de ese despertar...

*

Cuando tengo que llevar a cabo una tarea que he asumido por necesidad, o por gusto, acabo de empezarla y todo, salvo ella, me parece importante, todo me seduce menos ella.

*

Reflexionar sobre aquellos a quienes ya no les queda mucho tiempo, que saben que todo se les ha acabado, salvo el tiempo durante el cual se desarrolla el pensamiento de su fin. Dirigirse hacia ese tiempo. Escribir para gladiadores...

*

Nuestro ser corroído por los achaques: el vacío que resulta está colmado por la presencia de la conciencia ¿qué digo?, ese vacío es la conciencia misma.

*

La disgregación moral cuando se reside en un lugar demasiado bello. El yo se disuelve en contacto con el paraíso.
Sin duda el primer hombre, para evitar ese peligro, hizo la elección que ya conocemos.

*

A fin de cuentas han existido más afirmaciones que negaciones; por lo menos hasta ahora. Neguemos pues sin remordimiento. Las creencias pesarán siempre más en la balanza.

*

La sustancia de una obra, es lo imposible: lo que no hemos podido lograr, lo que no nos podía ser concedido; es la suma de todas las cosas que nos fueron negadas.

*

Cuando buscamos fuera lo que sólo puede existir en nosotros, a todos nos sucede lo que a Gógol, quien, con la esperanza de una «regeneración», se aburrió en Nazaret lo mismo que en «una estación en Rusia».

*

Suicidarse por ser lo que se es, pase; pero no porque la Humanidad entera pudiera escupirle a uno a la cara.

*

¿Por qué temer el vacío que nos espera si no difiere en nada del que nos precedió? Este argumento de los antiguos contra el miedo a la muerte no puede servir de consuelo. Antes, se tenía la suerte de no existir; ahora se existe, y es esa parcela de existencia, o sea de infortunio, la que teme desaparecer. Parcela no es la palabra, puesto que cada cual se prefiere, o, por lo menos, se iguala, al universo.

*

Cuando discernimos la irrealidad en todo, nosotros mismos nos tornamos irreales, comenzamos a sobrevivirnos, por muy fuerte que sea nuestra vitalidad o imperiosos nuestros instintos. Pero ya no son más que falsos instintos y falsa vitalidad.

*

Si estás condenado a atormentarte, nada podrá impedirlo: una tontería te empujará igual que un gran dolor. Resígnate a consumirte bajo cualquier pretexto: así lo quiere tu suerte.

*

Vivir es ir perdiendo terreno.

*

¡Y pensar que tantos han *logrado* morir!

*

Imposible no estar en contra de quienes nos escriben cartas inquietantes.

*

En una apartada provincia de la India se explicaba todo a través de los sueños, y, lo más importante, se inspiraban en ellos para curar las enfermedades. También a partir de ellos se arreglaban los asuntos cotidianos o capitales. Hasta que llegaron los ingleses. Desde que están aquí, dice un indígena, ya no soñamos.

Es indudable que en lo que se ha convenido en llamar «civilización» reside un principio diabólico, y que el hombre ha tomado conciencia de él demasiado tarde, cuando ya no era posible ponerle remedio.

*

La lucidez sin el correctivo de la ambición lleva al marasmo. Para que una obra, para qué una vida sea posible, una debe apoyarse en la otra, combatirla *sin vencerla*.

*

No podemos perdonar a quienes hemos alabado, estamos impacientes por romper con ellos, por partir la cadena más delicada que existe: la de la admiración... Y no por insolencia, sino por aspiración a ser libre, a ser de nuevo uno mismo. Esto sólo se consigue mediante un acto de injusticia.

*

El problema de la responsabilidad sólo tendría sentido si nos hubiesen consultado antes de nuestro nacimiento y hubiésemos aceptado ser precisamente ese que somos.

*

No deja de confundirme la energía y la virulencia de mi *taedium vitae*. ¡Tanto vigor en un mal tan desfalleciente! A esa paradoja debo la incapacidad para escoger por fin mi última hora.

*

Para nuestros actos, o simplemente para nuestra vitalidad, la pretensión a la lucidez es tan funesta como la lucidez misma.

*

Los hijos se vuelven, deben volverse contra sus padres, y los padres no pueden hacer nada pues están sometidos a una ley que rige las relaciones de los seres vivos en general, a saber: que cada cual engendra a su propio enemigo.

*

Se nos ha enseñado tanto a aferrarnos a las cosas, que cuando queremos liberarnos de ellas no sabemos cómo hacerlo. Y si la muerte no viniera a ayudarnos, nuestra terquedad por subsistir nos haría encontrar una fórmula de existencia más allá del desgaste, más allá de la misma senilidad.

*

Todo se explica a las mil maravillas si admitimos que el nacimiento es un acontecimiento nefasto, o el menos inoportuno; pero si se piensa de otra manera, debe uno resignarse a lo ininteligible, o bien, engañar como todo el mundo.

*

En un libro gnóstico del siglo segundo de nuestra era se dice: «La plegaria del hombre triste no tiene nunca fuerza para subir hasta Dios.»
...Como sólo se reza en momentos de abatimiento, se deduce que nunca ninguna plegaria ha llegado a su destino.

*

Estaba por encima de todos, y no tenía nada que ver con ello: simplemente se había olvidado de desear...

*

En la antigua China, las mujeres, cuando eran presa de la cólera o de la pena, subían en pequeños estrados levantados a propósito en las calles y daban libre curso a su furor o a sus lamentos. Ese género de confesión debería ser resucitado y adoptado en todas partes, aunque sólo fuera para reemplazar al de la Iglesia, anticuado, y al método inoperante de ciertas terapias.

*

Ese filósofo carece de compostura, o, para decirlo en la jerga filosófica, de «forma interior». Es demasiado elaborado para estar vivo o ser solamente «real». Es un muñeco siniestro. ¡Qué felicidad saber que nunca más volveré a abrir sus libros!

*

Nadie proclama que está sano y que es libre, y sin embargo es lo que deberían de hacer los que gozan de esa doble bendición. Nada nos acusa tanto coma nuestra incapacidad para gritar a voz en cuello nuestra fortuna.

*

¡Haber fracasado siempre en todo, por amor al descorazonamiento!

*

El único medio de salvaguardar la soledad es hiriendo a todo el mundo, empezando por aquellos a quienes amamos.

*

Un libro es un suicidio diferido.

*

De nada vale decir: la muerte es lo mejor que la Naturaleza encontró para contentar a todo el mundo. Con cada uno de nosotros todo se desvanece, todo cesa para siempre. ¡Qué ventaja, qué abuso! Sin el menor esfuerzo por nuestra parte disponemos del universo, lo arrastramos en nuestra desaparición. Decididamente morir es lo inmoral...

VII

Si en vez de expansionarnos y de provocarnos un estado de euforia enérgica, vuestros infortunios os deprimen y os amargan, sabed que no tenéis vocación espiritual.

*

Estamos tan habituados a vivir a la expectativa, a apostar por el futuro o por un simulacro de futuro, que sólo hemos concebido la idea de inmortalidad por necesidad de esperar *durante la eternidad*.

*

Toda amistad es un drama oculto, una serie de heridas sutiles.

*

Lutero muerto, cuadro de Lucas Fortnagel. Expresión aterradora, agresiva, plebeya, de una sublimidad porcina... Traduce bien los rasgos de aquel a quien no sabríamos alabar bastante por haber dicho: «Los sueños son engañosos; cagarse en la cama, eso es lo verdadero.»

*

Cuanto más vive, menos útil parece el haber vivido.

*

Esas noches de mis veinte años en que pasaba horas con la frente pegada a los cristales mirando la oscuridad...

*

Ningún autócrata ha dispuesto nunca de un poder comparable al que tiene un pobre diablo que piensa en matarse.

*

Aprender a no dejar huellas es una guerra de cada instante que libramos contra nosotros mismos con el único fin de demostrarnos que, si nos empeñásemos, podríamos llegar a sabios...

*

Existir es un estado tan inconcebible como su contrario, ¿qué digo?, más inconcebible aún.

*

En la Antigüedad, los «libros» eran tan costosos que no se podían acumular a menos de ser rey, tirano, o... Aristóteles, el primero en poseer una biblioteca digna de ese nombre.

Un cargo más en el expediente de ese filósofo tan funesto en todos sentidos.

*

Si me apegara a mis convicciones más íntimas, dejaría de manifestarme, de reaccionar de cualquier manera. Ahora bien, todavía soy capaz de *sensaciones*...

*

Por muy horrible que sea un monstruo, nos atrae secretamente, nos persigue, nos obsesiona. Representa, aumentadas, nuestra superioridad y nuestras miserias, *nos* proclama, es nuestro portaestandarte.

*

En el transcurso de los siglos, el hombre se ha esforzado en creer, ha pasado de dogma en dogma, de ilusión en ilusión, y ha consagrado muy poco tiempo a las dudas, breves intervalos entre sus períodos de ceguera. A decir verdad, no eran dudas, sino pausas, momentos de descanso consecutivos a las fatigas de la fe, de cualquier fe.

*

Es incomprensible que aquel que goza de la inocencia, estado perfecto, quizá el único perfecto, quiera salir de él. Sin embargo, la historia, desde sus inicios hasta nuestros días, no es más que eso.

*

Cierro las cortinas y espero. De hecho no espero nada, solamente me torno *ausente*. Limpio, aunque sólo sea por unos segundos, de las impurezas que opacan y obstruyen el espíritu, accedo a una conciencia vacía del yo, y me siento tan calmado como si reposara fuera del universo.

*

En un exorcismo de la Edad Media, se enumeran todas las partes del cuerpo, inclusive las mínimas, que el demonio debe abandonar: se diría un tratado de anatomía loco que seduce por el exceso de precisión, por la profusión de detalles y lo inesperado. Un encantamiento minucioso. ¡Sal de las uñas! Es insensato pero no exento de efecto poético. Pues la verdadera poesía no tiene nada en común con la «poesía».

*

En todos nuestros sueños sin excepción incluso si se remontan al Diluvio, está presente, aunque sólo sea durante una fracción de segundo, algún incidente mínimo que hemos presenciado la víspera. Esta regularidad que no he dejado de comprobar durante años, es la única constante, la única ley o apariencia de ley que me ha sido lado comprobar durante el increíble embrollo nocturno.

*

La fuerza disolvente de la conversación. Se comprende por qué tanto la meditación como la acción precisan del silencio.

*

La certeza de no ser más que un accidente me ha acompañado en todas las circunstancias, propicias o contrarias, y aunque me ha preservado de la tentación de creerme necesario, no me ha curado, sin embargo, de un cierto engreimiento inherente a la pérdida de las ilusiones.

*

Es raro encontrar un espíritu libre y, cuando se encuentra, se percibe que lo mejor de él mismo no se revela en sus obras (cuando se escribe se llevan misteriosamente cadenas), sino en sus confidencias donde, liberado de sus convicciones o de sus posturas, así como de cualquier preocupación por el rigor o la honorabilidad, muestra sus debilidades. Y donde hace el papel de hereje frente a sí mismo.

*

Si el forastero no es creador en materia de lenguaje, es porque quiere hacerlo *tan bien* como los autóctonos: lo logre o no, esa ambición es su pérdida.

*

Empiezo y vuelvo a empezar una carta, no avanzo, me atasco ¿qué decir y cómo? Ni siquiera sé ya a quien estaba dirigida. Sólo la pasión o el interés encuentran de inmediato el tono necesario. Por desgracia, el desapego es indiferencia para el lenguaje, insensibilidad frente a las palabras. Ahora bien, al perder el contacto con las palabras, se pierde el contacto con los seres.

*

En un momento dado, todos hemos tenido una experiencia extraordinaria que será, a causa de su recuerdo, el obstáculo capital para la metamorfosis interior.

*

Sólo conozco la paz cuando mis ambiciones se adormecen. En cuanto se despiertan, la inquietud regresa. La vida es un estado de ambición. El topo que horada sus túneles es ambicioso. En efecto, la ambición se encuentra en todo, se ven incluso sus huellas en los rostros de los muertos.

*

Ir a la India en busca del Vedanta o del budismo, es tanto como ir a Francia en pos del jansenismo. Y todavía éste es más reciente, puesto que apenas hace tres siglos que desapareció.

*

No hay pizca de realidad en ninguna parte, salvo en mis sensaciones de no-realidad.

*

Existir sería una empresa absolutamente impracticable si dejáramos de darle importancia a lo que no la tiene.

*

¿Por qué el *Bahavagad Gîtâ* sitúa tan alto «la renuncia al fruto de los actos»? Porque esa renuncia es rara, irrealizable, contraria a nuestra naturaleza, y porque alcanzarla es destruir al hombre que se ha sido y que se es, matar en uno mismo todo el pasado, la labor de milenios, liberarse, en una palabra, de la Especie, de esa odiosa e inmemorial chusma.

*

Habría que haberse conservado en estado de larva, eximirse de evolucionar, permanecer inacabado, complacerse en la siesta de los elementos y consumirse tranquilamente en un éxtasis embrionario.

*

La verdad reside en el drama individual. Si realmente sufro, sufro más que un individuo, sobrepaso la esfera de mi yo y me acerco a la esencia de los otros. La única manera de encaminarnos hacia lo universal es ocuparnos únicamente de lo que nos atañe.

*

Cuando uno está *firme* en la duda, se experimenta más voluptuosidad haciendo consideraciones sobre ella que poniéndola en práctica.

*

Si se quiere conocer un país, deben leerse sus escritores de segunda fila, pues son los únicos que reflejan su verdadera naturaleza. Los otros denuncian o transfiguran la nulidad de sus compatriotas: no quieren ni pueden situarse al mismo nivel que ellos. Son testigos sospechosos.

*

En mi juventud me ocurría no cerrar los ojos durante semanas. Vivía en lo nunca vivido, tenía el sentimiento de que el tiempo de siempre, con el conjunto de sus instantes, se había recogido y concentrado en mi, donde culminaba y triunfaba. Claro que lo hacía avanzar, yo era su promotor y mandadero, la causa y la sustancia, y participaba en sus apoteosis como agente y como cómplice. En cuanto el sueño se va, lo increíble se torna cotidiano, fácil: entramos en él sin preparativos, nos instalamos, nos revolcamos en él.

*

El número prodigioso de horas que he gastado preguntándome sobre el «sentido» de todo lo que es, de todo lo que sucede... Pero los espíritus serios saben que ese todo no tiene ningún sentido. Así que utilizan su tiempo y su energia en tareas más útiles.

*

Mis afinidades con el byronismo ruso, de Pechorin a Stavroguin, mi hastío y mi pasión por el hastío.

*

Fulano, a quien no estimo especialmente, estaba relatándome una historia tan estúpida que me desperté sobresaltado. Aquellos a quienes amamos difícilmente brillan en nuestros sueños.

*

Faltos de ocupación, los viejos parecen querer resolver algo muy complicado y dedicar a ello todas las facultades de que aún disponen. esa es quizá la razón por la cual no se suicidan en mas como deberían hacerlo si estuviesen un poquitín menos absortos.

*

El amor más apasionado no acerca tanto a dos seres como la calumnia. Inseparables, el calumniador y el calumniado constituyen una unidad «trascendente», están soldados para siempre el uno al otro. Nada podrá separarlos. Uno hace el mal, el otro lo recibe, pero si lo recibe es porque se ha acostumbrado a él, porque no puede prescindir de él, e inclusive lo desea. Sabe que sus deseos se verán satisfechos, que no será olvidado nunca, que estará, pase lo que pase, eternamente presente en el espíritu de su infatigable benefactor.

*

El monje errante es lo mejor que ha habido hasta ahora. Llegar a no tener *a qué* renunciar. Ese debería ser el sueño de todo espíritu desengañado.

*

La negación sollozante: única forma tolerable de negación.

*

¡Feliz Job que no estaba obligado a comentar sus lamentos!

*

Altas horas de la noche. Me gustaría desencadenarme y fulminar, emprender una acción sin precedente para relajarme, pero no veo ni contra quién ni contra qué...

*

Madame d'Heudicourt, dice Saint-Simon, nunca había hablado bien de nadie sino era con «algunos *peros* abrumadores».
Maravillosa definición, no de la maledicencia, sino de la conversación en general.

*

Todo lo que está vivo hace *ruido*. ¡Qué alegato para el mineral!

*

Bach era pendenciero, marrullero, cicatero ávido de títulos, de honores, etc. Y eso ¿qué importa? Un musicólogo, enumerando las cantatas que tienen por tema la muerte, ha comentado que nunca hubo mortal que sintiera por ella tal nostalgia. Sólo eso importa. Lo demás depende de la biografía.

*

La desgracia de ser incapaz de alcanzar estados neutros no siendo mediante la reflexión y un gran esfuerzo. Lo que un idiota alcanza de entrada, a uno le cuesta luchar día y noche para conseguirlo, y aun así, por pasos contados.

*

Siempre he vivido con la visión de una inmensidad de instantes marchando contra mí. El tiempo ha sido bosque de Dunsinane.

*

Las preguntas penosas o lacerantes que nos hacen los malcriados nos irritan, nos turban y pueden tener sobre nosotros el mismo efecto que algunos procedimientos utilizados por cierta técnica oriental. Una estupidez espesa, agresiva, ¿por qué no habría de producir la iluminación? Tiene el mismo valor que un bastonazo en la cabeza.

*

El conocimiento no es posible, y, si a pesar de todo lo fuera, no resolvería nada. Esa es la posición del que duda. ¿Qué quiere pues, qué busca? Ni él ni nadie lo sabrán jamás.
El escepticismo es la embriaguez del atolladero.

*

Asediado por los demás, intento desprenderme de ellos, sin mucho éxito, debo reconocerlo. No obstante, cada día logro encontrar algunos segundos para conversar con *aquel que hubiera querido ser.*

*

Llegados a cierta edad, se debería cambiar de nombre y refugiarse en un rincón perdido donde nadie conociera a nadie, donde no recibiera uno a amigos ni a enemigos, donde fuera posible llevar la vida de un malhechor exhausto.

*

No se puede reflexionar y ser modesto. En cuanto el espíritu se pone en movimiento, ocupa el lugar de Dios o de cualquier otra cosa. Se transforma en indiscreción, en usurpación, en profanación. No «trabaja», disloca. Las tensiones que su actividad trasluce, revelan su carácter brutal, implacable. Sin una buena dosis de ferocidad no se podría llevar un pensamiento hasta el fin.

*

La mayor parte de los alborotadores, de los visionarios y de los salvadores han sido epilépticos o dispépticos. Sobre las virtudes de la epilepsia, hay unanimidad; a los trastornos gástricos se les reconoce menos mérito. No obstante, nada incita mejor a trastornarlo todo que una mala digestión.

*

Mi misión es sufrir por todos aquellos que sufren sin saberlo. Tengo que pagar por ellos, expiar su inconsciencia, la suerte de ignorar hasta qué punto son desgraciados.

*

Cada vez que el Tiempo me martiriza, me digo que uno de los dos va a estallar, que no es posible continuar indefinidamente en ese cruel enfrentamiento...

*

Cuando estamos en los límites del tedio, todo lo que viene a alimentarlo, a ofrecerle una sobredosis de materia, lo eleva a un nivel tan desmesurado que ya no podemos seguirlo, ¿porqué extrañarse entonces que dejemos de considerarlo propio?

*

Una desgracia predicha, cuando por fin ocurre, es diez, cien veces más difícil de soportar que una desgracia que no esperábamos. A lo largo de nuestros recelos, la habíamos vivido por adelantado, y, cuando surge, los tormentos pasados se agregan a los presentes para formar, juntos, una masa de peso intolerable.

*

Es obvio que Dios era una solución y que nunca se encontrará otra igualmente satisfactoria.

*

El hombre del Rubicón había perdonado a demasiada gente, después de Farsalia. Una magnanimidad tal pareció ofensiva a aquellos de sus amigos que lo habían traicionado y a los que había humillado tratándolos sin rencor. Se sentían disminuidos, burlados, y lo castigaron por su clemencia y por su desprecio: ¡Así que se negaba a rebajarse al resentimiento! Lo hubiesen perdonado si se hubiera comportado como un tirano. Pero le reprochaban el que no se hubiese dignado inspirarles suficiente miedo.

*

Todo lo que *es* engendra, tarde o temprano, la pesadilla. Intentemos, pues, inventar algo mejor que el ser.

*

La filosofía, que se había impuesto como tarea minar las creencias, en cuanto vio que el cristianismo se extendía y que estaba a punto de triunfar, hizo causa común con el paganismo cuyas supersticiones le parecieron preferibles a las necedades triunfantes. Atacando y demoliendo a los dioses creyó liberar los espíritus: en realidad los entregaba a una nueva esclavitud, peor que la antigua, pues el dios que iba a sustituir a los dioses no tenía ninguna inclinación especial por la tolerancia ni por la ironía.

Se objetará que la filosofía no es responsable del advenimiento de ese dios y que no era él lo que recomendaba. Sin duda, pero debió de haber sospechado que no se derriba impunemente a los dioses, que otros vendrían a ocupar su lugar y que nada iba a ganar ella con el cambio.

*

El fanatismo es la muerte de la conversación. No se charla con un candidato al martirio. ¿Qué decirle a alguien que se niega a entender vuestras razones y que, desde el momento en que uno no acepta las suyas, prefiere morir a ceder? Al menos los diletantes y los sofistas aceptan todas las razones...

*

Decirle a alguien lo que uno piensa de él y de lo que hace es investirle de una superioridad equivocada. La franqueza no es compatible con un sentimiento delicado, ni siquiera con una exigencia ética.

*

Son nuestros allegados los que con mayor gusto ponen nuestros méritos en duda. La regla es universal: ni Buda se salvó. Fue uno de sus primos el que más se encarnizó contra él, y sólo después, Mara, el diablo.

*

Para el ansioso no hay diferencia entre éxito y fracaso. Su reacción frente a ambos es la misma. Los dos le molestan igualmente.

*

Cuando me preocupa un poco más de la cuenta el no poder trabajar, me digo que bien podría estar muerto y que entonces trabajaría aún menos...

*

Antes en una alcantarilla que en un pedestal.

*

Las ventajas de un estado de eterna virtualidad me parecen tan considerables que, cuando las enumero, no deja de asombrarme el que el ser haya podido surgir alguna vez.

*

Existencia igual a Tormento. La ecuación me parece evidente. No lo es para uno de mis amigos. ¿Cómo convencerle? No puedo *prestarle* mis emociones; ahora bien, sólo ellas tendrían el poder de persuadirle, de aportarle ese suplemento de mal-estar que reclama con insistencia desde hace tanto tiempo.

*

Si se ven negras las cosas es porque uno las sopesa en la oscuridad, porque en general los pensamientos son fruto de vigilias, es decir, de oscuridad. No pueden adaptarse a la vida porque no han sido pensadas *con miras* a la vida. La idea de las consecuencias que podrían tener ni siquiera roza la mente. Estamos fuera de cualquier cálculo humano, de cualquier idea de salvación o de condenación, de ser o de no-ser, en un silencio aparte, modalidad superior de vacío.

*

No haber digerido todavía la afrenta de nacer.

*

Prodigarse en conversaciones como un epiléptico en sus crisis.

*

Para vencer la perturbación o una inquietud tenaz, no hay nada como imaginar el propio entierro. Método eficaz y al alcance de todos. Para no tener que recurrir muy a menudo él durante el día, lo mejor es probar sus beneficios desde el despertar. O no utilizarlo más que en momentos excepcionales, como el Papa Inocencio IX quien, habiendo encargado

un cuadro en el que se representaba en su lecho de muerte, lo miraba cada vez que tenía que tomar una decisión importante.

*

No hay negador que no esté sediento de algún catastrófico *sí*.

*

Se puede asegurar que el hombre nunca alcanzará profundidades comparables a las que conoció durante siglos de diálogo egoísta con su Dios.

*

¡No hay un solo instante en que no sea exterior al universo!...
...Me acababa de compadecer de mí mismo, de mi condición de desgraciado, cuando me di cuenta que los términos con que calificaba mi desgracia eran los mismos que definen la primera particularidad del «ser supremo».

*

Aristóteles, Tomas de Aquino, Hegel: tres avasalladores del espíritu. La peor forma de despotismo es el *sistema*, en filosofía y en todo.

*

Dios es lo que sobrevive a la evidencia de que nada merece ser pensado.

*

De joven, mi placer era crearme enemigos. Hoy, en cuanto tengo uno, mi primer impulso es el de reconciliarme con él para no tener que preocuparme más. Tener enemigos es una responsabilidad. Mi carga me basta, ya no puedo llevar la de los demás.

*

La alegría es una luz que devora a sí misma, inagotable; es el sol de *sus principios*.

*

Unos días antes de su muerte, Claudel observaba que no se debería llamar a Dios infinito sino inagotable. ¡Como si no fuera lo mismo, o casi! No quita que esta preocupación por la exactitud, ese escrúpulo verbal en el momento en que percibía que su «contrato» estaba a punto de expirar, sea más exaltante que una palabra o un gesto «sublime».

*

Lo insólito no constituye un criterio. Paganini es más sorprendente y más imprevisible que Bach.

*

Habría que repetirse cada día: soy uno de esos que, por millones, se arrastran sobre la superficie de la tierra. Uno más solamente. Esa banalidad justifica cualquier conclusión, cualquier conducta o acto: libertinaje, castidad, suicidio, trabajo, crimen, pereza o rebeldía.
...De lo que se concluye que cada cual tiene razón en hacer lo que hace.

*

Tzimtsum. Esta palabra ridícula designa uno de los conceptos mayores de la Cábala. Para que el mundo existiera, Dios, que era todo y estaba en todas partes, consintió en encogerse, en dejar un espacio vacío, que no estuviera habitado por él: fue en ese «agujero» donde se creó el mundo.
Así que ocupamos ese terreno baldío que nos concedió por misericordia o por capricho. Para que nosotros estuviéramos se contrajo, limitó su soberanía. Somos el producto de su disminución voluntaria, de su desaparición, de su ausencia parcial. En su locura se amputó por nosotros. ¡Cómo no tuvo el sentido común y el buen gusto de permanecer *entero*!

*

En el «Evangelio según los egipcios», Jesús proclama: «Los hombres serán víctimas de la muerte mientras sean engendrados por mujeres.» Y precisa: «He venido a destruir las obras de la mujer.»
Conociendo las verdades extremas de los gnósticos, uno quisiera ir más lejos aún, decir algo nunca dicho que petrifique o pulverice a la historia, algo que haga pensar en un neronismo cósmico, en una demencia a escala de la materia.

*

Traducir una obsesión es proyectarla fuera de uno, es expulsarla, exorcizarla. Las obsesiones son los demonios de un mundo sin fe.

*

El hombre acepta la muerte pero no la hora de su muerte. Morir cuando sea, salvo cuando haya que morir.

*

En cuanto entramos en un cementerio, un sentimiento completamente irrisorio barre cualquier preocupación metafísica. Aquellos que buscan «misterio» por todas partes, de hecho no van al fondo de las cosas. Muy a menudo el «misterio«, como el «absoluto», sólo corresponde a un tic del espíritu. Es una palabra que sólo debería utilizarse cuando no queda otro remedio, en casos verdaderamente desesperados.

*

Si reviso aquellas de mis proyectos que han quedado en eso y los que se han realizado, no puedo menos de lamentar el que estos últimos no hayan sentido la suerte de los primeros.

*

«Aquel que tiene inclinaciones hacia la lujuria es compasivo y misericordioso; los que tienen inclinación hacia la pureza no lo son.» (San Juan Clímaco.)
Para denunciar con tal claridad y vigor, no las mentiras, sino la esencia misma de la moral cristiana, y de cualquier moral, era menester un santo, ni más ni menos.

*

Aceptamos sin temor la idea de un sueño ininterrumpido; en cambio un despertar *eterno* (la inmortalidad, si fuera concebible, sería eso), nos une en el terror.
La inconsciencia es una patria; la conciencia, un exilio.

*

Cualquier impresión profunda es voluptuosa o fúnebre, o ambos o a la vez.

*

Nadie como yo ha estado persuadido de la futilidad de todo, nadie tampoco ha tomado tan a lo trágico tal cantidad de cosas fútiles.

*

Ishi, indio americano, el último de su clan, después de permanecer escondido durante años por temor a los blancos, acosado al extremo, se entregó un día voluntariamente a los exterminadores de los suyos. Creyó que le reservarían la misma suerte. Se le festejó. No tenía posteridad, era en verdad el último.
Una vez destruida la humanidad, o simplemente extinguida, es posible imaginar un sobreviviente, el único, errando por la tierra sin siquiera tener *a quién* entregarse...

*

En lo más íntimo de sí mismo el hombre aspira a alcanzar la condición que tenía *antes* de la conciencia. La historia es sólo el rodeo que da para conseguirlo.

*

Una sola cosa importa: aprender a ser perdedor.

*

Todo fenómeno es una versión degradada de otro fenómeno más vasto: el tiempo, una tara de la eternidad; la historia, una tara del tiempo; la vida, tara de la materia.
¿Qué sería entonces lo normal, lo sano? ¿Acaso la eternidad? Ella misma no es más que una tara de Dios.

VIII

Sin la idea de un universo fracasado, el espectáculo de la injusticia bajo todos lo regímenes llevaría, incluso a un abúlico, a la camisa de fuerza.

*

Aniquilar da un sentimiento de poder y halaga algo oscuro, *original*, en nosotros. No es construyendo sino pulverizando como podemos adivinar las satisfacciones secretas de un dios. De ahí el atractivo por la destrucción y las ilusiones que suscita en los frenéticos de cualquier edad.

*

Cada generación vive en el absoluto: se comporta como si hubiese llegado a la cima, o al fin, de la historia.

*

Cualquier pueblo, en determinado momento de su carrera, se cree *elegido*. Entonces es cuando da lo mejor y lo peor de sí mismo.

*

No es fruto del azar que la Trapa haya nacido en Francia, y no en Italia o en España. Los españoles y los italianos hablan sin parar, ya se sabe, pero no se *escuchan* hablar, mientras que el francés saborea su elocuencia, nunca olvida de que está hablando, siempre está consciente de ello. Sólo él podía considerar el silencio como una prueba y una ascesis.

*

Lo que me disgusta de la Revolución Francesa es que todo ocurre sobre un escenario: sus promotores son actores natos, la guillotina no es más que un decorado. En su conjunto, la historia de Francia parece una historia por encargo, una historia *escenificada*: todo en ella es perfecto desde el punto de vista teatral. Es una representación, un conjunto de gestos, de acontecimientos que, más que experimentarse, se miran: un espectáculo de diez siglos. De ahí la impresión de frivolidad que, visto de lejos, da también el período del Terror.

*

Las sociedades prósperas son mucho más frágiles que las otras ya que no les queda sino esperar su propia ruina, pues el bienestar no es un ideal cuando se le posee, y mucho menos cuando está ahí desde generaciones atrás. Sin olvidar que la Naturaleza no lo ha incluido en sus cálculos, y que no podría hacerlo sin perecer.

*

Si las naciones se tornaran apáticas al mismo tiempo, no habría más conflictos, más guerras, más imperios. Pero la desgracia quiere que haya pueblos jóvenes, y gente joven, obstáculo mayor a los sueños de los filántropos que con hacer de modo que todos los hombres alcancen el mismo grado de lasitud y de aborregamiento...

*

Uno debe ponerse del lado de los oprimidos en cualquier circunstancia, incluso cuando están equivocados, sin perder de vista, no obstante, que están hechos del mismo barro que sus opresores.

*

Lo propio de los regímenes en agonía es permitir una mezcla confusa de creencias y de doctrinas, y crear, al mismo tiempo, la ilusión de que se podrá retrasar indefinidamente la hora de la elección...
De ahí, y únicamente de ahí, deriva el encanto de los períodos prerrevolucionarios.

*

Sólo los falsos valores están en curso, pues todo el mundo puede asimilarlos, deformarlos (lo falso en segundo grado). Una idea que tiene éxito es necesariamente una pseudoidea.

*

Las revoluciones son *lo sublime* de la mala literatura.

*

Lo molesto en las desgracias públicas, es que cualquiera se estima competente para hablar de ellas.

*

El derecho de suprimir a todos los que nos fastidian debería figurar en primer término de la Constitución de la Ciudad Ideal.

*

Lo único que debería enseñársele a los jóvenes es que no hay nada; o casi nada, que esperar de la vida. Pienso en un *Cuadro de Desengaños* colocado en las escuelas y en el que estarían representadas todas las decepciones reservadas a cada cual.

*

Según la princesa palatina, Mme. de Maintenon tenía costumbre de repetir durante los años en que, muerto el rey, ya no tenía ningún papel: «Desde hace tiempo reina un espíritu de vértigo que se extiende por todas partes».
Ese «espíritu de vértigo» es lo que siempre han sentido los perdedores, con justeza por otra parte, y se podría reconsiderar toda la historia a partir de esta fórmula.

*

El progreso es la injusticia que cada generación comete con respecto a la que le precede.

*

Los hartos se odian a sí mismos, y no secretamente sino en público, y desean ser barridos de una u otra forma. En todo caso, prefieren que sea con su propia ayuda. Ese es el aspecto más curioso, más original de una situación revolucionaria.

*

Un pueblo sólo hace una revolución. Los alemanes nunca han reeditado la hazaña de la Reforma, o, mejor dicho, la han reeditado sin igualarla. Francia ha permanecido siempre tributaria del año 1789. Esto es cierto también para Rusia y para todos los países. Esa tendencia a plagiarse a sí mismos en materia de revoluciones es a la vez reconfortante y abrumadora.

*

Los romanos de la decadencia sólo apreciaban lo que más habían despreciado en tiempos de su vigor: el ocio griego (*otium graecum*).
La analogía con las naciones civilizadas de hoy es tan flagrante que sería indecente insistir.

*

Alarico decía que un «demonio» lo empujaba contra Roma.
Toda civilización extenuada espera a su bárbaro, y todo bárbaro espera a su demonio.

*

El Occidente: una podredumbre que huele bien, un cadáver perfumado.

*

Todos esos pueblos eran grandes porque tenían grandes prejuicios. Ya no los tienen. ¿Son todavía naciones? Todo lo más, multitudes disgregadas.

*

Los blancos merecen cada vez más el nombre de *pálidos* que les daban los indios en América.

*

En Europa la felicidad termina en Viena. Más allá, desde siempre, maldición tras maldición.

*

Los romanos, los turcos, los ingleses pudieron formar imperios duraderos porque, reacios a cualquier doctrina, no les impusieron ninguna a las naciones sojuzgadas. Nunca hubiesen logrado ejercer una hegemonía tan larga si hubiesen estado afectados por algún vicio mesiánico. Opresores inesperados, administradores y parásitos, señores sin convicciones, tenían el arte de combinar autoridad e indiferencia, rigor y descuido. Ese arte, secreto del verdadero señor, es el que les faltó a los españoles de antaño, tal es como les falta a los conquistadores de nuestro tiempo.

*

Mientras una nación conserva la conciencia de su superioridad, es feroz y respetada; en cuanto la pierde, se humaniza, y deja de ser tomada en cuenta.

*

Cuando echo pestes contra nuestra época, me basta, para volverme a serenar, pensar en lo que ocurrirá, en la envidia retrospectiva de los que nos sigan. Por un lado pertenecemos a la vieja Humanidad, la que aún podría añorar el paraíso. Pero los que vengan después de nosotros ni siquiera tendrán el recurso de esta añoranza, pues ignorarán el concepto de paraíso, inclusive la palabra misma.

*

Mi visión del futuro es tan precisa que, si tuviera hijos, los estrangularía en el acto.

*

Cuando uno piensa en los salones berlineses de la época romántica, en el papel que tuvieron una Henriette Hertz o una Raquel Levin, en la amistad que unía a esta última con el príncipe heredero Luis-Fernando, y se dice uno que, de haber vivido en este siglo, habrían perecido en alguna cámara de gas, no es posible dejar de considerar la creencia en el progreso como la más falsa y la más tonta de las supersticiones.

*

Hesiodo fue el primero en elaborar una filosofía de la historia. También él lanzó la idea de decadencia. ¡Qué luz hizo sobre el devenir histórico! Si, en el corazón de los orígenes, en pleno mundo poshomérico, estimaba que la Humanidad estaba en la Edad de Hierro, ¿qué hubiera dicho algunos siglos más tarde?, ¿qué diría hoy? Salvo en las épocas obnubiladas por la frivolidad o la utopía, el hombre siempre ha pensado que se encontraba en el umbral de lo peor. Sabiendo lo que sabía, ¿por qué milagro ha podida variar continuamente sus deseos y sus terrenos?

*

Cuando se introdujo la electricidad en mi pueblo natal, después de la guerra del catorce, primero se produjo un murmullo general, y después una desolación muda. Pero cuando la instalaron en las iglesias (había tres) todos se persuadieron de la llegada del Anticristo y del fin de los tiempos.
Esos campesinos de los Cárpatos habían visto claramente, habían visto lejos. Ellos, que salían de la Prehistoria, sabían ya entonces lo que los civilizados empiezan a saber hoy.

*

A causa de mi prejuicio en contra de todo lo que termina bien, me vino el gusto por las lecturas históricas.

*

Las ideas no saben agonizar; mueren, claro está, pero sin saber morir, en tanto que un acontecimiento sólo existe en relación a su fin. razón suficiente para preferir la compañía de historiadores a la de filósofos.

*

Durante su célebre embajada en Roma, en el segundo siglo antes de nuestra era, Carnéades aprovechó para hablar el primer día a favor de la idea de justicia, y, el

segundo, contra ella. A partir de ese momento la filosofía, hasta entonces inexistente en este país de sanas costumbres, empezó a hacer sus estragos. ¿Qué es, pues, la filosofía? *El gusano en el fruto*...

Catón el Censor, que había asistido a las hazañas dialécticas del griego, se asustó y pidió al Senado que se diera satisfacción a los delegados de Atenas lo antes posible, tan peligrosa y dañina consideraba su presencia. La juventud romana no debía frecuentar espíritus tan disolventes.

En el plano moral, Carnéades y sus compañeros eran tan temibles como los cartagineses en el militar. Las naciones en ascenso temen, sobre todo, la ausencia de prejuicios y de prohibiciones, el mismo impudor intelectual que constituye el atractivo de las civilizaciones agonizantes.

*

Por haber salido victorioso en todas sus empresas, Hércules fue castigada. También Troya, demasiado feliz, hubo de perecer.

Pensando en esta visión común a los trágicos, uno termina por considerar, aunque no quiera, que el mundo libre, colmado con todas las bendiciones, conocerá inevitablemente el destino de Ilión, pues la envidia de los dioses sobrevive a su desaparición.

*

«Los franceses no quieren trabajar, todos quieren escribir», me decía mi portera sin saber que estaba haciendo el proceso a las viejas civilizaciones.

*

Una sociedad está condenada cuando ya no tiene ferzas para ser obtusa. Con un espíritu abierto, demasiado abierto, ¿cómo podría protegerse de los excesos, de los riesgos mortales de la libertad?

*

Las disputas ideológicas alcanzan su paroxismo en los países donde se han provocado desafíos a causa de las palabras, donde se muere por ellas... en los países, en suma, donde se han conocido guerras de religión.

*

El pueblo que ha agotado su misión, es como un autor que se repite, o mejor, que ya no tiene nada que decir. Pues repetirse es demostrar que uno cree aún en sí mismo, en lo que ha sostenido. Pero una nación acabada ni siquiera tiene ya la fuerza de remachar sus lemas de antaño, los mismos que afirmaron su preeminencia y su esplendor.

*

El francés se ha convertido en una lengua provinciana. Los autóctonos se adaptan a ello. Sólo el advenedizo se encuentra inconsolable. Sólo él viste luto por el Matiz...

*

Al intérprete de los embajadores enviados por Jerjes para pedir a los atenienses la tierra y el agua, Temístocles le hizo condenar a muerte mediante un decreto aprobado por

todos «por haber osado emplear la lengua griega para expresar las órdenes de un bárbaro».

Sólo en la cima de su carrera puede un pueblo cometer una acción semejante. En cuanto deja de creer en su idioma y deja de pensar que es la forma suprema de expresión, la lengua por excelencia, ese pueblo decae, se encuentra fuera de circulación.

*

Un filósofo del siglo pasado sostuvo, en su candor, que La Rochefoucauld tenía razón en cuanto al pasado, pero que sería invalidado por el futuro. La idea de progreso deshonra al intelecto.

*

Mientras más avanza el hombre, menos capacidad tiene para resolver problemas, y, cuando, en el colmo de la ceguera, este persuadido de que se encuentra a punto de lograrlo, sobrevendrá lo inimaginable.

*

En última instancia, me tomaría una molestia por el Apocalipsis, pero no por una revolución... Colaborar con un final o con una génesis, con una calamidad última o inicial, sí; pero no con un cambio hacia un algo mejor o peor.

*

Sólo tiene convicciones quien no ha profundizado en nada.

A la larga, la tolerancia engendra más males que la intolerancia. Si este hecho es exacto, constituye la acusación más grave que se le pueda hacer al hombre.

*

En cuanto los animales dejan de sentir mutuo temor, caen en la estupidez y adquieren ese aspecto agobiado que presentan en los parques zoológicos. Los individuos y los pueblos ofrecerían el mismo espectáculo si un día llegaran a vivir en armonía, a no temblar más, ni abiertamente ni a escondidas.

*

Con el tiempo, nada es ya bueno ni malo. El historiador que se pone a juzgar el pasado, hace periodismo en otro siglo.

*

De aquí a doscientos años (ya que se trata de ser precisos) los sobrevivientes de los pueblos demasiado afortunados estarán dentro de reservas, y serán vistos, contemplados, con asco, conmiseración o estupor, y también con una maligna admiración.

*

Según parece los monos que viven en grupo rechazan a aquellos que han tenido de alguna manera contacto con los humanos. Lástima que Swift no haya conocido un detalle semejante.

*

¿Hay que abominar del siglo presente o de todos?
¿Se puede imaginar a Buda abandonando el mundo *a causa de sus contemporáneos*?

*

Si la Humanidad gusta tanto de esos salvadores arrebatados que creen desvergonzadamente en sí mismos, es porque piensa que es en ella en quien creen.

*

La fuerza de ese jefe de Estado es la de ser quimérico y cínico. Un soñador *sin escrúpulos*.

*

Los peores delitos se cometen por entusiasmo, estado mórbido responsable de casi todas las desgracias públicas y privadas.

*

¿El futuro? Para vosotros si os gusta. Prefiero atenerme al increíble presente y al increíble pasado. Os dejo a vosotros la tarea de afrontar lo increíble en sí.

*

-Usted está contra todo lo que se ha hecho desde la última guerra, me decía aquella señora muy al día.
-Se equivoca usted de fecha. Estoy contra todo lo que se ha hecho desde Adán.

*

Hitler es, sin duda alguna, el personaje más siniestro de la Historia. Y el más patético. Consiguió hacer exactamente lo contrario de lo que quería, destruyó punto por punto su ideal. Por eso se trata de un monstruo aparte, es decir, dos veces monstruo, pues incluso su parte patética es monstruosa.

*

Todos los grandes acontecimientos fueron desencadenados por locos, por locos... mediocres. lo mismo ocurrirá, podemos asegurarlo con el «fin del mundo».

*

El *Zohar* enseña que todos aquellos que hacen el mal en la tierra no eran diferentes en el cielo, que estaban impacientes por irse y que, al precipitarse a la entrada del abismo, ase adelantaron al tiempo en que deberían bajar al mundo».

Se discierne con facilidad la profundidad de esta visión de la preexistencia de las almas, y cuál es su utilidad cuando se trata de explicar la seguridad y el triunfo de los «malos», su solidez y competencia. Habiéndose preparado con anterioridad, no es sorprendente que se repartan la tierra: la conquistaron antes de encontrarse en ella... de hecho, desde la eternidad.

*

Lo que distingue al verdadero profeta de los otros es que se encuentra en el origen de movimientos y de doctrinas que se excluyen y se combaten.

*

En una metrópoli, como en un poblado, lo que más gusta es asistir a la caída de un semejante.

*

El apetito de destrucción está tan arraigado en nosotros que nadie logra extirparlo. Forma parte de la constitución de cada ser, siendo su fondo seguramente demoníaco.

El sabio es un destructor apaciguado, retirado. Los otros son destructores en *ejercicio.*

*

La desdicha es un estado pasivo, padecido, mientras que la maldición supone una elección en sentido contrario, es decir, una idea de misión, de fuerza interior que no va implícita en la desdicha. Un individuo -o un pueblo- maldito tiene necesariamente una categoría diferente a la de un individuo -o un pueblo- desdichado.

*

La Historia, propiamente hablando, no se repite, pero como las ilusiones de que es capaz el hombre son muy limitadas: regresan siempre bajo otro aspecto, dando así a una mamarrachada archidecrépita un aspecto de novedad y un barniz trágico.

*

Leo páginas sobre Joviniano, San Basilio y otros. El conflicto entre la ortodoxia y la herejía en los primeros siglos no parece mucho más insensato que aquel al que nos han acostumbrado los ideólogos modernos. Las modalidades de la controversia, las pasiones en juego, las locuras y los ridículos son casi idénticos, En los dos casos, todo gira alrededor de lo irreal y lo no comprobable que forman las bases de los dogmas tanto religiosos como políticos. La historia no sería tolerable más que escapando a unos y a otros. Es cierto que entonces cesaría, para mayor bien de todos, tanto de los que la padecen como de los que la hacen.

*

Lo que hace sospechosa la destrucción es su facilidad. Cualquiera puede sobresalir en ella. Pero si destruir es fácil, destruirse no lo es tanto. Superioridad del caído sobre el agitador o el anarquista.

*

Si hubiese vivido en los comienzos del cristianismo, me temo que habría sufrido su seducción. Y detesto a ese simpatizante, a ese fanático hipotético, y no me perdono esa adhesión de hace dos mil años.

*

Atrapado entre la violencia y el desengaño, me asemejo a un terrorista que, habiendo salido con la idea de perpetrar algún atentado, se hubiese detenido en el camino para consultar el *Eclesiastés* o a Epicteto.

*

Según Hegel, el hombre no será del todo libre «si no se rodea de un mundo enteramente creado por él».

Pero eso es precisamente lo que ha hecho, y nunca ha estado tan encadenado ni tan esclavizado como ahora.

*

La vida no se tornará soportable más que en el seno de una humanidad a la que no le quede ya ninguna ilusión, una humanidad completamente desengañada y *feliz* de estarlo.

*

Todo lo que he podido sentir y pensar se confunde con un ejercicio de anti-utopía.

*

El hombre no durará. Acosado por el cansancio, tendrá que pagar por su carrera demasiado original. Sería inconcebible y antinatural que resistiera por mucho tiempo y que acabara bien. Esta perspectiva es deprimente y, por lo tanto, verosímil.

*

El «despotismo ilustrado»: único régimen que puede seducir a un espíritu que está de regreso de todo, que es incapaz de ser cómplice de revoluciones, puesto que ni siquiera lo es de la Historia.

*

Nada más lamentable que dos profetas contemporáneos. Uno de ellos debe eclipsarse y desaparecer si no quiere exponerse al ridículo. A menos que caigan los dos, lo que sería la solución más justa.

*

Me conmueve, me trastorna inclusive, encontrarme con un *inocente*. ¿De dónde viene? ¿Qué busca? ¿Su aparición no anuncia algún acontecimiento enojoso? Es una sensación muy particular la de encontrarse con alguien a quien no sabríamos llamar nuestro semejante.

*

Allí donde los civilizados hicieron su aparición por primera vez, los indígenas los consideraron seres maléficos, fantasmas, espectros. ¡Nunca seres vivos!
Intuición sin paralelo, atisbo profético si, si lo hubo.

*

Si todos hubiésemos «comprendido», la Historia habría cesado hace tiempo. Pero estamos fundamentalmente, biológicamente incapacitados para «comprender». E incluso si todos comprendieran, salvo uno, la Historia se perpetuaría por su causa, por causa de su ceguera. A causa de una *sola* ilusión.

*

Fulano sostiene que nos encontramos al cabo de un «ciclo cósmico» y que todo estallará pronto. No le cabe la menor duda.
Al mismo tiempo es padre de familia, y de una familia numerosa. Con certezas como las suyas, ¿qué aberración le empujó a echar hijo tras hijo, en un mundo perdido? Si se prevé el fin, si se está seguro de que no tardará, si se da por descontado, da lo mismo esperarlo solo. No se procrea en Patmos.

*

Montaigne, un sabio, no tuvo seguidores; Rousseau, un histérico, alborota aún a las naciones.
Sólo me gustan los pensadores que no han inspirado a ningún tribuno.

*

En 1441, en el concilio de Florencia, se decretó que los paganos, los judíos, los heréticos y los cismáticos no tendrían acceso a la «vida eterna» y que todos, a menos de convertirse a la verdadera religión antes de morir, irían al infierno.
En el tiempo en que la Iglesia enseñaba tamañas enormidades, era verdaderamente la Iglesia. Una institución sólo está viva y es fuerte si rechaza todo lo que no es ella. Lo mismo ocurre, por desgracia, con una nación o con un régimen.
Un espíritu serio, honesto, no entiende nada, no puede entender nada de la Historia. Pero ésta es maravillosamente capaz de hacer las delicias de un erudito sardónico.

*

Extraordinaria dulzura al pensar que, siendo hombre, se ha nacido bajo una estrella aciaga, y que todo lo que se ha hecho o se vaya a hacer estará mimado por la mala suerte.

*

Plotino tenía amistad con un senador romano que había liberado a sus esclavos, renunciado a sus bienes y que comía y dormía con sus amigos porque no poseía nada. Ese senador, desde el punto de vista «oficial», era un perdido, su caso parecía inquietante y lo era: un santo en el Senado... ¡Qué señal su presencia, su posibilidad! Las hordas no estaban lejos.

*

En una escuela vedantina moderna se enseña que el hombre que ha vencido completamente al egoísmo, que ya no conserva ninguna huella de él, no puede durar más de veintiún días.
Ningún moralista occidental, ni siquiera el más perverso, hubiera osado precisar algo tan temible, tan revelador sobre la naturaleza humana.

*

Cada vez se invoca menos el «progreso» y más la «mutación», y todo lo que se alega para ilustrar sus ventajas es sólo síntoma tras síntoma de una catástrofe fuera de serie.

*

No se puede respirar y dar voces más que en un régimen podrido. Pero uno sólo se da cuenta de ello después de haber contribuido a su destrucción, y cuando ya sólo se pueda lamentarlo.

*

Eso que se llama instinto creador no es más que una desviación, una perversión de nuestra naturaleza: no vinimos al mundo para innovar, para trastornar, sino para gozar con nuestra apariencia de ser, para liquidarla dulcemente y desaparecer después sin ruido.

*

Los aztecas tenían razón en creer que había que apaciguar a los dioses, ofrecerles a diario sangre humana para impedir que el universo se viniera abajo, que regresara al caos.
Desde hace tiempo ya no creemos en los dioses ni les ofrecemos sacrificios. Y, no obstante, el mundo sigue ahí. Sin duda. Sólo que no tenemos la suerte de saber por qué no se desbarata en el acto.

IX

Todo lo que perseguimos es por una necesidad de tormento. La búsqueda de salvación es en sí misma un tormento, el más sutil y el mejor disfrazado de todos.

*

Si es cierto que al morir uno retorna a lo que era antes de ser, ¿no hubiera sido mejor mantenerse en la pura posibilidad y no moverse de ahí? ¿Para qué ese paréntesis cuando se hubiera podido permanecer siempre en una plenitud irrealizada?

*

Cuando mi cuerpo me falla me pregunto cómo luchar, con semejante carroña, contra la dimisión de los órganos.

*

Los dioses antiguos se burlaban de los humanos, los envidiaban, los acosaban y, llegado el caso, los mataban. Al Dios de los Evangelios, menos burlón y menos celoso, los mortales, en sus infortunios, ni siquiera tienen el consuelo de poder acusarle. Ahí es donde habría que buscar la razón de la ausencia o de la imposibilidad de un Esquilo cristiano. El Dios bueno ha matado la tragedia. La literatura le debe mucho más a Zeus.

*

Obsesión, locura de la abdicación, desde siempre. ¿Pero abdicar de qué?

*

Si antaño deseé tanto ser alguien no fue más que por la satisfacción de poder decir un día, como Carlos V en Yuste: «Ya no soy nada.»

*

Algunas *Provinciales* fueron reescritas hasta diecisiete veces. Sorprende que Pascal haya podido gastar tanta palabra y tanto tiempo en una obra cuyo interés nos parece mínimo hoy en día. Cualquier polémica envejece, una polémica con los hombres. En las *Pensees* del debate era con Dios. Eso todavía nos interesa un poco.

*

Durante los quince años que pasó en reclusión completa, San Serafín Sarov no abría la puerta de su celda a nadie, ni siquiera al obispo que a veces visitaba la ermita. «El silencio, decía, acerca al hombre a Dios y lo hace en la tierra semejante a los ángeles.» Lo que el santo debió agregar es que el silencio nunca es tan profundo como en la imposibilidad de rezar...

*

Los modernos han perdido el sentido del destino, y, con ello, el gusto por la lamentación. Debería resucitarse de inmediato el coro en el teatro, y, en los entierras, las plañideras.

*

El ansioso se aferra a todo lo que puede reforzar, estimular su malestar providencial: querer curarlo es romper su equilibrio, pues la ansiedad es la base de su existencia y de su prosperidad. El confesor astuto sabe lo necesario que es, la imposibilidad de prescindir de ella una vez que se la ha conocido. Como no se atreve a proclamar sus beneficios se sirve de un subterfugio: alaba los remordimientos: ansiedad admitida, ansiedad honorable. Sus clientes se lo agradecen. Así es como logra conservarlos sin esfuerzo, mientras que sus colegas laicos se pelean y humillan para conservar a los suyos.

*

Me decía usted que la muerte no existe. Estoy de acuerdo a condición de precisar en el acto que nada existe. Conceder realidad a cualquier cosa y negársela a lo que parece tan manifiestamente real, es pura extravagancia.

*

Cuando se ha cometido la locura de confiarle a alguien un secreto, la única forma de saber que lo guardará, es matarlo de inmediato.

*

«Las enfermedades visitan a los hombres a su antojo, unas de día, otras durante la noche, trayéndoles el sufrimiento, en silencio, pues el sabio Zeus les ha negado la palabra.» (Hesíodo.)

Felizmente, pues si siendo mudas son atroces, ¿qué serían parlanchinas? ¿Puede uno imaginárselas anunciándose? ¿En vez de síntomas, proclamas? Por una vez Zeus se comportó con delicadeza.

*

En las épocas de esterilidad se debería invernar día y noche para conservar las fuerzas, en lugar de malgastarlas en mortificaciones y en rabietas.

*

Sólo se puede admirar a alguien si es en sus tres cuartas partes un irresponsable. La admiración no tiene nada que ver con el respeto.

*

La ventaja no desdeñable de haber odiado mucho a los hombres es la de llegar finalmente a soportarlos por agotamiento de ese mismo odio.

*

Una vez cerradas las persianas, me recuesto en la oscuridad. El mundo exterior, un rumor cada vez menos claro, se volatiliza. No quedamos más que yo y... he ahí el *hic*. Los eremitas pasaron su vida dialogando con lo que había en ellos de más recóndito. ¡Ojalá pudiera yo, como ellos, entregarme a ese ejercicio extremo en el que se alcanza la intimidad del propio ser! Es ese diálogo entre el yo y el sí mismo, es ese paso del uno al otro lo que importa, y su valor estriba en renovarlo sin cesar, de modo que el yo termine por ser reabsorbido en el otro, en su versión esencial.

*

Incluso en las cercanías de Dios resonaba el descontento, según testimonia la rebelión de los ángeles, la primera en el tiempo. Es para creer que a todos los niveles de la creación la superioridad es imperdonable. Se podría incluso imaginar una flor *envidiosa*.

*

Las virtudes no tienen rostro. Impersonales, abstractas, convencionales, se desgastan más rápidamente que los vicios que, cargados de vitalidad, se definen y se agravan con la edad.

*

«Todo está lleno de dioses», decía Tales en los albores de la filosofía; hoy, en su crepúsculo, podemos proclamar, y no únicamente por necesidad de simetría, sino por respeto a la evidencia, que «todo está vacío de dioses».

*

Me encontraba solo en este cementerio que dominaba al pueblo cuando una mujer encinta entró. Salí de inmediato para no tener que ver de cerca a esa portadora de cadáver y rumiar el contraste entre un vientre agresivo y unas tumbas borrosas, entre una falsa promesa y el fin de toda promesa.

*

El deseo de orar no tiene nada que ver con la fe. Surge de un agobio particular, y durara tanto como él, incluso si los dioses y su recuerdo desaparecen para siempre.

*

«Ninguna palabra puede esperar otra cosa que no sea su propia derrota.» (Gregorio Palamas).

Una condenación tan radical de toda literatura sólo podía provenir de un místico, de un profesional de lo inexpresable.

*

Entre los filósofos de la Antigüedad se recurría voluntariamente a la asfixia por retención del aliento, hasta que sobrevenía la muerte. Esta forma tan elegante, y tan práctica, de terminar ha desaparecido por completo y no es nada probable que pueda resurgir algún día.

*

Se ha dicho y repetido: la idea de destino, que supone cambio, historia, no se aplica a un ser inamovible. Así, no se podría hablar del «destino» de Dios.

En teoría no, sin duda, pero en la práctica sólo eso se hace, sobre todo en las épocas en que las creencias se disuelven, en que la fe se tambalea, en que nada parece capaz de desafiar al tiempo, en que Dios mismo es arrastrado hacia la delicuescencia general.

*

En cuanto uno empieza a *querer* cae bajo la jurisdicción del Demonio.

*

La vida no es nada; la muerte es todo. Sin embargo, no existe algo que sea la muerte independientemente de la vida. Y es justamente esa ausencia de realidad distinta, autónoma, lo que hace a la muerte universal; no tiene un dominio propio, es omnipresente como todo lo que carece de identidad, de límite y de decoro: una infinidad indecente.

*

Euforia. Incapaz de concentrarme en mis humores habituales y en las reflexiones que engendran; empujado por no se que fuerza, estaba eufórico sin motivo, y me decía que

ese gozo de origen desconocido es el que deben sentir los que se ocupan en algo y bregan, los que *producen*. Ni quieren ni pueden pensar en lo que los niega. Y aunque lo hicieran no sacarían ninguna consecuencia, tal como me sucedió a mí durante esa jornada memorable.

*

¿Para qué insistir en lo que excluye los comentarios? Un texto explicado no es ya un texto. Se vive con una idea, no se la desarticula; se lucha con ella, no se describen sus etapas. La historia de la filosofía es la negación de la filosofía.

*

Queriendo saber, por un escrúpulo bastante dudoso, de qué cosas exactamente estaba cansado, hice una lista: aunque incompleta, me pareció tan larga y tan deprimente que creí preferible plegarme a la *fatiga en sí*, fórmula halagadora que, gracias a su ingrediente filosófico, le devolvería el ánimo a un apestado.

*

Destrucción y estallido de la sintaxis, victoria de la ambigüedad y del poco más o menos. Muy bien. Pero intentad redactar vuestro testamento y veréis si el difunto rigor era tan despreciable.

*

¿El aforismo? Fuego sin llama. Se entiende que nadie quiera calentarse en él.

*

No podría alcanzar la «plegaria ininterrumpida), tal y como la preconizan los hesequiastas, ni aunque perdiera la razón. De las piedad sólo comprendo sus desbordamientos, sus excesos sospechosos, y el ascetismo no me retendría un solo instante si no se encontraran en él todas las cosas que le son propias al mal monje: indolencia, glotonería, gusto por la desolación, avidez y aversión del mundo, conflicto entre tragedia y equívoco, esperanza de un hundimiento interior...

*

Contra el desaliento monástico no recuerdo qué Padre recomendaba el trabajo manual.
Admirable consejo que siempre he practicado espontáneamente: no hay tedio, ese desaliento secular, que resista al esfuerzo físico.

*

Desde hace años sin café, sin alcohol, sin tabaco. Por fortuna ahí está la ansiedad que reemplaza con provecho a los más fuertes. excitantes.

*

El más grave reproche que se puede hacer a los regímenes policíacos es que obligan a destruir, por medida de prudencia, cartas y diarios, es decir, lo que hay de menos falso en literatura.

*

Para mantener la mente despierta, la calumnia se revela tan eficaz como la enfermedad: la misma inquietud, la misma atención crispada, la misma inseguridad, el mismo enloquecimiento que fustiga, el mismo enriquecimiento funesto.

*

No soy nada, es evidente, pero como durante mucho tiempo he querido ser algo, no acabo de ahogar esa voluntad: existe porque ha existido, me atormenta y me domina aunque la rechace. De nada me vale relegarla al pasado, se resiste y me aguijonea: no habiendo sido nunca satisfecha, se mantiene intacta, y no acepta plegarse a mis órdenes. Copado entre mi voluntad y yo, ¿qué puedo hacer?

*

En su *Escala del Paraíso*, San Juan Clímaco observa que un monje orgulloso no tiene necesidad de ser perseguido por el demonio.

Pienso en Fulano, que echó a perder su vida en el convento. Nadie como él estaba tan bien dispuesto para distinguirse en el mundo y brillar. Incapaz de humildad, de obediencia, escogió la soledad y se hundió en ella. No había nada en él para convertirlo, según la expresión del mismo Juan Clímaco, en «el amante de Dios». Con sarcasmo no se pueda alcanzar la salvación, ni ayudar a los otros a alcanzar la suya. Con sarcasmo sólo es posible esconder las heridas, sino las decepciones.

*

Es de una enorme fortaleza, y una gran suerte, poder vivir sin ninguna ambición. Me constriño a ello. Pero este hecho tiene ya que ver con la ambición.

*

El tiempo vacío de la meditación es, en realidad, el único tiempo lleno. No deberíamos avergonzarnos nunca de acumular instantes vacíos. Vacíos en apariencia, llenos de hecho. Meditar es un ocio supremo cuyo secreto se ha perdido.

*

Los gestos nobles son siempre sospechosos. Siempre se arrepiente uno de haberlos hecho. Son falsedad, teatro, pose. Es verdad que igualmente se arrepiente uno de los gestos innobles.

*

Si vuelvo a pensar en cualquier momento de mi vida, en el más febril o en el más neutro, ¿qué ha quedado de ellos, cuál es ahora la diferencia entre ambos? Todo se parece, sin relieve ni realidad, y me encontraba más cerca de la verdad cuando no *sentía* nada. ¿Qué sentido tiene haber experimentado lo que sea? No hay ya ningún «éxtasis» que la memoria o la imaginación pueden resucitar.

*

Nadie consigue, antes de su último momento, *usar* totalmente su muerte: incluso para el agonizante nato ella conserva un algo de novedad.

*

Según la Cábala, Dios creó las almas desde el comienzo y todas se encontraban frente a él bajo la forma que habrían de tomar más tarde al encarnar. Cada cual, cuando su tiempo llega, recibe la orden de ir a unirse con el cuerpo que le está destinado, pero cada cual también, implora inútilmente a su Creador que le ahorre esa esclavitud y esa mancilla.

Mientras más pienso en lo que ocurrió cuando le llegó su turno a la mía, más me digo que si alguna hubo que con mayor intensidad refunfuñara, esa fue ella.

*

Se abruma al escéptico, se habla del «automatismo de la duda», mientras que de un creyente no se dice nunca que ha caído en el «automatismo de la fe». Sin embargo, la fe lleva consigo un carácter maquinal diferente al de la duda, que tiene la ventaja de pasar de sorpresa en sorpresa -dentro del desconsuelo, es cierto.

*

Si queremos volver a unirnos con esa claridad lejana de la que nunca sabremos por qué fuimos separados, es importante salvaguardar ese poco de luz que existe en cada uno de nosotros desde antes de nuestro nacimiento, de todos los nacimientos.

*

No he conocido una sola sensación de plenitud, de dicha verdadera sin pensar que ese era el momento justo de retirarme para siempre.

*

Un momento llega en el que nos parece ocioso tener que escoger entre la metafísica y el amateurismo; entre lo insondable y la anécdota.

*

Para medir bien el retroceso que representa el cristianismo en relación al paganismo, basta comparar las mezquindades que propalan los padres de la Iglesia sobre el suicidio, con las opiniones emitidas al respecto por Plinio, Séneca y Cicerón inclusive.

*

¿A qué viene lo que se dice? Esa secuencia de proposiciones que forman un discurso, ¿tienen sentido? Y cada una de esas proposiciones por separado, ¿tienen un objetivo? Sólo se puede hablar haciendo abstracción de esas preguntas, o haciéndolas lo menos a menudo posible.

*

«Todo me tiene sin cuidado». Si esas palabras fuesen pronunciadas fríamente, aunque fuera una sola vez, con perfecto conocimiento de lo que significan, la historia estaría justificada y, con ella, todos nosotros.

*

«¡Ay de vosotros cuando todo mundo os alabe!» Cristo profetizaba su propio final. Hoy todos le alaban, incluso los no creyentes más reacios, sobre todo ellos. El sabía que un día sucumbiría ante la aprobación universal.

Si no sufre persecuciones tan implacables como las que sufrió en sus inicios, el cristianismo está perdido. Debería suscitarse enemigos, a cualquier precio, prepararse a sí mismo grandes calamidades. Quizá sólo un nuevo Nerón podría aún salvarlo...

*

Creo que la palabra es reciente, me imagino mal un diálogo que se remonte a más de diez mil años. Menos me imagino que vaya a haber uno, no dentro de diez mil, sino sólo dentro de mil años.

*

En una obra de psiquiatría sólo me interesa lo que dicen los enfermos; en un libro de crítica, las citas.

*

Nadie puede hacer nada por esa polaca que está más allá de la salud y de la enfermedad, más allá de la vida y de la muerte.

No se sana a un fantasma, y mucho menos a un liberado viviente. Sólo se sana a aquellos que pertenecen a la tierra y todavía tienen raíces en ella, por muy superficiales que sean.

*

Los períodos de esterilidad por los que atravesamos coinciden con una exacerbación de nuestro discernimiento, con el eclipse del loco que llevamos dentro.

*

Ir hasta los extremos del arte, y, mas aún, del ser, es la ley de todo aquel que se cree *elegido*.

*

A causa de la palabra, los hombres dan la ilusión de ser libres. Si hiciesen lo que hacen sin decir una sola palabra, se les tomaría por autómatas. Al hablar se engañan a sí mismos igual que engañan a los demás: si anuncian lo que van a llevar a cabo, ¿cómo pensar que no son dueños de sus actos?

*

En el fondo cada cual se cree y se siente inmortal, aunque sepa que va expirar dentro de un instante. Se puede comprender todo, admitir todo, imaginar todo, salvo la propia muerte, aunque se piense en ella sin descanso y se esté resignado.

*

Aquella mañana en el matadero miraba a las bestias que encaminaban a la matanza. Casi todas, en el último momento, se negaban a avanzar. Para decidirlas, les golpeaban las patas traseras.

Esta escena se me representa a menudo cuando, rechazado por el sueño, no tengo fuerzas para afrontar el suplicio cotidiano del tiempo.

*

Me jacto de percibir el carácter transitorio de todo. Curiosa percepción que me ha echado a perder todas mis alegrías; mejor dicho, todas mis sensaciones.

*

Cada cual expía su primer instante.

*

Durante un momento he creído sentir lo que la absorción en el Brahman puede significar para un ferviente del Vedanta. Me habría gustado tanto que ese segundo fuese extensible, indefinidamente.

*

He buscado en la duda un remedio contra la ansiedad. El remedio ha terminado por hacer causa común con el mal,

*

«Si una doctrina se expande es porque así lo ha querido el cielo.» (Confucio.)... De eso me gustaría convencerme cada vez que ante tal o cual aberración victoriosa mi furor se acerca a la apoplejía.

*

¿Es un acróbata? ¿Es un director de orquesta atrapado por la Idea? Se entusiasma, luego se modera, alterna el allegro y el andante, es dueño de sí como lo son los faquires o los estafadores. Mientras está hablando, da la impresión de buscar, pero nunca sabremos qué: un experto en el arte de imitar al pensador. Si dijera una sola cosa perfectamente clara, estaría perdido. Como ignora, al igual que sus oyentes, a dónde va a parar, puede continuar durante horas sin agotar el asombro de los fantoches que le escuchan.

*

Es un privilegio vivir en conflicto con la propia época. En todo momento uno es consciente de no ser como los demás. Ese agudo estado de desemejanza, por muy

indigente y estéril que parezca, posee, no obstante, un rango filosófico que inútilmente se buscaría en las lucubraciones que otorgamos a los acontecimientos.

*

«No hay nada que hacer», respondía la nonagenaria a todo lo que yo le decía, a todo lo que vociferaba a sus oídos sobre el presente, el futuro, el cauce de los acontecimientos...

Con la esperanza de arrancarle alguna otra respuesta, continuaba yo con mis temores, mis agravios y mis quejas. Al no obtener de ella más que el sempiterno «no hay nada que hacer», terminé por hartarme y me fui irritado contra mí y contra ella. ¡Vaya idea la de abrirse a una imbécil!

Pero ya en la calle, cambio total. «La vieja tiene razón. ¿Cómo no me di cuenta de inmediato que su estribillo encerraba una verdad, la más importante sin duda, puesto que todo lo que sucede la proclama y todo en nosotros la rechaza?»

X

Dos clases de intuición: las originales (Homero, Upanishades, folklore), y las tardías (budismo Mahâyâna, estoicismo romano, gnosis alejandrina). Destellos primigenios y resplandores extenuados. El despertar de la conciencia, y la lasitud de estar despierto.

*

Si es verdad que lo que perece no ha existido jamás, el nacimiento, fuente de lo perecedero, tiene tan poca existencia como el resto.

*

¡Cuidado con los eufemismos! Agravan el horror que se supone deben disfrazar.

En lugar de *fallecido* o de *muerto,* emplear *desaparecido*, me parece grotesco, o sea insensato.

*

Cuando el hombre olvida que es mortal se siente empujado a hacer grandes cosas, y a veces lo logra. Este olvido, fruto de la desmesura, es al mismo tiempo la causa de sus desgracias. «Mortal, piensa como mortal.» La Antigüedad inventó la modestia trágica.

*

De todas las estatuas ecuestres de emperadores romanos, sólo sobrevivió a las invasiones bárbaras y a la erosión de los siglos la de Marco Aurelio, el menos emperador de todos y al que le hubiera dado lo mismo cualquier otra posición.

*

Habiéndome levantado con serios proyectos en la mente, estaba convencido de que iba a trabajar toda la mañana. Apenas me había instalado frente a la mesa y el odioso, infame, estribillo: «¿Qué has venido a buscar en este mundo?», vino a romper mi impulso. Y volví al lecho, como de costumbre, con la esperanza de encontrar al respuesta, a más bien de volverme a dormir.

*

Se opta y se toman resoluciones mientras se atiene uno a la superficie de las cosas; en cuanto se va al fondo, ya no es posible optar ni resolver, ya sólo se puede echar de menos la superficie...

*

El temor a ser engañado es la versión vulgar de la búsqueda de la Verdad.

*

Cuando uno se conoce bien, si no se desprecia totalmente es porque está demasiado cansado como para entregarse a sentimientos extremos.

*

Es esterilizante seguir una doctrina, una creencia, un sistema, sobre todo para un escritor, a menos que viva, como a menudo ocurre, en contradicción con las ideas que proclama. Esta contradicción, o esta traición, le estimula y le mantiene en la inseguridad, la molestia y la vergüenza, condiciones propicias para la producción.

*

El Paraíso era el lugar donde todo se sabía pero nada se explicaba. El universo anterior al pecado, anterior al *comentario*...

*

No tengo fe, afortunadamente. Si la tuviera, viviría con el temor constante de perderla. Así, lejos de ayudarme, no haría más que dañarme.

*

Un impostor, un mistificador consciente de serlo, es decir espectador de si mismo, está necesariamente más avanzado en el conocimiento que un espíritu tranquilo, lleno de méritos y de una sola pieza.

*

Cualquiera que posea un cuerpo tiene derecho al título de réprobo. Si, además, está aquejado de un «alma», no hay anatema al que no pueda aspirar.

*

Frente a alguien que ha perdido todo, ¿qué lenguaje emplear? El más vago, el más difuso será siempre el más eficaz.

*

Supremacía del lamento: las acciones que no llevamos a cabo forman, por el hecho de perseguirnos y de hacernos pensar en ellas sin cesar, el única contenido de nuestra conciencia.

*

A veces uno quisiera ser caníbal, no tanto por el placer de devorar a fulano o a mengano como por el de vomitarlo.

*

Cuando alguien se queja de que su vida no ha tenido éxito, basta recordarle que la vida misma está en una situación análoga, si no peor.

*

No querer ya ser hombre... soñar con otra forma de disminución.

*

Cada vez que me encuentro en un momento decisivo, lo mejor es acostarse y dejar pasar las horas. Las resoluciones que se toman de pie no valen nada: están dictadas o por el orgullo o por el miedo. Acostados, también existen estas dos calamidades, pero bajo una forma más atenuada, más intemporal.

*

Cuando alguien se queja de que su vida no ha tenido éxito, basta recordarle que la vida misma está en una situación análoga, sino peor.

*

Las obras mueren; los fragmentos, como no han vivido, no pueden morir.

*

El horror ante lo accesorio me paraliza. Ahora bien, lo accesorio es la esencia de la comunicación (por lo tanto, del pensamiento), es la carne y la sangre de la palabra y de la escritura. Querer renunciar a ello es tanto como fornicar con un esqueleto.

*

La satisfacción que se obtiene al cumplir con una tarea (sobre todo cuando uno no cree en ella y que incluso la desprecia), muestra bien hasta qué punto pertenece uno, a la turba.

*

Mi mérito no estriba en ser totalmente ineficaz, sino en haberme querido así.

*

Si no reniego de mis orígenes es porque vale más, en definitiva, no ser nada que parecido a algo.

*

El hombre es un robot con fallos, un robot loco mezcla de automatismo y de capricho. Con tal de que se quede así y no lo reparen

*

Lo que cada cual espera desde siempre, tenga o no paciencia, es evidentemente la muerte. Pero sólo lo sabe cuando llega... cuando ya es demasiado tarde para gozar de ella.

*

Seguramente el hombre empezó a rezar mucho antes de haber aprendido a hablar, porque ¿cómo hubiera podido soportar las angustias que debió conocer al abandonar, al renegar de la animalidad, sin gruñidos y sin gemidos, prefiguraciones, signos precursores de la plegaria?

*

En arte, como en todo, el comentador está generalmente más prevenido y es más lúcido que el comentado. Es la ventaja del asesino sobre la víctima.

*

«Demos gracias a los dioses por no retener a nadie a la fuerza en la vida.»
Séneca (cuyo estilo, según Calígula, carece de cimiento) está abierto a lo esencial, y ello no tanto a causa de su afiliación al estoicismo como a su exilio de ocho años en Córcega, particularmente salvaje en aquellas épocas. Esta experiencia confirió a un espíritu frívolo una dimensión que normalmente no hubiese adquirido. Le dispensó de la ayuda de una enfermedad.

*

Este instante, mío aún, se desvanece, se escapa, se hunde. ¿Voy a exponerme al siguiente? Me decido: helo aquí, me pertenece y ya está lejos. Desde la mañana hasta la noche, fabricar pasado.

*

Después de haber intentado todo inútilmente por el lado de los místicos, no le quedaba más que una salida: zozobrar en la sabiduría...

*

En cuanto nos planteamos preguntas llamadas filosóficas utilizando su inevitable jerga, adquirimos un aire de superioridad, agresivo, y eso en un dominio en el que, siendo lo insoluble la tónica, la humildad también debería serlo. Esta anomalía es sólo aparente. Mientras más talla tienen las preguntas que se abordan, más se pierde la cabeza: uno termina por prestarse a sí mismo las dimensiones que ellas poseen. Sí el orgullo de los teólogos es aún más «apestoso» que el de los filósofos, es porque no se ocupan impunemente de Dios: terminan por arrogarse algunos de sus atributos, los peores, se entiende.

*

En paz consigo mismo y con el mundo, el espíritu se marchita. En cambio, se expande frente a la menor contrariedad. El pensamiento no es, en suma, más que la explotación desvergonzada de nuestros malestares y desgracias.

*

Este cuerpo, antaño fiel, me repudia, ya no me sigue, ha dejado de ser mi cómplice. Rechazado, traicionado, abandonado, ¿qué sería de mí sin esos viejos padecimientos que manifiestan su lealtad y vienen a hacerme compañía a todas horas del día y de la noche?

*

Las gentes «distinguidas» no inventan en cuestión de lenguaje. Por el contrario, sobresalen todos los que por fanfarronería improvisan o se enlodan en una vulgaridad teñida de emoción. Son naturalezas fuertes, viven a ras de las palabras. ¿Será el genio verbal la herencia de los lugares de baja estofa? En todo caso, exige un mínimo de porquería.

*

Uno debería conformarse con un solo idioma y profundizar cada vez más en su conocimiento. Para un escritor, charlar con una portera es mucho más provechoso que conversar con un sabio en una lengua extranjera.

*

«... el sentimiento de ser todo y la evidencia de no ser nada.» La casualidad me hizo encontrar en mi juventud este fragmento de frase. Me trastornó. Todo lo que entonces sentía, y lo que habría de sentir después, se encontraba recogido en esa extraordinaria fórmula banal, síntesis de dilatación y de fracaso, de éxtasis y de callejón sin salida. A menudo es de una perogrullada, y no de una paradoja, de donde surge una revelación.

*

La poesía excluye cálculo y premeditación: es inconclusión, presentimiento, abismo. Ni geometría ronroneante, ni sucesión de adjetivos exangües. Todos estamos demasiado heridos y demasiado decaídos, demasiado fatigados, y somos demasiado bárbaros en nuestra fatiga como para encima apreciar el *virtuosismo*.

*

No es posible prescindir de la idea de progreso, y, sin embargo, no merece la pena. Es como el «sentido» de la vida. Es necesario que la vida tenga uno. ¿Acaso existe uno solo que, examinado, no se revele irrisorio?

*

Árboles asesinados. Surgen casas. Hocicos, hocicos por todas partes. El hombre se extiende. *El hombre es el cáncer de la Tierra.*

*

La idea de fatalidad tiene algo de envolvente y de voluptuoso; mantiene caliente.

*

Un troglodita que hubiese recorrido todos los matices de la saciedad...

*

El placer de calumniarse vale más que el de ser calumniado.

*

Conozco mejor que nadie el peligro de haber nacido sediento de todo. Un don envenenado, una venganza de la Providencia. Así gravado no podía llegar a nada, en el plano espiritual, claro, el único que importa.

Mi fracaso, en modo accidental, se confunde con mi esencia.

*

Los místicos y sus «obras completas». Cuando se dirigen a Dios, únicamente a Dios según pretenden, deberían abstenerse de escribir: Dios no *lee*...

*

Cada vez que pienso en lo esencial creo entreverlo en el silencio o en el estallido, en el estupor o en el grito. Nunca en la palabra.

*

Cuando se rumia durante todo el día el inconveniente del nacimiento, todo lo que se proyecta y todo lo que se hace parece pedestre y fútil. Se es como un loco que, curado, no haría más que pensar en la crisis por la que ha atravesado, en el «sueño» del que sale; volverá a ello sin cesar, de manera que su curación no le será de ningún provecho.

*

El apetito del tormento es para algunos lo que el incentivo de la ganancia para otros.

*

El hombre empezó con el pie izquierdo. El percance en el paraíso fue la primera consecuencia. Lo que sigue era obvio.

*

Nunca entenderé cómo se puede vivir sabiendo que no se es, por lo menos, eterno.

*

¿El ser ideal? Un ángel devastado por el humor.

*

Después de una serie de preguntas sobre el deseo, el tedio y la serenidad, le preguntan a Buda: «¿Cuál es el objetivo, el sentido último del Nirvana?» Buda no responde: sonríe. Mucho se ha dicho sobre esa sonrisa en lugar de ver en ella una reacción normal ante una pregunta sin objeto. Eso es lo que hacemos ante los porqués de los niños. Sonreímos porque ninguna respuesta es concebible, porque la respuesta estaría aún más desprovista de sentido que la pregunta. Los niños no admiten límite a nada; quieren ver siempre más allá, ver qué hay después. Pero no hay después. El nirvana es un límite, el límite. Es liberación, callejón sin salida supremo...

*

Seguramente la existencia tuvo algún atractivo antes del advenimiento del ruido, digamos antes del neolítico.

¿Cuándo vendrá el hombre que sepa desembarazarnos de todos los hombres?

*

De nada vale decirse que no se debería sobrepasar la longevidad de un aborto, pues en lugar de huir a la primera oportunidad, uno se aferra, con la energía de un alienado, a una jornada más.

*

Dios: una enfermedad de la que nos creemos curados porque ya nadie muere por su causa.

*

La inconsciencia es el secreto, el «principio de la vida»... Es el único recurso contra el yo, contra el mal de estar individualizado, contra el efecto debilitante de la conciencia, estado tan temible, tan duro de enfrentar que sólo debería estar reservado a los atletas.

*

Cualquier logro, en cualquier orden, trae consigo un empobrecimiento interior. Nos hace olvidar lo que somos, nos priva del suplicio de nuestros límites.

*

Nunca me he tomado por un ser. Un no-ciudadano, un marginado, un don nadie que solo existe por exceso, por la sobreabundancia de su nada.

*

Haber naufragado en alguna parte entre el epigrama y el suspiro.

*

El sufrimiento abre los ojos, ayuda a mirar cosas que de otra forma no hubiésemos percibido. Entonces, sólo es útil al conocimiento y, fuera de ahí, no sirve más que para envenenar la existencia. Lo cual, dicho sea de paso, favorece también el conocimiento.

«Ha sufrido, así pues, ha comprendido.» Es todo lo que se puede decir de una víctima de la enfermedad, de la injusticia o de cualquier variedad de infortunio. El sufrimiento no

hace mejor a nadie (salvo a los que ya eran buenos), se olvida como se olvidan todas las cosas, no entra en el «patrimonio de la humanidad», ni se conserva de ninguna manera, sino que se pierde como se pierde todo. Una vez más, sólo sirve para abrir los ojos.

*

El hombre ha dicho lo que tenía que decir. Ahora debería descansar. Pero no lo acepta, y aunque haya entrado en su fase de sobreviviente, se agita como si estuviese en el umbral de una carrera maravillosa.

*

Gritar no tiene sentido más que en un universo creado. Si no hay creador, ¿qué sentido tiene llamar la atención sobre sí?

*

«Llegando a la plaza de la Concordia, mi intención era destruirme» (G. de Nerval.)
Nada, en la literatura francesa, me ha obsesionado tanto.

*

En todo, sólo cuentan el principio y el desenlace, el hacer y el deshacer. El camino hacia el ser y el camino fuera del ser, eso es la respiración, el aliento, mientras que el ser como tal no es más que una asfixia.

*

A medida que el tiempo pasa me convenzo de que mis primeros años fueron un paraíso. Pero me equivoco, sin duda. Si alguna vez hubo paraíso necesitaría buscarlo con anterioridad a todos mis años.

*

Regla de oro: dejar una imagen incompleta de sí mismo...

*

Mientras más hombre es el hombre, más realidad pierde: ese es el precio que debe pagar por su esencia distinta. Si llegara hasta el fin de su singularidad y se hiciera hombre de una manera total, absoluta, no habría nada en él que recordase ningún género de existencia.

*

El mutismo ante los embates de la suerte, el descubrimiento, después de siglos de imploración atronadora, del *cállate* antiguo: he ahí a lo que deberíamos constreñirnos, he ahí nuestra lucha, si es que esa palabra es la apropiada cuando se trata de una derrota prevista y aceptada.

*

Todo éxito es infamante: no se recupera uno nunca, a los propios ojos, se entiende.

*

Los temores a la verdad sobre uno mismo están por encima de lo que uno puede soportar. Aquel que no se miente a sí mismo (si es que un ser así existe), ¡cómo hay que compadecerlo!

*

No leeré más a los sabios. Me han hecho demasiado daño. Debí de haberme entregado a mis instintos, dejar expandirse mi locura. He hecho todo lo contrario, he adquirido la máscara de la razón, y la máscara ha terminado por suplantar al rostro y por usurpar todo lo demás.

*

En mis momentos de megalomanía me digo que es imposible que mis diagnósticos sean erróneos, que sólo tengo que tener paciencia, que esperar hasta el fin, hasta el advenimiento del último hombre, del único ser capaz de darme la razón...

*

La idea de que hubiera sido mejor no existir es una de las que mayor oposición encuentran. Incapaz de mirarse más que desde el interior, cada cual se cree necesario, indispensable, cada cual se siente y se percibe como una realidad absoluta, como un todo, como el todo. Desde el momento en que uno se identifica enteramente con su propio ser, uno reacciona como Dios, *es* Dios.

únicamente cuando se vive al mismo tiempo en el interior y al margen de sí mismo, se puede concebir, con toda serenidad, que hubiera sido preferible que el accidente que se es no hubiese ocurrido jamás.

*

Si yo siguiera mi inclinación natural, haría estallar todo. Porque no tengo el valor de seguirla, en penitencia, intento embrutecerme en contacto con aquellos que han encontrado la paz.

*

Un escritor no nos marca porque lo hayamos leído mucho, sino porque hemos pensado en él más de la cuenta. No he frecuentado especialmente a Baudelaire ni a Pascal, pero no he dejado de pensar en sus miserias que me han acompañado siempre con la misma fidelidad que las mías.

*

En cada edad, signos más o menos claros nos advierten que hay que largarse. Dudamos, posponemos, persuadidos de que esos signos serán tan precisos en cuanto la vejez llegue, que dudar sería improcedente. Y son precisos, en efecto, pero entonces ya no tenemos suficiente vigor para realizar el único acto decente que un ser vivo puede llevar a cabo.

*

Me viene a la mente el nombre de una actriz célebre durante mi infancia. ¿Quién se acuerda aún de ella? Mucho más que una rumia filosófica, son los detalles de esa calaña los que nos revelan la escandalosa realidad e irrealidad del tiempo.

*

Si a pesar de todo logramos durar, es porque nuestros padecimientos son tantos y tan contradictorios que se anulan mutuamente.

*

Los únicos momentos que recuerdo con alivio son aquellos en los que he deseado no ser nada para nadie, en los que he enrojecido ante la idea de dejar la menor huella en la memoria de quien sea...

*

Condición indispensable para la plenitud espiritual: haber apostado siempre mal...

*

Si queremos ver disminuir el número de nuestras decepciones o de nuestros furores, es importante, en cualquier circunstancia, recordar que estamos aquí para hacernos infelices unos a otros, y que rebelarse contra ese estado de cosas es socavar los cimientos mismos de la vida común.

*

Una enfermedad; es nuestra a partir del momento en que nos dicen su nombre, en que nos ponen la soga al cuello...

*

Todos mis pensamientos están orientados hacia la resignación, y, no obstante, no pasa un día en que no trame algún ultimátum contra Dios o contra alguien.

*

Cuando cada cual haya comprendido que el nacimiento es una derrota, la existencia, al fin soportable, aparecerá como el mañana de una capitulación, como el alivio y el descanso del vencido.

*

Mientras se creía en el Diablo, todo lo que ocurría era inteligible y claro; desde que no se cree en él es necesario, a propósito de cada acontecimiento, buscar una explicación nueva, tan elaborada como arbitraria, que intriga a todo el mundo pero no satisface a nadie.

*

No siempre perseguimos la Verdad; pero cuando la buscamos con sed, con violencia, detestamos todo lo que es expresión, lo que tiene que ver con palabras y con formas, todas las mentiras nobles, mucho más alejadas de la verdad que las mentiras vulgares.

*

Es real todo lo que procede de la emoción o del cinismo. Lo demás es «talento.»

*

Vitalidad y rechazo van juntos. La indulgencia, signo de anemia, suprime la risa puesto que se inclina ante todas las formas de la desemejanza.

*

Nuestras miserias fisiológicas nos ayudan a enfrentar el futuro con confianza: nos dispensan de preocuparnos demasiado, hacen lo mejor para que ninguno de nuestros proyectos a largo plazo tenga el tiempo de gastar todas nuestras reservas de energía.

*

El Imperio se desbarataba, los bárbaros se desplazaban... ¿Qué hacer sino evadirse del mundo?

Dichoso tiempo en el que había dónde huir, en el que los espacios solitarios eran accesibles y acogedores. Hemos sido desposeídos de todo, inclusive del desierto.

*

Para aquel que ha tomado el enojoso hábito de desenmascarar las apariencias, acontecimiento y malentendido son sinónimos.

Ir a lo esencial es abandonar la partida, es confesarse vencido.

*

Sin duda Fulano tiene razón al compararse con un «volcán», pero comete un error al querer entrar en detalles.

*

Los pobres, a fuerza de pensar sin descanso en el dinero, terminan por perder las ventajas espirituales de la no-posesión y por descender tan bajo como los ricos.

*

La psique fue considerada por los primeros griegos aire sin más, viento o, mejor aún, humo. Y les damos la razón cada vez que se ve uno harto de escudriñar en el propio yo y en el de los demás en busca de profundidades insólitas y, a ser posible, sospechosas.

*

El primer paso hacia la indiferencia es la destrucción de la idea misma de indiferencia.

*

Caminar en un bosque entre dos hileras de helechos transfigurados por el otoño; eso es un triunfo. En comparación, ¿qué son sufragios y ovaciones?

*

Rebajar a nuestros parientes, vilipendiarlos, pulverizarlos, socavar sus cimientos y los propios desde la base, arruinar el punto de partida, castigarnos por nuestros orígenes... maldecir a todos esos no elegidos, casta menor, sin importancia, dividida entre la impostura y la elegía y cuya sola misión es la de no tener ninguna...

*

Habiendo destruido todas mis ataduras, tendría que experimentar una sensación de libertad. Y, en efecto, siento una tan intensa que temo regocijarme.

*

Cuando la costumbre de mirar las cosas de frente se convierte en una manía, uno deplora al loco que fue y que ya no es.

XI

Cuando hemos puesto a alguien muy alto, se nos hace más asequible en cuanto comete un acto indigno. Así nos libera del calvario de la veneración. Y, a partir de ese momento, sentimos por él un verdadero apego.

*

Nada sobrepasa en gravedad las groserías y villanías que se cometen por timidez.

*

Según un testigo, ante el Nilo y las Pirámides, Flaubert sólo pensaba en Normandía, en las costumbres y los paisajes de la futura Madame Bovary. Nada parecía existir para él fuera de ella. Imaginar es restringirse, es excluir: sin una capacidad desmesurada de rechazo, ningún proyecto, ninguna obra, ninguna forma de realizar lo que sea.

*

Lo que de cerca o de lejos tiene visos de éxito me parece a tal punto un deshonor que, en cualquier circunstancia, sólo puedo combatir con el firme propósito de perder. He sobrepasado el nivel en el que los seres importan y no veo ninguna razón para luchar en los mundos conocidos.

*

Sólo se enseña la filosofía en el ágora, en un jardín o en casa. La cátedra es la tumba del filósofo, la muerte de todo pensamiento vivo, la cátedra es el espíritu enlutado.

*

Que todavía pueda desear prueba que aún no tengo una percepción exacta de la realidad, que divago, que estoy a mil leguas de lo Verdadero. «El hombre, dice el *Dhammapada*, es presa del deseo porque no ve las cosas tal como son.»

*

Temblaba de rabia: mi honor estaba en juego. Las horas pasaban, se acercaba el alba. ¿Iba yo a echar a perder mi noche por culpa de una bagatela? De nada me servía minimizar el incidente, las razones que me inventaba no hacían ningún efecto. ¡Hacerme eso a mí! Estaba a punto de abrir la ventana y de gritar como un loco furioso cuando la imagen de nuestro planeta dando vueltas como un trompo me vino de golpe a la mente. Mi rabia cedió de inmediato.

*

La muerte no es absolutamente inútil. Después de todo gracias a ella nos será dado recobrar el espacio anterior al nacimiento, nuestro único espacio...

*

¡Qué razón había antaño en empezar la jornada con una plegaria, con una llamada de auxilio! Por no saber ya a quién dirigirnos, terminaremos por postrarnos ante la primera divinidad chiflada.

*

El conocimiento agudo de tener un cuerpo, eso es la ausencia de salud.
... Lo cual equivale a decir que nunca estuve sano.

*

Todo es engaño, siempre lo he sabido; sin embargo, esta certeza no me ha aportado ninguna tranquilidad, salvo en los momentos en que se me presentaba con violencias al espíritu.

*

La percepción de lo precario elevada al rango de visión, de experiencia mística.

*

La única forma de soportar revés tras revés es amando la idea misma de revés. Si se logra, no hay más sorpresas: se es superior a todo lo que ocurre, se es una víctima invencible.

*

En las sensaciones de dolor muy fuertes, mucho más que en las débiles, nos observamos, nos desdoblamos, permanecemos exteriores a nosotros, incluso si gemimos o gritamos. Todo lo que linda con el suplicio despierta en cada cual al psicólogo, al curioso y al experimentador: uno quiere ver hasta dónde puede llegar en lo intolerable.

*

¿Qué es la injusticia comparada con la enfermedad? Es cierto que se puede encontrar injusto el hecho de estar enfermo. Así es como, por otra parte, cada cual reacciona sin preocuparse por saber si tiene o no razón.
Las enfermedad es: nada tan real como ella. Si se la declara injusta, hay que atreverse a hacer lo mismo con el ser, hablar, en suma, de la *injusticia de existir*.

*

La creación tal como era no tenía mucho valor: recompuesta, menos aún. Mejor la hubieran dejado como estaba, en su verdad, en su nulidad primera.
Se entiende por qué tarda en llegar el Mesías, el verdadero. La tarea que le espera no es fácil; ¿cómo va a lograr liberar a la Humanidad de la manía de lo mejor?

*

Cuando, furiosos por habernos habituado a nosotros mismos, empezamos a detestarnos, pronto nos damos cuenta que es peor, que odiarse refuerza aún más los lazos con uno mismo.

*

No le interrumpo, le dejo pesar los méritos de cada cual, aguardo a que me ejecute... Su incomprensión de los seres me confunde. Sutil y cándido a la vez, juzga como si uno fuera una entidad o una categoría. Como el tiempo no ha pasado por él, no puede admitir que me encuentre fuera de todo lo que defiende, que ya nada de lo que pregona me concierna.
El diálogo no tiene objeto con alguien que escapa al paso de los años. Les pido a los que amo que me otorguen la gracia de envejecer.

*

Miedo paralizante frente a lo que sea, tanto ante lo vacío como ante lo lleno. Miedo original...

*

Dios es, incluso si no es.

*

D. es incapaz de asimilar el Mal. Comprueba su existencia pero no puede incorporarlo a su pensamiento. Aunque saliera del infierno no se daría cuenta, tan por encima está, en sus palabras, de lo que le hace daño.
Se buscarían en vano entre sus ideas el menor vestigio de las pruebas por las que ha pasado. A veces tiene reflejos, reflejos solamente, de hombre herido. Cerrado a lo negativo, no se da cuenta de que todo lo que poseemos es un capital de no-ser. Sin embargo, más de un gesto suyo revela un espíritu demoníaco. demoníaco sin saberlo. Es un destructor obnubilado y esterilizado por el Bien.

*

La curiosidad por medir los propios progresos en la decadencia es la única razón que hay para avanzar en edad. Creía haber llegado al límite, pensando que el horizonte se había cerrado para siempre, me lamentaba, me dejaba llevar por el desaliento. Y, de pronto, me doy cuenta de que se puede caer más bajo aún, que hay novedades, que no toda esperanza está perdida, que es posible hundirse un poco más y apartar así el peligro de quedar fijo, de anquilosarse.

*

«Sólo al insensato le parece un bien la vida», decía hace veintitrés siglos Hegesías, filósofo cirenaico del que casi sólo queda esta frase... La suya es una obra que me gustaría reinventar.

*

Nadie se acerca a la condición de sabio si no tiene la fortuna de ser olvidado mientras está vivo.

*

Pensar es socavar, es *socavarse*. Actuar implica menos riesgos porque la acción llena el intervalo entre las cosas y nosotros, en tanto que la reflexión la amplía peligrosamente.
... Mientras me entrego a un ejercicio físico, a un trabajo manual, soy feliz, estoy colmado; en cuanto me detengo me viene el vértigo y sólo pienso en salir huyendo para siempre.

*

En el punto más bajo de uno mismo, cuando se ha tocado el fondo y se ha palpado el abismo, uno se ve reanimado súbitamente -reacción de defensa o de ridículo orgullo- por el sentimiento de ser *superior* a Dios. El aspecto grandioso e impuro de la tentación de dar por terminado todo.

*

Una emisión radiofónica sobre los lobos, con ejemplos de sus aullidos. ¡Qué lenguaje! No existe uno más desgarrador. Nunca lo olvidaré y me bastará en el fututo, en momentos de gran soledad, acordarme de ellos claramente para tener el sentimiento de pertenecer a una comunidad.

*

«Después de mí, el diluvio», es el lema de cada cual: admitimos que otros nos sobrevivan, pero con la esperanza de que serán castigados por ello.

*

Un zoólogo que en África observó de cerca a los gorilas, se asombra ante la uniformidad de su vida y de su gran ocio. Horas y horas sin hacer nada... ¿No conocen el aburrimiento?
Esta es la típica pregunta de un *hombre*, de un mono ocupado. Lejos de huir de la monotonía, los animales la buscan y lo que más temen es que cese. Pues sólo cesa para ser reemplazada por el miedo, causante de toda actividad.

La inacción es divina. No obstante, el hombre se rebeló contra ella. En la Naturaleza sólo él es incapaz de soportar la monotonía, sólo él quiere a toda costa que algo suceda, sea lo que sea. Así, se muestra indigno de su antepasado: la necesidad de novedad es lo propio de un gorila descarriado.

*

Cada vez nos acercamos más a lo Irrespirable. Cuando lleguemos a ello será el gran Día. Lástima que apenas estemos en la víspera.

*

Una nación alcanza la preeminencia y la conserva mientras acepta convenciones necesariamente ineptas y se llena de prejuicios sin tomarlos como tales. En cuanto los llama por su nombre, todo queda desenmascarado, comprometido.

Querer dominar, representar un papel, hacer la ley, comporta una fuerte dosis de estupidez: la Historia, en su esencia, es *estúpida*... Prosigue, avanza, porque las naciones liquidan sus prejuicios una tras otra. Si todas prescindieran de ellos al mismo tiempo sólo quedaría una bienaventurada disgregación universal.

*

No se puede vivir sin móviles. no tengo ya móviles y vivo.

*

Gozaba de perfecta salud, me sentía mejor que nunca. De pronto, un frío me sorprendió haciéndome comprender que ya no tenía remedio. ¿Qué sucedía? No era, sin embargo, la primera vez que una sensación similar me asaltaba. Sólo que antes la soportaba sin intentar comprenderla. Ahora quería saber, y de inmediato. Descarté hipótesis tras hipótesis: no era cuestión de enfermedad. Ni la sombra de un síntoma al cual aferrarme. ¿Qué hacer? Estaba desorientado, incapaz de encontrar aunque fuera un simulacro de explicación, cuando me vino la idea -y fue un verdadero alivio- de que se trataba de una versión del grande, del último frío, y que estaba únicamente ejercitándome, ensayando...

*

En el Paraíso, los objetos y los seres, cercados por todas partes por la luz, no proyectaban sombra. Es decir, que no tenían realidad, como todo lo que no se encuentra mancillado por las tinieblas ni habitado por la muerte.

*

Nuestras primeras intuiciones son las verdaderas. Lo que pensaba de muchas cosas en mi juventud me parece cada vez más justo, y después de tantas vueltas y revueltas regreso a ellas nuevamente, afligido por haber construido mi existencia sobre la ruina de aquellas evidencias.

*

Sólo me acuerdo de haber recorrido un sitio si tuve la suerte de sentir en él algún aniquilamiento a causa del hastío.

*

En la feria, ante ese titiritero que gesticulaba, aullaba, se fatigaba, pensé que, mientras él estaba cumpliendo con su deber, yo esquivaba el mío.

*

Manifestarse, emprender algo en cualquier aspecto, es lo propio de un fanático más o menos disfrazado. Si uno no se cree investido de alguna misión, existir es difícil, y actuar, imposible.

*

La certeza de que no hay salvación es una forma de salvación, es incluso la salvación. A partir de ahí da igual organizar la propia vida que construir una filosofía de la historia. Lo insoluble como solución, como única salida.

*

Mis padecimientos me han echado a perder la existencia, pero gracias a ellos existo, me imagino que existo.

*

El hombre sólo me interesa desde que ya no cree en sí mismo. Mientras se encontraba en pleno auge, sólo merecía indiferencia. Ahora suscita un nuevo sentimiento, una simpatía especial: el horror *enternecido*.

*

De nada me ha servido deshacerme de tantas supersticiones y ataduras, no puedo considerarme libre, alejado de todo. La locura del desistimiento ha sobrevivido a otras pasiones y no quiere dejarme: me fustiga, persevera, exige que siga yo renunciando. ¿Pero a qué? ¿Qué me queda por rechazar? Me lo pregunto. Mi papel ha terminado, mi carrera también, y sin embargo nada ha cambiado en mi vida, estoy en el mismo punto, debo desistir todavía y siempre.

XII

No hay posición más falsa que la de haber comprendido y permanecer vivo.

*

Cuando se considera fríamente esa porción de tiempo impartida a cada cual, es igualmente satisfactorio e irrisorio que se alargue un día o un siglo.
«Ya he cumplido.» No hay expresión que se pueda proferir más a propósito en cualquiera de los instantes de una vida, incluyendo el primero.

*

La muerte es la providencia para aquellos que han tenido el gusto y el don del fracaso, es la recompensa para todos los que no han logrado nada, que nada tenían que lograr...

Les da la razón, es su triunfo. Por el contrario, para los otros, los que han luchado por tener éxito y lo han logrado, qué chasco, qué bofetón.

*

Un monje de Egipto, después de quince años de completa soledad, recibió de sus padres y de sus amigos un paquete de cartas. No lo abrió, lo echó al fuego para escapar a la agresión de los recuerdos.

No es posible permanecer en comunión con uno mismo y sus pensamientos si se permite que los fantasmas se manifiesten y causen estragos. El *desierto* no significa tanto una vida nueva como la muerte del pasado; finalmente se ha evadido uno de su propia historia. En el mundo, no menos que en las tebaidas, tanto las cartas que uno escribe como las que recibe, prueban que se está encadenado, que no se ha roto ningún lazo, que no se es más que un esclavo y que se merece serlo.

*

Un poco de paciencia y llegará el momento en que ya nada sea posible, en que la Humanidad, acorralada, no pueda dar un paso más en ninguna dirección.

Si se imagina uno a grandes rasgos este espectáculo sin precedente, dan ganas de entrar en *detalles*... Y a pesar de todo se teme faltar a la juerga, no ser ya lo suficientemente joven para asistir a ella.

*

Ya salga de la boca de un tendero o de la de un filósofo, la palabra ser, tan rica, tan seductora, tan llena de significado en apariencia, no quiere decir nada. Es increíble que un espíritu sensato pueda utilizarla con cualquier pretexto.

*

De pie, en medio de la noche, daba vueltas en mi habitación con la certeza de ser un elegido, y un malvado, doble privilegio natural para el que está en vela, escandaloso o incomprensible para los cautivos de la lógica diurna.

*

No a todo el mundo le es dado tener una infancia desdichada. La mía fue más que feliz. Fue coronada. No encuentro mejor adjetivo para designar lo que tuvo de triunfal hasta en sus congojas. Eso tenía que pagarse, no podía permanecer impune.

*

Si me gusta tanto la correspondencia de Dostoievski es porque sólo habla en ella de enfermedad y de dinero, únicos temas «candentes». Todo lo demás es adorno y fárrago.

*

Según parece, dentro de quinientos mil años Inglaterra estará totalmente sumergida en el agua. Si yo fuera inglés dejaría de hacer en el acto cualquier cosa.

Cada cual tiene su unidad de tiempo. Para unos es la jornada, la semana, el mes o el año; para otros son diez años, hasta cien... Esas unidades, todavía a escala humana, son compatibles con cualquier proyecto y cualquier ocupación.

Hay quienes toman como unidad al tiempo mismo y a veces se elevan por encima de él: para ellos, ¿qué ocupación, qué proyecto merece ser tomado en serio? Quien ve demasiado lejos, quien es contemporáneo de *todo* el porvenir, no puede ocuparse, ni siquiera moverse...

*

El pensamiento de la precariedad me acompaña en toda ocasión: esta mañana, al poner una carta en el correo, me decía que iba dirigida a un *mortal*.

*

Una sola experiencia plena en relación a lo que sea, y ya nos sentimos sobrevivientes.

*

La primera condición para convertirse en santo es la de amar a los engorrosos, la de soportar a las *visitas*...

*

Sacudir a las gentes, sacarlas de su sueño a sabiendas de que con ello se cómete un crimen, y de que valdría mil veces más dejarlas donde están, puesto que al despertarlas no tenemos nada que proponerles...

*

Un pobre hombre que *siente* el tiempo, que es su víctima, que revienta por su causa, que no siente otra cosa, que es tiempo a cada instante, conoce lo que un metafísico o un poeta sólo adivinan merced a una crisis o a un milagro.

*

Esos gruñidos interiores que no conducen a nada, y por los que se ve uno reducido al estado de volcán grotesco.

*

Cada vez que me siento arrebatado por un acceso de furor, primero me aflijo y me desprecio, luego me digo: ¡que suerte, qué ganga! Todavía estoy vivo, todavía formo parte de esos fantasmas de carne y hueso...

*

El telegrama que acababa de recibir no terminaba nunca. Todas mis pretensiones y mis insuficiencias estaban ahí. Aquel defecto apenas sospechado por mí estaba designado, proclamado. Qué penetración y qué minuciosidad. Al cabo de la interminable requisitoria, ningún indicio, ninguna huella que permitiera identificar a su autor. ¿Quién podría ser y por qué esa prisa y ese recurso insólito? ¿Se le han dicho a alguien sus verdades con semejante rigor? ¿De dónde surgió ese justiciero omnisciente, ese inquisidor que no me otorga ninguna circunstancia atenuante, ni siquiera la que se le reconoce al más feroz de los verdugos? También yo he podido fallar, también yo tengo derecho a alguna

indulgencia. Retrocedo ante el inventario de mis defectos, me sofoco, no puedo soportar ese desfile de verdades... ¡Maldito envío! Lo hago trizas, y me despierto...

*

Tener opiniones es inevitable, normal; tener convicciones lo es menos. Todas las veces que me encuentro con alguien que las tiene, me pregunto qué vicio de su espíritu, qué grieta se las ha hecho adquirir. Por muy legítima que sea esta pregunta, la costumbre que tengo de hacérmela me echa a perder el placer de la conversación, me da mala conciencia, me hace odioso a mis propios ojos.

*

Hubo un tiempo en que escribir me parecía una cosa importante. De todas mis supersticiones esa me parecía la más comprometedora y la incomprensible.

*

He abusado de mi hastío. ¿Pero qué otro vocablo escoger para designar un estado en el que la exasperación está sin cesar corregida por la lasitud y la lasitud por la exasperación?

*

Durante toda la tarde, intentando definirlo, pasamos revista a los eufemismos que permitían no mencionar la palabra perfidia referida a él. Y no es pérfido, sino solamente tortuoso, diabólicamente tortuoso, y, al mismo tiempo, inocente, ingenuo, casi angélico. Una mezcla, si es factible imaginarla, entre Aliosha y Smerdiakov.

*

Cuando deja uno de creer en sí mismo, deja de producir o de luchar, incluso de hacerse preguntas o de responderlas, siendo así que debería ocurrir lo contrario, ya que justo a partir de ese momento se está capacitado, libre de ataduras, para aprehender lo verdadero, para discernir lo que es real de lo que no lo es. Pero una vez agotada la creencia en el propio juego, en el propio destino, uno pierde la curiosidad por todo, incluso por la «verdad», aunque se esté más cerca de ella que nunca.

*

No pasaría yo una «temporada» en el Paraíso, ni siquiera un día. ¿Cómo explicar entonces la nostalgia que tengo de él? No la explico, vive en mí desde siempre, estaba en mí antes que yo.

*

Cualquiera puede tener de vez en cuando el sentimiento de no ocupar más que un punto y un instante; conocer ese sentimiento día y noche, durante todas las horas, es menos común, y a partir de esa experiencia, de ese dato, uno se torna hacia el nirvana o hacia el sarcasmo, o hacia los dos a la vez.

*

Aunque juré no pecar nunca contra la santa concisión, siempre quedo como un cómplice de las palabras, y aunque me seduce el silencio no me atrevo a penetrar en él, solamente rondo en su periferia.

*

Se debería establecer el grado de verdad de una religión a partir de la importancia que ésta le otorga al Demonio: mientras más le dé un sitio prominente, más atestigua que se preocupa por lo real, rechaza las supercherías y la mentira, afirma su seriedad y le importa más comprobar que divagar, que consolar.

*

Nada merece la pena ser deshecho, sin duda porque nada merecía la pena ser hecho. Así se desliga uno de todo, tanto de lo inicial como de lo póstumo, del advenimiento como del final de los tiempos.

*

Que todo haya sido dicho, que no quede nada por decir, se sabe, se siente. Pero se siente menos que esta evidencia le confiere al lenguaje un status extraño, inquietante incluso, que lo redime. Las palabras están por fin a salvo porque han dejado de vivir.

*

El inmenso bien y el inmenso mal que he obtenido de mis rumias sobre la condición de los muertos.

*

La innegable ventaja de envejecer es poder observar de cerca la lenta y la metódica degradación de los órganos; todos empiezan a resquebrajarse, unos visiblemente, otros con discreción. Se separan del cuerpo, lo mismo que el cuerpo se separa de nosotros: se nos escapa, nos huye, no nos pertenece. Es un tránsfuga al que ni siquiera podemos denunciar puesto que no se detiene en ninguna parte y no se pone al servicio de nadie.

*

No me canso de leer sobre los eremitas, de preferencia sobre aquellos de quienes se dice que estaban «cansados de buscar a Dios». Me maravillan los fracasados del Desierto.

*

Si Rimbaud hubiese podido continuar (es como imaginarse el futuro de lo insólito; un Nietzsche en plena producción después de *Ecce Homo*», hubiera terminado por retroceder, por tornarse sensato, por comentar sus estallidos, por explicarlos, por explicarse. Sacrilegio en todos los casos, el exceso de conciencia es una forma de profanación.

*

He profundizado en una sola idea, a saber: que todo lo que el hombre hace se vuelve necesariamente en contra suya. La idea no es nueva, pero la he vivido con una

convicción, con un encarnizamiento que no se parece a ningún fanatismo o delirio. No hay martirio, deshonor que no sufra por ella, y no la cambiaría por ninguna otra verdad, por ninguna otra revelación.

*

Ir aún más lejos que Buda, elevarse por encima del nirvana, aprender a prescindir de él... No ser detenido por nada, ni siquiera por la idea de la liberación, considerarla como un simple alto, un estorbo, un eclipse...

*

Mi debilidad por las dinastías condenadas, por los imperios que se desploman, por los Moctezuma de siempre, por aquellos que creen en los signos, por los desgarrados y acosados, por los intoxicados de lo ineluctable, por los amenazados, por los devorados, por todos aquellos que aguardan a su verdugo...

*

Paso sin detenerme frente a la tumba de ese crítico cuyas acres palabras he masticado. Tampoco me detengo frente a la del poeta que, en vida, sólo pensaba en su disolución final. Otros nombres me persiguen, nombres por otra parte ligados a una enseñanza despiadada y tranquilizante, a una visión hecha para expulsar del espíritu todas las obsesiones, incluidas las fúnebres. Nagarjuna, Candrakirti, Santideva, matasietes sin igual, dialécticos obsesionados por la salvación, acróbatas y apóstoles de la Vacuidad... para quienes, sabios entre los sabios, el universo era sólo una palabra...

*

Desde hace muchos otoños contemplo el espectáculo de esas hojas tan presurosas por caer, y, sin embargo, no dejo de sentir siempre una sorpresa en la que «un escalofrío de muerte» sería la tónica si no fuera porque irrumpe en el último momento un gozo cuyo origen no puedo desentrañar.

*

Hay momentos en los que, por muy alejados que estemos de la fe, sólo concebimos como interlocutor a Dios. Dirigirnos a alguien más nos parecería una imposibilidad o una locura. La soledad, en su estado extremo, exige una forma de conversación también extrema.

*

El hombre despide un olor particular: de entre todos los animales sólo él apesta a cadáver.

*

Las horas no querían transcurrir. El alba parecía lejana, inconcebible. A decir verdad, no era el alba lo que yo esperaba, sino el olvido de ese tiempo reacio a avanzar. Feliz, pensé, del condenado a muerte, que la víspera de la ejecución, al menos está seguro de pasar una buena noche.

*

¿Voy a lograr permanecer de pie? ¿Voy a derrumbarme? Si existe una sensación interesante, es sin duda la que nos da el gusto anticipado de la epilepsia.

*

Aquel que se sobrevive se desprecia sin confesárselo, y a veces sin saberlo.

*

Cuando se ha sobrepasado la edad de la rebeldía, y continúa uno desencadenándose, el efecto es el de un Lucifer lelo.

*

Si no se llevaran los estigmas de la vida, qué fácil sería esquivarse, y qué bien marcharía todo.

*

Mejor que nadie, soy capaz de perdonar inmediatamente. El deseo de vengarme me viene tarde, demasiado tarde, en el momento en que el recuerdo de la ofensa está a punto de borrarse, y en el que, casi anulada la incitación al acto, no me queda sino deplorar mis «buenos sentimientos»,

*

Sólo se tiene posibilidad de entrever sobre qué locura se funda toda existencia, en la medida en que, a cada instante, se restriega uno contra la muerte.

*

En última instancia es absolutamente indiferente ser cualquier cosa, o ser Dios. Insistiendo un poco, todo el mundo casi estaría de acuerdo. ¿Cómo entonces es que cada cual aspira a un acrecentamiento de ser y no hay nadie que se resigne a bajar, a descender hacia la carencia absoluta?

*

Según una creencia muy extendida entre ciertos pueblos, los muertos hablan la misma lengua que los vivos, con la diferencia de que para ellos las palabras tienen un sentido opuesto al que tenían: grande significa pequeño, cerca lejano, blanco negro...

¿Morir se reduciría, pues, a eso? Mejor que cualquier invención fúnebre, ese cambio completo del lenguaje indica lo que la muerte tiene de inhabitual, de anonadante...

*

Creer en el futuro del hombre, de acuerdo, pero, ¿cómo lograrlo cuando a pesar de todo se mantiene la lucidez? Para creer habría que perderla totalmente, y ni aún así.

*

Un pensamiento que no está secretamente marcado por la fatalidad, es intercambiable, no vale nada, es sólo pensamiento...

*

En Turín, en el principio de sus crisis, Nietzsche se precipitaba sin cesar hacia el espejo, se miraba, se apartaba, y volvía a mirarse. En el tren que lo conducía a Basilea, lo único que reclamaba con insistencia era un espejo. No sabía ya quién era, se buscaba, y él, tan apegado a salvaguardar su identidad, tan ávido de sí mismo, no tenía ya, para encontrarse, sino el más vulgar, el más lamentable de los recursos.

*

No conozco a nadie más inútil e inutilizable que yo. Ese es un dato que debería aceptar sencillamente, sin vanagloriarme en lo más mínimo. Mientras así sea, la conciencia de mi inutilidad no me servirá para nada.

*

Cualquiera que sea la pesadilla que tengamos, siempre representamos en ella un papel, siempre somos protagonistas, somos alguien. Durante la noche, el desheredado triunfa. Si se suprimieran los malos sueños, habría revoluciones en serie.

*

El temor a lo porvenir se injerta en el *deseo* de sentir ese temor.

*

De pronto me encontré solo ante... En esa tarde de mi infancia, sentí que algo muy serio acababa de suceder. Fue mi primer despertar, el primer indicio, el signo precursor de la conciencia. Hasta entonces, no había sido más que un *ser*. A partir de ese momento, era más y era menos. Cada *yo* comienza con una fisura y una revelación.

*

Nacimiento y cadena son sinónimos. Ver la luz: ver los grilletes...

*

Decir: «Todo es ilusorio», es abocarse a la ilusión, es reconocerle un alto grado de realidad, el más alto, mientras que lo que se buscaba era desacreditarla. ¿Qué hacer? Lo mejor es dejar de proclamarla o de denunciarla, de esclavizarse pensando en ella. Incluso la idea que desacredita a todas las ideas es un obstáculo.

*

Si pudiésemos dormir veinticuatro horas tras veinticuatro horas, alcanzaríamos rápidamente el marasmo original, la beatitud de ese sopor sin falla anterior al Génesis -sueño de toda conciencia cansada de sí misma.

*

No nacer es sin duda la mejor fórmula que hay. Desgraciadamente no está al alcance de nadie.

*

Nadie ha amado este mundo tanto como yo, y, no obstante, aunque me lo hubiesen ofrecido en una bandeja de plata, de niño incluso, hubiera exclamado: «Demasiado tarde, demasiado tarde.»

*

¿Qué le ocurre hombre, pero qué le ocurre? Nada, no me ocurre nada, es sólo que he dado un salto fuera de mi destino, y ahora ya no sé hacia dónde dirigirme, hacia qué correr...